

*Declaración - Consejo de Delib. Pres. en
Fondo - Llamada a elecciones
elecciones*

ROLANDO CONCATI

**NUESTRA OPCION
POR EL PERONISMO**

2ª EDICION

**SACERDOTES PARA
EL TERCER MUNDO - MENDOZA**

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

C Copyright Publicaciones del Movimiento Sacerdotes
para el Tercer Mundo de Mendoza.
Buenos Aires, Argentina, 1972.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

El trabajo que publicamos revisado y ampliado, es fruto de una experiencia singular. Concebido originalmente como un simple documento interno del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, la utilización intensa y apasionada que han hecho de él muchos militantes, le hicieron desbordar sus objetivos primeros.

Publicarlo de nuevo implicaba quizás la exigencia de una revisión detallada. Pero hubiera desnaturalizado su carácter original y el nivel de "coincidencia" en que el grupo de Mendoza lo aceptó y ratificó. Es decir, su valor de reflexión circunstanciada y de testimonio.

La redacción original conserva también las dos connotaciones que nos siguen pareciendo fundamentales. Por un lado, el intento por "sistematizar para discutir", disciplinar críticamente la aproximación al Peronismo. Y al mismo tiempo, hacerlo desde una opción, desde una perspectiva combativa, a la luz de los interrogantes y las certidumbres que la lucha cotidiana nos plantea.

Respondiendo a muchas solicitudes y a nuestra propia convicción, agregamos dos nuevos capítulos. Uno sobre Eva Perón, indispensable para hacerle justicia y para comprender su enorme significado en

el Peronismo del pasado y del presente. Otro sobre Socialismo y Peronismo, tema impostergable a nuestro juicio. Es seguramente lo más exigente y al mismo tiempo lo más provisorio de este trabajo. Lo que más necesitamos profundizar todos, también. Por eso su estilo un poco diferente y el recurso a ciertos marcos teóricos más amplios. No quiere, sin embargo, ser otra cosa que una verificación del destino socialista del Peronismo, y la legitimidad del Socialismo Nacional que el propio líder formula hoy como una de las claves del futuro.

"Sólo el pueblo salvará al pueblo", dicen los revolucionarios auténticos. Y nuestra opción por el Peronismo no quiere ser más que una asunción de esa verdad. "El Peronismo será revolucionario o no será nada", decía Evita. Y nuestra opción quisiera ser un compromiso con todo lo que en el Movimiento fue revolucionario siempre, y que hoy agrupa el recio pero exaltante combate por hacer verdad aquella consigna, único camino para la auténtica Revolución Nacional.

Mendoza, febrero 1972.

INTRODUCCION

A continuación desarrollamos lo que creemos es el pensamiento mayoritario en el Movimiento. Es un resumen y un "muestreo" de las motivaciones más repetidas. Pero es evidente que no constituye una doctrina elaborada, con resultados rotundos y definitivos. Son tan sólo las pistas que nos parecen más ciertas en medio de la maraña oscura de lo real, y los caminos para un compromiso eficaz en el proceso revolucionario.

Destaquemos algunas cosas que con frecuencia se olvidan:

1. El Peronismo no es para nadie que sea tucido y honesto. "la maravilla de los siglos" importa tanto como discernir sus valores, apuntar sus defectos, que son muchos. Lo único que nos negamos es a repetir las mentiras gorilas o las exigencias "puristas" de los que nunca acaban de comprometerse o exigen que la realidad se adecue a sus proyectos sin oscuridades. Y afirmamos que las cosas de verdad serias y exigentes, sólo se entienden de algún modo "desde adentro". Los "espectadores" se equivocan siempre.

2. La decisión por valorar y de algún modo asumir el Peronismo nace de la voluntad de acabar con tantos "preámbulos" y dilaciones de nuestro compromiso político. Se trata de discernir "hoy y para hoy" el camino por el que pasa —no en términos ideales sino en términos reales— el proceso y el futuro revolucionario, interrogando y valorando al máximo a las masas trabajadoras, sus certidumbres, sus fidelidades.

Después de tanto hablar del pueblo se trata esta vez de escucharlo. Y lo mismo de las fuerzas nuevas —universitarias, profesionales, "para-militares" incluso—, que se comprometen en serio y cuya orientación general hacia el Peronismo parece incontestable.

3. Las disyuntivas para quienes quieren participar realmente en un movimiento de cambio radical no son sino dos: ó formar un grupo nuevo, sólido, sin fisuras — “el partido revolucionario” —, a cuyo esclarecimiento y fidelidad las masas se irán plegando. O intentar identificarse con las certidumbres del pueblo allí donde haya llegado a su grado más alto de esclarecimiento y combatividad, para desde allí intentar profundizar, radicalizar, proyectar las energías revolucionarias del propio pueblo. Obviamente, nosotros optamos por la segunda; conscientes de sus dificultades y sus enigmas. Pero convencidos que la primera no tiene en su favor sino una “claridad de pizarrón” y algún texto de ideólogo prestigioso.

Y en su contra, las mil veces que grupitos de izquierda creyeron cambiar el mundo fundando “el partido revolucionario”, para formar sólo “el partido de la frustración”: porque las masas los ignoraron y los olvidaron antes casi que nacieran.

4. Este trabajo sólo quiere ser un ESQUEMA PARA LA DISCUSION, no una formulación terminada. Sólo pretendemos ordenar el material para una profundización, evitando las confusiones que otorgan la misma validez a razones diferentes, o prolongan inconscientemente reflejos sentimentales.

Por otra parte, el “horizonte” al que se refiere el trabajo son los militantes que como los Curas del Tercer Mundo han superado ya las burdas razones del antiperonismo gorila, pero no alcanzan a discernir a fondo el camino de un compromiso serio con el Pueblo a través del Peronismo. Pensamos que este tipo de militante “indeciso” no se da sólo entre el clero progresista sino entre amplios grupos de nuestra juventud y nuestros mejores activistas. Si a ellos sirviera para la discusión y la decisión nos consideraríamos ampliamente compensados.

I. — LA OPCION POR EL PERONISMO LAS RAZONES DECISIVAS

Tres nos parecen en resumen las razones en favor del Peronismo:

- 1) La opción por el Peronismo no es opción por un partido político, sino opción entre fuerzas sociales.
- 2) El Peronismo es un Movimiento.
- 3) El Peronismo es el más alto nivel de conciencia y combatividad a que llegó la clase trabajadora argentina.

1. LA OPCION POR EL PERONISMO NO ES OPCION POR UN PARTIDO POLITICO, SINO OPCION ENTRE FUERZAS SOCIALES.

El sistema intenta “reducir” el peronismo a un partido político. Plantea así un falso dilema. Primero porque identifica el Peronismo con cualquiera de los otros partidos liberales: lo cual es falso. Y segundo porque mantiene así la perspectiva eleccionaria, “democrática”, como último muro de contención al proceso revolucionario. El sistema sabe que el gobierno en manos de políticos es difuso, con influencias que se entreveran y se anulan. La lucha partidaria, distrae, aleja de la lucha de clases.

Reducido a mero partido político, integrado al sistema, se liquida la posibilidad de que el Peronismo lidere la verdadera revolución, y en consecuencia se anulan las expectativas y la fuerza histórica del proletariado.

Por eso el “neoperonismo” o el “peronismo sin

Perón" es nefasto. Porque anula todo un movimiento histórico "domesticándolo" en los carriles del partidismo, la participación, la dimisión.

El verdadero dilema no se da pues entre partidos políticos, sino entre fuerzas sociales. El afrontamiento radical, el único que interesa, es el que se da entre clases sociales, según la forma histórica concreta que asumen en un proceso determinado.

La pregunta fundamental es pues: ¿Quién representa, cómo se identifican concretamente las clases sociales afrontadas en la Argentina? Y nadie podrá negar, si es honesto, que ese afrontamiento se llama en nuestro país, desde hace más de 25 años: peronismo y antiperonismo.

Digamos al pasar que para los "escolásticos de la revolución", los que han aprendido sabios artículos sobre las luchas de clases, estas afirmaciones les parecen "ambiguas" y terriblemente discutibles.

Pero mientras esperan que la lucha de clases se defina con la nitidez de los recuadritos estudiados, la verdadera lucha, con sus mezclas, sus límites difusos, su polvareda turbia, pasa a su lado sin que la descubran ni la asuman.

En todas las etapas de la historia, las clases no han tomado conciencia de sí mismas de un modo teórico, sino identificándose con movimientos, con causas, con grupos concretos en los que han visto representarse sus intereses vitales o sus enemigos mortales. Nadie puede negar que en la Argentina: de un modo concreto, viviente, entendido por todo el mundo, el afrontamiento de pueblo y antipueblo, minoría privilegiada y mayoría desposeída, clase dominante y clase revolucionaria, se ha manifestado concretamente en el afrontamiento antiperonismo y peronismo.

Esto se ratifica cuando comprobamos que el dilema concreto está en asumir uno de los dos polos.

Delante del conflicto peronismo-antiperonismo no se puede ser neutral. No podemos ponernos "por arriba" del conflicto —salvo en nuestros análisis de laboratorio...—. El pueblo ha rechazado toda instancia intermedia, y los factores de dominación han aceptado cualquier tipo de componenda, salvo que el Peronismo en serio sobreviva y continúe su propio proceso, que irremediamente será el de la clase trabajadora argentina.

Esto no significa que todo lo que se llama peronista represente al proletariado y las fuerzas populares. Ya nos detendremos a considerar los "factores antiperonistas en el peronismo". Pero significa una evidencia —que ningún otro grupo ni movimiento puede pretender—.

El Peronismo es el nombre concreto y el movimiento indiscutido para designar la fuerza social revolucionaria por antonomasia; el proletariado, los sectores populares. Representa desde hace 25 años uno de los sectores —el proletario— del afrontamiento social concreto.

Concluyendo: el rol objetivo del Peronismo en la historia actual del país es representar al proletariado, lo nacional, lo popular de la Argentina. Aceptar este hecho histórico es el primer paso en un análisis objetivo y realista, y una razón fundamental para privilegiarlo en la opción.

Si quisiéramos comprobar esta afirmación de un modo indirecto, bastaría interrogarse: ¿Quién, si no: representa, identifica, unifica la clase proletaria? ¿El Radicalismo del Pueblo o algún otro partido? ¿Los grupitos de ultra-izquierda —ellos lo creen...!—? ¿Ese "pueblo-mito-mentira" que todos pretenden representar, desde los gorilas gobernantes hasta los fundadores de nuevos partidos, pero que nunca existe y sobre todo nunca se reconoce y manifiesta como ellos pretenden?

Cualquiera de estas preguntas hacen sonreír. Porque la realidad es rotunda — nos guste o no —: el único signo objetivo y verificable para el pueblo mismo de su pertenencia consciente y combativa a la clase trabajadora: es su Peronismo.

2. EL PERONISMO ES UN MOVIMIENTO.

1. El Peronismo ha insistido siempre en calificarse como "movimiento" y en no dejarse identificar ni reducir a la categoría de mero partido político.

Hay aquí algo verídico que es preciso subrayar. Porque es cierto que la historia avanza a través de movimientos profundos, que encarnan las aspiraciones, las posibilidades y los desafíos de una época, y luchan por imponerlos contra las estructuras, los privilegios, el anquilosamiento de las etapas anteriores.

Un movimiento no es real sino cuando "sale a la superficie" y se manifiesta en la conciencia explícita de vastos sectores; pero es una suerte de "iceberg": lo que se ve es mucho menos que lo que permanece subyacente. Y su fuerza está casualmente en ese nivel a veces escondido pero poderoso e incontenible.

Un movimiento no es "histórico" si no coincide con las condiciones objetivas de su época; pero al mismo tiempo conserva raíces tradicionales y anticipos del futuro.

Nosotros creemos, p. ej., que el movimiento hacia el socialismo es el movimiento histórico de nuestro tiempo: porque se dan las condiciones históricas y culturales objetivas para realizarlo; pero pensamos también que continúa la larga y casi inmemorial historia de la liberación humana y más concreta-

mente que prolonga el movimiento "democrático" de los últimos siglos. Pero afirmamos que el socialismo — hoy no será verídico si no permanece "abierto" hacia el futuro, hacia nuevas etapas de la liberación y realización del hombre —.

Un movimiento histórico sólo se reconoce y dinamiza cuando se estructura de algún modo en su dimensión visible; cuando se organiza y afirma en instituciones visibles y responsables. Una de esas estructuras es el partido político. Pero conviene distinguir:

a) En el Partido Político suele haber un acuerdo claro de "plataformas" y principios — que a veces disimulan intereses de clases divergentes —; en el Movimiento hay un acuerdo profundo pero no siempre claro y explícito, que responde a la clase revolucionaria de la época.

b) Lo propio de un Partido Político es darse estructuras y caracterizarse con personajes "especializados" en lo político (y ambas cosas tienden a perpetuarse...). Un Movimiento es más dinámico, desborda las estructuraciones, se reconoce en símbolos y personajes que lo lideran.

c) El Partido Político pretende "representar" los intereses de ciertos sectores. El Movimiento no representa; es el desarrollo y el combate de un sector concreto de la sociedad.

d) Un Partido Político es "fundado" por ciertas personalidades importantes. Un Movimiento no se funda por acuerdo entre figuras, sino que es la respuesta espontánea de una clase ante determinados condicionamientos históricos.

e) Un Movimiento necesita siempre una formulación expresa y una organización combativa; por eso tiende hacia el partido político que lo exprese y concentre sus energías. Pero es siempre mayor que el partido; lo desborda, y lo obliga a transformarse y adecuarse.

El Partido Político — aún cuando ha sido fruto de un movimiento —, tiende a “cristalizarse”, a monopolizar el movimiento, a encasillarlo y domesticarlo bajo los intereses del partido.

Y cuando no es el fruto de un Movimiento, sino un resultado “de laboratorio”, la conclusión “lógica” pero artificial de intelectuales al margen del Movimiento real, entonces naufraga en el irrealismo más platónico: quieren conducir la historia, pero permanecen “en su cueva”, fascinados con las sombras de una realidad que no tocan y que los ignora.

Es la historia trágica — y a veces tragicómica — de muchos grupos de izquierda: adjudican a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toman como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto. Y si este movimiento los contradice o los rechaza, o simplemente no los entiende, escupen sobre el Movimiento todos sus despechos, y lo acusan de “alienante”, de frenador, de “sometido a la burguesía”. Es la triste historia entre nosotros del Partido Comunista y los Partidos Socialistas, que hoy reeditan los P. C. R., los P. R. T., los P. B. P. ... y toda la jungla de siglas izquierdistas...

2. ¿Es el Peronismo un Movimiento? Nosotros pensamos que sí, y que la explicación de su sobrevivencia y de su fuerza actual, viviente a pesar de un asedio de 16 años, sólo puede encontrarse en el hecho de que es el verdadero movimiento de las masas argentinas.

El Peronismo ha retomado y ha formulado en términos contemporáneos la lucha histórica del **MOVIMIENTO NACIONAL**.

Sin caer en la crispación nostálgica e inmóvil de los nacionalismos de derecha, ha sabido retomar las banderas nacionales de los grandes caudillos, pero sin folklore y sin romanticismos: afrontando a los

términos actuales de la lucha nacional: la dependencia en todas sus formas; la lucha antiimperialista como primera meta.

En una Argentina dependiente estructuralmente hasta en sus menores detalles, despolitizada por decenios de proscripción, aturdida por la alienación extranjerizante de sus dirigentes y sus intelectuales, Perón y el peronismo despertaron a nivel de las masas la pasión nacional, formulada en términos contemporáneos.

“O Braden o Perón”: un simple slogan — “ambiguo” y “demagógico”, según los profesores de la izquierda... —. Pero mucho más que eso: el despertar nacional de un pueblo; el audaz y lúcido enfrentamiento al “Señor” que acababa de ganar la guerra — 15 años antes que las revoluciones del tercer mundo estallaran en cadena —; la denuncia y el combate contra el imperialismo actual.

El estudio objetivo y estadístico de lo realizado por Perón en defensa de lo nacional es concluyente. Si hubo errores, los aciertos los superan de un modo aplastante.

Pero lo que cuenta es el cambio de conciencia a nivel del pueblo, las certidumbres y las energías que se despertaron. La Soberanía Política y la Independencia Económica no fueron sólo dos frases declamatorias sino dos auténticas “banderas”, que el pueblo sintió como suyas y a las que los cambios estructurales lucharon por imponer.

El Peronismo también asumió y actualizó el **MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO**. Las masas, que habían presentido con Yrigoyen lo que podría ser una democracia popular, recién la vivieron auténticamente con Perón.

A pesar de las declaraciones formales de la Constitución y ciertas leyes, el movimiento democrático estaba voluntariamente impedido en el país. Recor-

demos que recién en 1880 se completó la integración del país como unidad nacional, pero ya dentro de los moldes impuestos por la complementación semicolonial con el imperialismo inglés.

Así fue como la burguesía comercial y terrateniente nunca aplicó el sistema democrático (y si el liberalismo económico) y buscó suprimirlo las dos veces que funcionó, por medio de los golpes reaccionarios de 1930 y 1955.

Recordemos que históricamente el liberalismo económico ha sido el lado oscuro, la parte negativa de la gran revolución democrática que crea el mundo moderno.

Los países semi-coloniales como la Argentina, fueron obligados a aceptar la estructura económica liberal sin su correspondiente revolución democrática. Y a permanecer políticamente en una especie de feudalismo de hecho, que iba desde los caudillos pueblerinos hasta el paternalismo aristocrático y despectivo de los grandes "capos" de la política, que se repartían votos y feudos.

Para entender el Peronismo históricamente, es indispensable comprender que debió realizar en la Argentina la **revolución democrática-liberal**, sin la cual no se avanza históricamente hacia pasos más avanzados de la democracia social.

Muchas de las objeciones "librescas" de la actualidad minorizan ese hecho fundamental.

A partir de 1945, el país realizó por primera vez y bajo el liderazgo de Perón, su **proceso democrático**. Muchos izquierdistas actuales, que leen y repiten las elucubraciones europeas para europeos, se escandalizan del "pluriclasismo" original del Peronismo. Y olvidan que lo que el Peronismo nucleó originariamente fueron los grupos con vocación democrática, largamente frustrados.

El pueblo argentino supo que la democracia, el

ejercicio de la voluntad popular era posible, y era respetado: recién con el Peronismo.

Y no se trata sólo de las "elecciones limpias": se trata de la experiencia triunfal del respeto a la voluntad mayoritaria; el ejercicio vivido de la igualdad y dignidad de todos.

Yendo más lejos aún, el Peronismo introdujo la experiencia — entonces casi insólita —, de la igualdad social y política de la mujer con el hombre.

No sólo en el voto femenino, sino en las múltiples incidencias de la figura de Eva Perón, el Peronismo introdujo esa "segunda revolución democrática" como se ha llamado al gran tema contemporáneo de la lucha por una igualdad real del hombre y la mujer.

Frustrada sistemáticamente desde la caída de Perón, proscripta con desfachatez en todos los casos que se jugó la parodia eleccionaria, la experiencia democrática del pueblo argentino conoce con el Peronismo la única etapa en que se ejerció auténticamente.

Fuera del período peronista, la voluntad del pueblo ha sido evitada con terror y amordazada sin escrúpulos.

Por eso el Peronismo continúa siendo no sólo la experiencia democrática más auténtica de nuestra historia, sino el **Movimiento Democrático** comprendido y apoyado por los sectores populares. El Peronismo es para el argentino medio, y sobre todo para el proletariado, la expresión concreta del Movimiento democrático.

3. El movimiento democrático contemporáneo implica sin embargo otras notas que las que pudo darle la "democracia representativa".

La historia enseña que la democracia liberal es un paso insustituible de un proceso evolutivo, pero que se contradice a sí misma cuando se reduce a ser "la comedia de la representatividad", y cuando no

está al servicio de los pasos audaces y severos que el proceso mismo exige.

Más aún: la democracia no puede ser "neutral", no puede estar al margen de la lucha de clases: porque entonces sólo favorece el "status quo", los privilegios, la inmovilidad social.

El gran desafío contemporáneo es instaurar una **democracia social**, cuyo objetivo no sea "la igualdad ante las urnas", sino "la igualdad ante la vida" en todos sus aspectos: económico, cultural, político.

En consecuencia no puede ser sino una **democracia militante**, definida en el objetivo de un combate severo y permanente contra la clase social dominante, que debe ser derrotada.

Una democracia adulta no es pues esa apariencia hipócrita de las llamadas democracias occidentales. Es el ejercicio de la democracia — la igualdad, la participación, la libertad — en el interior de un **combate y de un proyecto social** que no se considera falsamente como ya instaurado, sino a **conquistar y consolidar**.

Nadie puede negar que el Peronismo fue en ese sentido paso decisivo y premonitorio.

Fara gran escándalo de los dominantes, pero para gran bien del pueblo, no fue una democracia de finuras cortesanas, sino una **democracia al servicio del pueblo**.

Por primera vez el pueblo — entendido concretamente como el proletariado — no fue sólo el sostén eleccionario del poder, sino el destinatario del proyecto social para el cual se ejercía el poder.

Es preciso no caer en idealizaciones y pensar que todo estaba prodigiosamente bien. Las contradicciones del Peronismo aparecieron justamente en este terreno.

Pero para lo que interesa en este punto, el Peronismo es **en la experiencia del pueblo** la única ma-

nifestación auténtica del Movimiento Democrático que anima nuestro tiempo: y no sólo en su primer etapa liberal, que hizo transitar, sino en sus etapas de **democracia social y militante** que constituye el desafío y el combate de nuestro tiempo.

Lo que las clases gorilas temen mortalmente, cuando se plantea el peronismo, no es sólo su fuerza masiva, sino **esa experiencia de orientación socialmente definida, combativa, clasista, que no puede sino barrer con la Argentina liberal que el gorilaje representa**.

4. ¡El Peronismo dio fuerza, identidad y triunfo al MOVIMIENTO PROLETARIO!

Es obvio que Perón no creó el proletariado, pero fue quien lo unificó, le trazó objetivos, lo lideró en conquistas fundamentales. Y esto que constituye en cualquier país y en cualquier historia un hecho capital, lo es más en la Argentina.

Ciertamente las condiciones objetivas estaban dadas. La naciente y vertiginosa concentración industrial creaba una masa trabajadora nueva y potencialmente fuerte. Pero fue el Peronismo quien le hizo cobrar conciencia de sí misma, de sus derechos, de su enorme fuerza. Y esto está grabado en el alma de los trabajadores argentinos.

Hasta entonces, los movimientos obreros se habían frustrado en los sobresaltos anarquistas, en el gremialismo mendicante, o en los izquierdismos sin arraigo.

El Peronismo organiza la clase trabajadora.

Tampoco acá, probablemente, las cosas se hicieron con la perfección de los manuales, como todo lo que se hace realmente en la historia. Pero el Peronismo instituyó definitivamente en la mecánica social argentina la **clase obrera organizada**.

La C. G. T. nacional y todas sus múltiples rami-

ficaciones constituyen sin ninguna duda uno de los factores que identificaron a la Argentina con los países socialmente revolucionarios, y que han hecho de nuestro país un "fenómeno" sin comparación en América Latina ni en todo el Tercer Mundo.

Hoy en día es ampliamente conocido — y abusivamente utilizado... —, el hecho de la venalidad y la traición de lo que se llama "la burocracia sindical". Pero esa misma corrupción de los dirigentes que algunos enfatizan como si fuera la corrupción de los trabajadores todos, prueba exactamente lo contrario.

Sólo una clase trabajadora organizada, consciente de sus derechos, libre de ingenuidades puede subsistir y aún imponerse a los dirigentes que la traicionan.

Con dirigentes honestos y consagrados, la clase trabajadora fue burlada siempre antes de Perón. Con dirigentes corruptos y traidores la clase trabajadora no ha podido ser totalmente burlada nunca después de Perón. Y esto prueba que cuando un pueblo ha adquirido algo decisivo de una vez para siempre, ni aún los que desde adentro lo traicionan pueden hacerlo dimitir.

5. Dos notas nos parece importante subrayar:

1) El Movimiento Obrero Argentino es peronista; su cohesión y su sobrevivencia le viene de su Peronismo. Lo saben los que han querido dividirlo, crear sindicalismo no peronista, meter cuñas indefinidas.

Durante 16 años el régimen no ha intentado otra cosa que "desperonizar" el gremialismo. Los diferentes regímenes han aceptado pactar cualquier cosa con tal que los trabajadores renunciaran a su identificación peronista.

Pero la clase trabajadora no ha cedido, con esa tenacidad y esa resolución que hace la fuerza de los

pobres, nacida de mucha experiencia dura y de mucho "olfato" elemental pero infalible.

2) El Movimiento Obrero peronista tiene una clara conciencia de su fuerza política y una decidida voluntad de influir políticamente.

Esto es escandaloso para los ingenuos o los cínicos que pretenden un gremialismo "despolitizado". Pero los que saben algo de la historia contemporánea saben hasta dónde es fundamental que la clase trabajadora de un país sea lo que tenga una voluntad de participación política esclarecida. Y más aún, sin caer en falsas exageraciones, es preciso reconocer que la única política no alienante de los últimos tres lustros la ha ejercido la clase trabajadora peronista.

Esta política ha sido casi siempre la de oponerse, negarse a las múltiples salidas tramposas, resistirse. Pero era la única posible y la única realista.

Desde la caída de Perón, la verdadera política, la que se interesa en un proceso revolucionario real, ha estado proscripta, condenada a la clandestinidad, a la resistencia.

La historia juzgará en el futuro nuestro tiempo.

Y sin lugar a dudas dirá la importancia política del movimiento obrero peronista en este período de reacción y de esfuerzos desesperados por reintegrar la Argentina al liberalismo económico, el sometimiento imperialista, la "normalidad" burguesa.

Esa conciencia y militancia política del Movimiento Obrero será apreciada como un signo de que con el Peronismo la Argentina ha coincidido con el Movimiento Proletario, el Movimiento de la Clase Revolucionaria tal como se plantea en términos contemporáneos.

6. **Concluyendo:** Nos parece que el Peronismo es un Movimiento real, por que ha asumido y ha planteado en términos contemporáneos las tres ver-

entes de las que se nutre un verdadero Movimiento histórico: el Movimiento Nacional, el Movimiento Democrático y el Movimiento Proletario.

3. EL PERONISMO ES EL MAS ALTO NIVEL DE CONCIENCIA Y COMBATIVIDAD A QUE LLEGO LA CLASE TRABAJADORA ARGENTINA.

1. Pocas evidencias son tan claras como ésta. Pero es preciso entenderse. Nadie puede afirmar que sea la máxima conciencia que podía alcanzar el proletariado — y en ese sentido hay que reconocer una deficiencia que luego analizaremos —. Es la constatación de un hecho, y en este caso decisivo porque designa el grado de conciencia y lucha de la masa trabajadora.

La masa proletaria ya existía y se acrecentaba rápidamente, pero tenía una conciencia difusa y una presencia insignificante. Con Perón irrumpe en escena; se descubre enorme, temida, poderosa. Cobra una conciencia experimental de su valor y su poder; de sus derechos y de los modos de conquistarlos.

El "aluvión zoológico" — como lo llamó con desprecio un hombre de izquierda: Ghioldi —, se descubre "clase trabajadora", identificada en sus aspiraciones, sus objetivos, capaz de romper los moldes explotadores en que se la somete.

Para comprender esto es preciso distinguir entre la conciencia teórica — que sólo es posible a un nivel y en un lenguaje intelectual — y la conciencia experimental, que nace como fruto de algo vivido y compartido, hecho vivencia antes que concepto.

Igualmente es preciso distinguir la conciencia individual, hecho privado y solitario, de la conciencia colectiva, hecho masivo y comunitario.

La clase trabajadora ha tenido siempre personalidades lúcidas; pero eso no basta para hacer la conciencia de toda una clase, y sobre todo para movilizarla hacia objetivos combativos y colectivos.

El grado de adultez política del proletariado de un país, en este sentido, no se manifiesta por las declaraciones o las actitudes de algún dirigente obrero o de un grupo reducido, sino por la solidaridad y la unidad con que se puede contar a toda la masa trabajadora.

Esa unidad real y poderosa sólo la consiguió el Peronismo — aunque los gorilas la llamen "demagógica" y los izquierdistas "alienante"...

Lo importante, por último, es saber que esa conciencia colectiva, que moviliza a las masas, es la que decide y construye la historia.

Además, es preciso subrayar un aspecto que hoy se confunde cuando se habla de conciencia o "concientización".

Para muchos de los activistas contemporáneos, "conciencia" es equivalente a indignación, repudio al sistema, rebeldía total. Y eso, si es parcialmente cierto, es enormemente peligroso.

A nivel de la gente explotada, fatalmente atrapada, esto tiende a reducirse en una pura conciencia de frustración, en una exasperación amarga y en definitiva en una resignación fatalista. Lo que contribuye al triunfo perfecto del sistema: que quiere postrarnos en la aceptación de que "nada puede cambiar".

En el fondo, esto no es sino proyectar al pueblo la "conciencia angustiada" de la pequeña burguesía.

La verdadera "concientización", la que constituye un paso de certidumbre indestructible, es la que implica una conciencia triunfal, una experiencia vivida de que las condiciones que se padecen son superables y superadas.

Más que los discursos sabios que no entienden, lo que "desaliena" a las masas es la experiencia victoriosa de destrozarse las alienaciones. Lo que convence que los dominantes no son todopoderosos y tienen pies de barro, es verlos temblar y retroceder. Lo que desfataliza la mirada sobre la vida es comprobar que las fatalidades heredadas son vencidas.

Y es aquí donde el Peronismo fue y continúa siendo el punto más alto de triunfo y por lo tanto de conciencia colectiva del pueblo trabajador. Por eso su fidelidad sin claudicaciones a un período y a un movimiento que les mostró que se puede y se debe vivir de pie.

2. Dos hechos más capitales, son a destacar:

a) **Perón dió UNA IDENTIDAD** a las masas, que se reconocieron y se identificaron en el Peronismo.

Los grandes pasos históricos no se dan por una coincidencia exterior y circunstancial de los individuos concernidos, sino por su **identificación profunda, permanente, total.**

Por eso las grandes masas, el pueblo real, necesita de signos, de consignas, de líderes, que galvanizan las certidumbres y las voluntades y construyen un lenguaje vital y comprensible, compartido por todos, inequívoco, fiel.

No en vano para el pueblo trabajador el Peronismo, lo que ellos llaman "la fidelidad a Perón", es la piedra de toque que identifica o separa. **Porque el Peronismo sigue siendo la identidad vívida de las masas.**

b) **Perón dió EL EJERCICIO DEL PODER**, ese poder que el pueblo posee virtualmente pero que siempre le ha sido frustrado.

De un modo confuso pero real, mucho más auténtico y democrático que la mentirosa "democracia representativa", el pueblo **participó, decidió, defendió** los pasos de un gobierno que supo **suyo y para**

él. Y este hecho no se borra de la conciencia de las masas. La invencible "nostalgia peronista" de los más grandes sectores del pueblo, no es el sueño de un paraíso perdido, sino la vocación profunda a proseguir aquella experiencia en la que el pueblo no estuvo marginado sino profundamente presente, ejerciendo toda la fuerza de su poder.

3. La **COMBATIVIDAD** del proletariado peronista también es innegable.

Sin la organización adecuada, librado casi siempre a la espontaneidad de sus intuiciones, supo generar un 17 de Octubre — que sigue siendo el triunfo mayor del proletariado argentino —, y supo estar presente cuando se lo convocó.

Si esa combatividad se aturdió o fue despistada en los últimos días peronistas, todos sabemos de qué modo hubiera estado en la calle si Perón la convocaba.

Después del golpe reaccionario del 55, cuando se prolongó esa larga y feroz represión gorila, el pueblo supo organizar y mantener la **RESISTENCIA PERONISTA**, un capítulo desconocido y ocultado de la historia argentina, pero que en el futuro será respetado como uno de los más heroicos.

En las tomas de fábricas, en las manifestaciones antigorilas, en los "caños" al precio de la vida, el Peronismo resistió, hostigó, acabó esterilizando y desorientando la ola del liberalismo en retorno.

Sólo la combatividad del pueblo peronista frenó y finalmente fracturó la restauración reaccionaria.

Se creía que con alejar a Perón, el pueblo "embaucado", confundido por la "demagogia", acabaría cambiando. Pero no cambió y obligó a cambiar personajes y tácticas a la reacción cada vez más exasperada.

Y cuando fue invitado a las trampas eleccionarias, supo también resistir, inundando las urnas con sus votos en blanco, con sus "no" rotundos. O eligiendo,

con una disciplina que bien envidiarían los aceitados partidos de otras partes, al candidato que en definitiva creaba más problemas y aceleraba las contradicciones del régimen.

Tomado colectivamente, en los grandes momentos en que se lo solicitó, el pueblo peronista ha revelado una combatividad que jamás tuvo antes el proletariado argentino, y que no conoce ningún otro pueblo de América Latina o del Tercer Mundo.

Y cuando esa combatividad ha debido tomar los caminos clandestinos y definitivamente militares de la actualidad, el Peronismo ha puesto los militantes más arraigados en el pueblo, y ha inspirado a la mayoría de los movimientos que operan.

II. — EL PROCESO PERONISTA

El Peronismo no ha sido ni es una realidad monolítica y siempre idéntica. Durante los diez años de su proceso triunfal, y durante los quince de su persecución sistemática por el régimen, muchas cosas han pasado.

Como todo movimiento histórico, contiene permanentes "líneas-fuerzas" que lo caracterizan y que nunca ha perdido: son las que pretendimos analizar más arriba.

Pero como todo movimiento histórico en proceso ha sufrido un cambio interno que es preciso reconocer sin ofuscaciones. No para criticarlo a la manera gorila o izquierdista, sino para comprenderlo en serio, respetar sus conflictos, discernir su porvenir.

TRES MOMENTOS nos parece indispensable distinguir en el proceso histórico del Movimiento:

1. LA COINCIDENCIA INICIAL:

Con Perón se produce la coincidencia espontánea

e histórica de los grupos revolucionarios de 1945.

Perón unifica a los grupos nacionalistas, sobre todo a los representados por "FORJA" y la oficialidad nacional.

Igualmente hace coincidir a los sectores volcados a un proceso democrático auténtico: muchos de los de la clase media y de la incipiente burguesía industrial.

Finalmente polariza, unifica y lidera al proletariado, interesado en un cambio social definido.

(No ignoramos que hay una calificación clasista y según algunos "marxista" que habría que aplicar aquí. Pero se ha hecho tanto abuso de las clasificaciones que acaban dividiendo la realidad en "compartimentos estancos" e inmóviles, que preferimos evitarla. Sobre todo en un período donde lo más notable es la interrelación de intereses y la definición de nuevas circunstancias sociales).

1. Con Perón, una coincidencia virtual se hace coincidencia expresa, unidad combativa.

a) En primer lugar las fuerzas proletarias, que después de tantas postergaciones encuentran un líder, una organización, una política agresiva y conquistadora.

El aumento y concentración masiva del proletariado industrial en el período no hará sino reforzar la importancia y la fuerza de este factor.

b) En segundo lugar el crecimiento de las fuerzas productivas nacionales en contradicción con el carácter del imperialismo agro-exportador imperante.

Es la incipiente burguesía industrial que necesita una economía proteccionista, y en general una política estatal industrialista.

c) Finalmente, el despertar de una conciencia nacional antiimperialista en ciertos grupos intelectuales y sobre todo en las filas del Ejército, donde

a través de numerosas influencias se ha consolidado la resolución de plantear y conseguir la liberación nacional.

2. El genio innegable de Perón en ese momento radica en captar cuáles eran las fuerzas realmente espectantes y poderosas, en definir las, hacerles descubrir su poder y precisar sus enemigos.

Perón ya había captado en 1943 la fuente del poder revolucionario en la Argentina.

Mientras los políticos liberales y los tácticos marxistas hacían conjuras en el Jockey Club, Perón preparó la Revolución con hechos desde la Secretaría de Trabajo.

El pensaba en términos de fuerza y poder, y en nuevas estructuras para el Estado — aunque quizás prescindiera de las clasificaciones con escuadra y tiralíneas de los profesionales de la revolución.

Esto lo proseguía desde el gobierno. Y nadie puede negar que desde el punto de vista de la eficacia, de la concreción revolucionaria, su acierto fue total.

Perón comprobó prácticamente, que en adelante no se podría gobernar la Argentina sin el nacionalismo popular y la clase obrera.

a) Por eso instaura una política de masas, no sólo por la participación multitudinaria y entusiasta del pueblo, sino porque está orientada fundamentalmente hacia la masa, entendida como su factor más decisivo, fundamental y consecuente: la clase obrera.

La clase obrera fue durante el Peronismo una fuerza política actuante, de enorme gravitación no sólo a través de la C. G. T., sino también en forma espontánea, a través de su propia movilización.

Esta fuerza política masiva constituía la parte fundamental del Poder que sostenía el Estado justicialista.

Pero no era todo el poder, y se veía obligada a restringir su poder a determinados límites que le fijaban, a cada paso, los otros factores de la "coincidencia".

b) Perón también instaura una transformación económica, apoyada en la industrialización acelerada la nacionalización de la economía, las finanzas y el transporte que estaban desde varias décadas antes en poder del imperialismo inglés.

Esta operación le dio además la base y el punto de apoyo para enfrentar al imperialismo yanqui.

Además la economía estaba orientada socialmente, beneficiando claramente a las clases populares.

Pero al mismo tiempo, Perón no toca la estructura capitalista en sus raíces y aprovecha una situación económica interna y externa que permite los cambios sociales sin grandes conflictos y sin las opciones tajantes que ordinariamente exige.

c) Perón responde también a las expectativas nacionalistas del ejército, y a la tradicional ambición de poder y popularidad de las fuerzas castrenses. Esto le otorga un poder y una garantía ideales para su gestión.

Pero al mismo tiempo lo hace solidario de un ejército que se caracteriza por el simplismo de sus análisis, su permeabilidad a las influencias dispares, y su desconfianza pretoriana a los movimientos populares.

3. Esta gran coincidencia inicial — con las reservas que en cada caso hemos sugerido —, caracteriza el primer período peronista. Tres factores contribuyen a acentuarla intensamente.

a) La conducción carismática de Perón, que se revela una personalidad política innata, un orador seductor y rotundo, un conductor inspirado. La fi-

gura de Perón alcanza perfiles idolátricos y la confianza que induce es total.

b) El triunfo aplastante en las urnas, que se reitera a cada convocación. Esto induce la convicción de que la coincidencia es mayoritaria, total y permanente.

c) La innegable prosperidad económica y el progreso espectacular de los sectores desposeídos. Hasta los más severos críticos deben aceptar, a regañadientes, lo evidente.

4. Esta coincidencia inicial era el único camino para inaugurar el proceso revolucionario en la Argentina.

El Peronismo tuvo el enorme mérito de crearla y conducirla. Y de evidenciar que la historia no avanza con la pureza de ciertos teóricos, sino por los cambios "discutibles" pero reales en que las chances concretas se plantean y se dilucidan.

Para algunos trotskistas, izquierdizantes o gorilas disfrazados de izquierdistas, el Estado justicialista fue el Estado burgués clásico, o a la sumo, el Estado de la burguesía antiimperialista.

Se basan en una interpretación mecánica y simplista de lo que ellos creen es el marxismo, o en citas ingeniosas y rebuscadas de Engels o Lenin.

Creen que el Estado tiene que ser puramente esclavista o feudal o burgués o proletario y no admiten ningún matiz o norma intermedia.

Como su marxismo es dogmático y abstracto, no descienden al análisis del proceso real para elaborar su tesis: se valen de citas librescas que, por lo general, aplican a tontas y a locas.

Los mismos que llamaron "fascista" a Yrigoyen repitieron su epíteto a Perón, y cuando el ridículo de su diagnóstico fue patente, decidieron rebajarle la condena y lo crucifican por "burgués". ¡Ni el viejo luchador del 16 ni el líder del 45 están a la altura de sus certidumbres metafísicas....!

Pero la verdad de la historia es otra. Y con las mezclas y turbiedades que es preciso discernir pero imposible eliminar a priori, la historia y la Revolución nacional, democrática y social han pasado por el Yrigoyenismo y por el Peronismo.

Y porque es preciso comparar los pasos históricos a sus precedentes históricos y no a esquemas ideales y librescos, nadie puede negar que el proceso peronista, que prosiguió al Yrigoyenismo; lo superó en definición, profundidad y magnitud de una manera decisiva.

Y preparó todos los factores sociales para un proceso más radical y decisivo aún.

2. LAS FRACTURAS DISIMULADAS:

En un momento que no es fácil de datar, pero que gira en torno a los años 65, los factores que hacían la coincidencia inicial tienden a "cristalizarse". Sus aspectos, convergentes se atenúan y se refuerzan las divergencias, los intereses contradictorios.

Sólo la figura de Perón, y la continuidad del éxito político permiten disimular fracturas cada vez más profundas.

1. Superado el período de la inmediata postguerra, las condiciones comerciales óptimas disminuyen. Además los factores externos, nucleados en el prisma imperialista, se reordenan y refuerzan.

El "relevo del liderazgo imperialista" que realizan los yanquis a expensas de los ingleses, permite comenzar a arreglar las cuentas con los discoloros o los independientes.

La situación internacional se endurece y complica.

Internamente los cambios también son notables.

Derrotadas repetidas veces y de manera rotunda, las fuerzas liberales eligen caminos más sinuosos y proyectiles de más largo alcance.

Toda la extensa fauna cipaya del país se dedica a denigrar, predecir calamidades, exagerar los problemas, tramar golpes militares.

Los sectores "intermedios", la clase media alimentada en sus criterios por las agencias de prensa internacionales, los grupos intelectuales — atiborrados de nostalgias y libros europeos —, los altos círculos clericales, la juventud universitaria — burdamente izquierdizada por la FUA —, etc., van conformando un clima de hostilidad creciente hacia el peronismo.

En el fondo no son sino los sectores privilegiados y elitistas, los que se consideran la aristocracia virtual del país, y que temen oscura y ferozmente los movimientos populares, con su cultura espesa y sus determinismos tenaces.

2. Dentro del Peronismo los factores coincidentes se distancian.

a) La burguesía industrial, enriquecida y próspera, reniega de sus comienzos, y llevada por la mecánica irremediable del capitalismo, enfrenta cada vez más las exigencias populares y nacionales.

Fuerte ya como para disputar a la oligarquía terrateniente y vacuna su rol preeminente en la economía de la entrega, se aferra a sus ventajas y sus intereses.

El movimiento peronista le ha servido para su despegue; ahora se despegue sin reparos de todo lo que era fundamental en el proceso: sus objetivos nacionalistas, democráticos, sociales.

La burguesía nacional, que engordó con Perón, le muerde las manos y lo acorrala como puede.

Poseedora de muchos resortes fundamentales, encaramada en ministerios y personalidades del partido,

lucha por hacer del Peronismo el movimiento, o mejor: el partido de la burguesía industrial.

b) Los militares, sensibles a todas las influencias y cada vez más insensibles al país real, "deliberan" de todas las maneras.

La oficialidad, aristócrata por origen o por vocación, crece en reservas ante un proceso que cada vez controla menos. Y ningún militar es demócrata en serio.

La Armada, reducto tradicional de las ternuras anglófilas, cenáculo del liberalismo que sueña con retornar al paraíso de los años 20, fomenta descaradamente el golpismo retornista.

Y en todos los niveles militares, la conocida proclividad castrense por aceptar privilegios y prebendas, no hace sino fomentar una imagen de corrupción bien singular.

c) Los sectores populares siguen también su propia dinámica.

Cada vez más conscientes de su carácter de clase, de su fuerza, de su rol fundamental en el movimiento, aumentan sus exigencias y quieren volcar definitivamente la balanza en su favor.

Los slogans peronistas no alcanzan para configurar una ideología, pero son suficientes para orientar al proletariado hacia un planteo definitivamente clasista.

Es el momento en que alcanza su máxima fuerza EVA PERON.

Y las reacciones que Evita provoca, son un síntoma claro.

Idolatrada por unos, odiada por los otros, Eva Perón designa un meridiano cada vez más definido.

Y es el de un enfrentamiento definitivamente clasista; el afrontamiento entre el proletariado que reclama para sí todo el Peronismo y los demás grupos que: o enfrentan frontalmente al proletariado o lo

quieren integrado y domesticado en un juego de equilibrios.

d) **La burocracia partidaria y sindical**, un árbol frondoso y acaparador, hipertrofiado por el exitismo y las ventajas personales, cumple también un papel decisivo.

El triunfo fulminante del Peronismo permite que muchos pseudo-dirigentes, que no fueron cribados por la lucha y la adversidad, pretendan representar un movimiento que en el fondo temen.

Ellos también resisten el cambio, la aceleración del proceso, las definiciones.

Sólo les importa, en la gran mayoría de los casos, **la perpetuación.**

Es la burocracia partidaria la que multiplica las adulaciones y los homenajes, la que crea el clima excesivo donde la autocrítica es imposible y los enfrentamientos internos se aturden.

Es la burocracia partidaria y sindical la que pregonaba y afirma una **Revolución Realizada**, definitiva, satisfactoria — en un enfrentamiento radical con las impaciencias y las exigencias clasistas que pregonaba Eva Perón — y que la distancia de la historia permite hoy distinguir con nitidez.

Es la burocracia partidaria finalmente, la que **pretende imponer la autoridad del partido**, sus directivas, su estrategia.

El Peronismo, un Movimiento, quiere ser sometido a un cliché partidista que no piensa sino en frenarlo y postergarlo.

3. Es pues la época de una trágica Ilusión.

Tras el nombre de Perón, reclamado por todos, se mantiene una **unidad ficticia.**

Perón mismo — en los años más oscuros de su liderazgo —, juega el vaivén de una telaraña que en el fondo lo anula.

Es el drama de un artífice que ha liderado una conciencia histórica y no acaba de reconocer y zanjar una contradicción cada vez más tensa.

Perón había sido en el 45 el hombre que designaba una definición, una opción. Comienza a ser el hombre que designa una excusa para no definirse.

El símbolo de una unidad revolucionaria y agresiva comienza a ser el barniz que recubre una dispersión virtual, y una actitud defensiva.

La figura misma de Perón es sintomática en este tiempo. Su imagen clara y definitoria en el 45, se tiñe de una ambigüedad peligrosa: tras él se reclaman intereses divergentes.

4. Y en el fondo, esto es lo que explica la momentánea **desorientación** que invade el movimiento peronista en el año trágico: 1955.

Los sectores burgueses ya son, de hecho, francamente contrarios al movimiento y permeables a los intereses liberales.

El Ejército está dividido, sin certidumbres sobre sus responsabilidades y en consecuencia sin coraje para enfrentar la subversión que se muestra capaz de una ferocidad hasta entonces desconocida.

El pueblo asiste con estupor a la dimisión de los que cree sus dirigentes, a las contradicciones que intuye pero que lo desconciertan, a la agresión que lo encuentra sin preparación militar y sin organización combativa.

Perón no cayó por las propias contradicciones internas del movimiento.

El movimiento reaccionario que lo derrotó, tuvo la chance de asestar su golpe en un momento de desconcierto profundo, irremediable en un movimiento que perpetuaba demasiado una ilusión mentirosa.

Y que debía rearmarse ideológica y combatiivamente para dar el salto desgarrador pero vivificante de ser fiel a su misión histórica.

3. UN PROCESO DETENIDO:

Tras la caída de Perón, el proceso es más conocido y reciente, aunque tampoco contamos con una interpretación lúcida y esclarecedora.

Desde el punto de vista que nos interesa, el **desarrollo del proceso peronista, su evolución revolucionaria y combativa**, es evidente que comienza un período oscuro, donde el movimiento es frenado.

El gran triunfo del movimiento reaccionario del 55 será el de haber detenido y de algún modo postergado las definiciones radicales hacia las que el movimiento nacional y proletario se dirigía necesariamente.

1. El movimiento, agredido en un momento crucial, cual es todo momento de definiciones y de rupturas, se encuentra ante una represión como nunca conoció el país.

Es la hora de la venganza, y Aramburu y Rojas no escatimarán violencias para ejecutarla.

Se desata una verdadera caza de brujas antiperonista, ante la aprobación satisfecha no sólo de los sectores ultra reaccionarios, sino incluso de los moderados o que debieran ser moderadores y críticos (la intelectualidad, la Iglesia, los universitarios, etc.).

El Movimiento no tiene otra alternativa que la de **defenderse**, y no sólo de la agresión salvaje y sangrienta que reina en algunos sectores, sino de los ataques disolventes que se visten con la piel del dialoguismo, las componendas sonrientes, las ofertas hipócritas.

La tarea casi exclusiva de los dos primeros años post-peronistas no puede más que estar absorbida que por la **necesidad de sobrevivir**.

Y en momentos de defensa y sobrevivencia, es imposible plantear las definiciones internas que esclarecerían y purificarían el movimiento.

2. Los antiguos factores sin embargo se encaminan a una definición espontánea e inductable.

a) La burguesía industrial se desembaraza de un compromiso que ya la molestaba demasiado y siguiendo su pendiente natural desemboca en el desarrollismo.

b) Los militares descubren todo su simplismo pretoriano y en el empuje de la ola victoriosa, el gorilismo colorado se dedica a las purgas internas, de la cual el asesinato premeditado de Valle y sus compañeros no es sino un ejemplo.

El fascismo connatural a las estructuras castrenses y la experiencia reciente de un movimiento popular que se les escapaba, no hace sino aumentar su resolución de desligarse del Peronismo.

Redescubren que el liberalismo les ofrece posibilidades totalitarias—mucho más confortables que los movimientos proletarios y su vocación socializante.

c) La burocracia partidaria se divide y contradice, pero en el fondo no espera sino la oportunidad para rehacer el **partido** peronista, del cual piensan usufructuar el caudal eleccionario.

Están dispuestos a integrarse, y lo prueban en sus fundaciones “neoperonistas” y en sus connivencias participacionistas.

d) Las direcciones sindicales fluctúan en posturas sucesivamente colaboracionistas y “duras”.

Están flanqueadas por las órdenes de Perón y la agresividad de las bases, y esto les impide jugar desembozadamente sus intereses de burócratas.

El factor gremial es además enormemente complejo y no es lugar para estudiarlo. Pero desde el punto de vista que nos interesa, ciertamente no juega por dilucidar los factores que complican el espectro peronista.

Y prolongan la situación de un proceso detenido cualitativamente.

e) Perón recupera su sagacidad política y su resolución combativa. Pero es el gran responsable de un movimiento perseguido, a miles de kilómetros de distancia, obrando por personeros que lo sirven y lo traicionan al mismo tiempo, obligando a jugar un terrible ajedrez por correspondencia.

Tampoco él puede, desde lejos, lo que no realizó en sus últimos tiempos desde adentro: **clarificar el Peronismo y hacerlo retomar su misión según las exigencias actuales.**

f) **Sólo quedan los sectores populares**, reducidos a sus explosiones espontáneas, cuando lo que se necesitara es una organización disciplinada y militar.

Los grupos obreros intentan las mil formas de una lucha a veces desesperada: las tomas de fábricas, el terrorismo, las manifestaciones multitudinarias, la "resistencia" en sus mil formas.

Se abroquelan tras un slogan que el tiempo revelará de una lucidez y una fuerza totales: **la vuelta de Perón**. Que no es como algunos piensan el reclamo por retornar a un paraíso fácil, sino la condición para el asalto definitivo a las estructuras del sistema y para cohesionar al proletariado en su lucha sin falsos laderos.

3. El proceso está pues detenido.

Voluntariamente frenado por algunos; estable a pesar de la impaciencia de otros.

Pero el tiempo, y sobre todo la experiencia de los últimos años permiten una **clarificación virtual**. Cada vez es más evidente que el Peronismo y el Movimiento que él representa sólo cuentan para el futuro con una fuerza incondicional: **el proletariado**.

Este proceso detenido no es sólo el del Peronismo. Es el de toda la causa revolucionaria en Argentina.

Y si del movimiento Peronista desertan — de hecho —, muchos de los que antes lo utilizaron, las

nuevas generaciones y vastos grupos revolucionarios lo "redescubren", con una lucidez y una decisión que constituyen sin lugar a dudas el hecho político más notable de los últimos tiempos.

Nada se puede afirmar con certidumbre total sobre el futuro; pero nadie parece dudar que una nueva primavera peronista se aproxima.

O que por lo menos el gran movimiento nacional y popular vuelve a rearmarse con la energía y la juventud que sus enemigos creían extinguidas.

III. — LOS DEFECTOS DEL PERONISMO

Es preciso ser totalmente honestos, y en ese sentido no se puede pretender que el Peronismo carezca de defectos, algunos de ellos profundos.

No se trata de descalificarlo por ellos, como hacen los "puristas" de derecha o izquierda. Se trata de detectarlos, porque la opción por el Peronismo supone la certidumbre de que el Movimiento es capaz de superar sus propias deficiencias; que éstas no son intrínsecas al mismo — como pretenden sus detractores —, y que el futuro necesita un movimiento críticamente renovado y preparado.

Más que de defectos, quizás habría que hablar de errores, de esas deficiencias que todo proceso no puede sino arrastrar, casualmente porque no es un paraíso caído del cielo, sino un proyecto humano, circunstanciado históricamente, condicionado por mil factores.

La misión del Peronismo es histórica y no providencial. Hasta ahora le ha correspondido el rol — y la responsabilidad —, de ser el eje del esfuerzo liberador. Pero si no sabe plantearse críticamente sus carencias, las imperfecciones que pueden traicionarlo,

entonces continuará indefinido, cobijando tendencias ambiguas. Y entonces también, más tarde o más pronto, otras formaciones vendrán a reemplazar su vocación abdicada.

Nos parece que se puede subrayar, a grandes rasgos:

1. LA AUSENCIA DE UNA IDEOLOGIA

El concepto de ideología es en el fondo vago y discutido (1). Pero aquí lo entendemos como "Teoría y proyecto revolucionario". Y en ese sentido supone una mirada de todo el proceso histórico, sus condicionamientos, sus factores de desarrollo.

La ideología supone el desciframiento de las luchas de clases, para no intentar perpetuar un aparente entendimiento que no es sino ilusión.

Supone también un "proyecto final", un objetivo último, que no se puede imponer en un instante, pero que da sentido a todo combate.

1. El Peronismo se integró sin duda a un proceso histórico, cuyo movimiento profundo asumió. Pero no explicitó la conciencia y la teoría de esa realidad,

(1) El término ideología pasa hoy de un extremo a otro del espectro valorativo. Y también su significación. Para los marxistas ortodoxos, su significado es siempre PEYORATIVO. Designa la proyección y la justificación — filosófica, jurídica, moral — de la dominación y la explotación. La "ideología dominante" es siempre la ideología de las clases dominantes. Para otros (como E. Dri, en su artículo de "Envido" N° 4, "Tercera posición, marxismo y tercer mundo") su significado es prácticamente inverso y totalmente POSITIVO. Designa "la expresión del nivel de conciencia alcanzado por un pueblo. En ella se hacen potentes su cosmovisión, sus esperanzas, el fruto de sus hacen patentes su cosmovisión, sus esperanzas, el fruto de sus mos tomado esta última postura, deberíamos decir que el Peronismo alcanzó el máximo nivel ideológico. Rogamos pues entender "ideología" en el sentido estricto formulado en el texto, que nos parece por otra parte el de uso más común y el más claro.

que permitiera al pueblo todo comprender que no se participaba sólo de una empresa de justicia y reivindicación, sino de una lucha histórica y profunda, que no es en el fondo sino la lucha inmemorial del hombre por su liberación y por su humanización total.

El Peronismo asumió y prácticamente constituyó el movimiento proletario pero no explicitó definitivamente la certidumbre de que la clase obrera es la única revolucionaria, la autora y la destinataria de una revolución que no puede compartir.

Sólo un análisis ideológico riguroso puede convencer de que la lucha de clases no es un invento de manuales, sino el diagnóstico y el factor que mueve la historia. Y la mala utilización de los falsos revolucionarios de izquierda, no exime de este análisis y de su aplicación sistemática.

El Peronismo implicó una socialización de hecho, pero también aquí por falta de análisis y rigor ideológico no explicitó el proyecto socialista que debe estar expreso en una revolución contemporánea; y su consecuente condena y negación del capitalismo, en todas sus formas y disfraces. El Peronismo vehiculó una conciencia anticapitalista de hecho — en el proletariado —, pero por falta de rigor ideológico dejó intocadas las más profundas estructuras capitalistas de la sociedad.

2. Perón fue un pragmático, un político genial pero en gran medida empírico.

Siempre actuó teniendo en cuenta primordialmente la fuerza más poderosa de cada momento, la presión más importante, la mayor exigencia de los acontecimientos.

Esto no es una crítica: todo conductor político tiene que cumplir esa tarea. Y Perón fue fiel a la fuerza objetivamente más importante: el proletariado.

Su enorme mérito es haber interpretado y servido al proletariado — como más arriba hemos expuesto largamente.

Pero el líder, el estratega, el político que conduce a los triunfos concretos, no es casi nunca el mejor analista, el ideólogo más profundo.

Un conductor providencial tiende a confundir sus maniobras geniales y sus aciertos rotundos como una interpretación y un análisis genial y profundo.

Para no citar sino un ejemplo: del acierto táctico y fecundo de la "tercera posición" — que es una postura política sagaz —, no se puede inducir una tercera posición ideológica, una imposible alternativa intermedia entre el capitalismo y el socialismo.

En este sentido, hay que decirlo, la enorme figura de Perón ha sido a la vez la fuerza y la debilidad del Peronismo.

3. LA DOCTRINA NACIONAL, o doctrina peronista, con sus tres principios de independencia económica, soberanía política y justicia social, no es una teoría revolucionaria del proletariado, sino la plataforma de lucha que correspondía a todas las clases progresistas que pujaban por transformar el país en esa etapa de la historia.

El Peronismo no transmitió al proletariado argentino, pues, una teoría revolucionaria, sino que lo cohesionó en una doctrina de carácter nacional, en la que coincidían otros sectores bien diferentes.

Este permitió que al menos al principio coexistieran dentro del Peronismo, sectores que representaban intereses e ideologías implícitas divergentes (el proletariado y la burguesía industrial, por ejemplo).

Esta unidad en la diversidad — necesaria al principio —, se va a prolongar cuando, como vimos, los intereses son ya claramente contrapuestos y las implicancias ideológicas dejan de estar silenciadas para

hacerse manifiestas y exigir definiciones.

4. Y el Peronismo podía y debía esclarecerse ideológicamente. Porque tuvo la chance de interpretar un movimiento realmente revolucionario y proletario.

Las ideologías desconfiables son las que se elaboran en la soledad abstracta de los gabinetes. Pero el Peronismo no tenía sino que interpretar a fondo, radicalmente, el proceso que estaba transitando, para encontrar las pistas ideológicas fundamentales. Con la enorme fuerza y ventaja de elaboradas desde las certidumbres vividas, y en ese diálogo viviente con las masas participando lúcidamente del proceso.

El gran desafío para toda revolución auténticamente trascendente, es unir el movimiento de masas con la teoría revolucionaria. Liberar el enorme poder de transformación del proletariado, su fuerza incontenible; pero esclarecerlo al mismo tiempo para que se proyecte a una liberación total.

Esta deficiencia era quizás irremediable. Los pensadores que pudieron ilustrar al movimiento estaban ajenos al mismo, espectadores o testigos estupefactos de un proceso que no entendían, o del cual sólo captaban los aspectos exteriores, la cáscara discutible.

La gran falla no ha sido aquí del Peronismo mismo, sino de los hombres que debían poner su inteligencia al servicio del movimiento popular, y prefirieron el descompromiso y la neutralidad académica.

También influyó, claro está, el triunfo fácil y amplio, que permitió a muchos pseudos-dirigentes identificar el Peronismo a fórmulas simplistas y superficiales y sobre todo negar una actitud crítica y una elaboración creativa, que el movimiento necesitaba vitalmente.

5. De todos modos, el Peronismo en su proceso

lo contrario. Sinó que se mantuvo en la fuerza espontánea de sus movilizaciones, postergando una organización combativa del proletariado, más urgente cuanto los conflictos se hacían más severos y los intereses de clase más contrapuestos.

1. El Peronismo tuvo su espaldarazo definitivo el 17 de octubre.

De algún modo persistió siempre en la postura de aquel día maravilloso, donde la intuición de las masas y su capacidad de movilización habían roto de un golpe las intrigas y las barreras que se oponían al movimiento popular. De allí en más, el pueblo estuvo, masivamente, cuando fue convocado.

Pero la ilusión de que cualquier conflicto sería derrotado con la simple movilización de las masas invadió al movimiento. Y lo que es más, se creyó que como el 17, el pueblo reaccionaría espontáneamente.

Se olvidó que las luchas sociales, cuando son severas y profundas, pasan necesariamente por períodos oscuros, inciertos, donde la desorientación y el desaliento puede asaltar aún a los mejores.

Entonces sólo un método de combate prefijado y ensayado puede suplir las reacciones espontáneas, despertarlas, conducir las.

2. Eva Perón comprendió en gran parte esta realidad.

Muchos de sus esfuerzos estuvieron dirigidos a suscitar los comités de lucha, la organización combativa y las vanguardias de lucha dentro del movimiento.

Pero encontró mil resistencias, nacidas quizás de sus propias vacilaciones y de la oposición tenaz de otros sectores: la burocracia partidaria, temerosa de una vanguardia organizada y combativa; los militares, celosos de todo lo que pareciera milicia popular; los mismos grupos para-militares que existían

en forma minúscula pero real dentro del Peronismo y cuya mentalidad de ultra-derecha y sus intervenciones en el fondo reaccionarias tanto desacreditaron la idea de una vanguardia organizada y combativa.

El hecho es que subsistió como sólo método de lucha la movilización masiva y espontánea, nucleada en torno al líder carismático. Cuando lo que se imponía — al menos después del primer período peronista —, era adiestrar una vanguardia de lucha, que desde el seno del proletariado supiera definir los objetivos y los métodos combativos.

3. Esto tuvo trágica confirmación en los días de la revolución reaccionaria y la caída de Perón.

En los momentos de prueba de junio a septiembre del 55 la suerte de la revolución nacional peronista quedó librada a la espontaneidad del movimiento de masas y a la promesa de Perón de jugarse solo la partida. Es decir, a dos posibilidades igualmente desastrosas.

El ardiente deseo de lucha de las masas, su poderosa combatividad, se malogró por faltar un comando obrero verdaderamente adiestrado y revolucionario.

4. Y los acontecimientos posteriores a la caída de Perón no han hecho sino confirmar estas evidencias.

El pueblo peronista ha dado pruebas de una capacidad de resistencia y lucha conmovedoras. Pero casi siempre libradas a los estallidos espontáneos o a las audacias individuales. Ni una ni otra han estado presididas por una estrategia global y una organización de lucha a la altura de la fuerza virtual del movimiento. Las luchas de los últimos años prueban la formidable rebeldía del pueblo trabajador.

Pero la rebeldía no es la Revolución. Y entre una y otra media la organización combativa, los comandos adiestrados, las vanguardias incluso armadas

que vayan conformando el verdadero ejército del pueblo, sin el cual el triunfo revolucionario es imposible.

IV. — LOS FRACASOS DEL SISTEMA PARA INTEGRAR EL PERONISMO: CONCLUSIONES

Hasta ahora hemos hecho un análisis y un diagnóstico del Peronismo.

Se trata ahora de verlo en función de las circunstancias actuales, y sobre todo del proceso futuro. Cómo se sitúa delante del régimen, delante de los otros grupos revolucionarios y finalmente delante de sí mismo: es decir delante de los factores tradicionales y de los nuevos que constituyen el "hoy del Peronismo y sus posibilidades para conducir o participar del futuro revolucionario.

Empezamos por la primera realidad, que domina los últimos 15 años y la actualidad más inmediata: los fracasos del sistema para integrar el Peronismo.

1. LOS FRACASOS DEL ANTIPERONISMO:

Los últimos 15 años de la Argentina no son sino una sucesión de fracasos que prueban la **crisis definitiva del sistema.**

Período comenzado en una euforia "democrática" que atribuía todos los males a Perón y a la alienación de las masas, no ha sido sino una sucesión de intentos frustrados, de crudos fracasos.

Hasta hoy lo único que se ha podido probar es la **impotencia** de los diferentes proyectos para solucionar los problemas argentinos.

a) **El fracaso gorila:** que pretendió expulsar por la violencia y la represión el Peronismo de las masas

y construir una nueva "época de oro" volviendo al liberalismo pre-peronista.

b) **El fracaso desarrollista de Frondizi:** También aquí un doble fracaso político: porque ni las maniobras con votos trampeados, ni las elecciones diagramadas para "quebrar" la fidelidad del pueblo a Perón consiguieron su objetivo. La masa continuó fiel al Peronismo y a su Líder.

Fracaso económico-social, en el único proyecto teóricamente defendible.

c) **El fracaso del Radicalismo:** Allí se hace patente hasta dónde debe descender el sistema para presentar una cobertura de aparente legalidad, que encubra la crisis y el descabro: hasta una minoría incapaz, sin proyectos, sin fuerzas, sin arraigo popular.

d) **El fracaso de la "revolución" militar:** Que nace de la impotencia de los partidos y políticos y muere en la absoluta impotencia de los militares para conducir un proceso en el que presumían de salvadores y todopoderosos.

2. EL DETERIORO DEL REGIMEN BURGUES:

Todos estos fracasos no son casuales; demuestran el total deterioro del sistema burgués.

Más aún, comprueban que **han desaparecido las formas tradicionales** de unificación de la burguesía, la existencia incluso de un partido minoritario que las represente y puede gobernar de modo "aceptable". Al extremo que son las propias FF.AA. las que deben quitarse la careta y constituirse en el factor de unificación y detentor del poder y la política burguesa.

Pero el deterioro del sistema no es sólo una cuestión de descomposición interna de las fuerzas liberales. Todo lo contrario: es el fruto del **jaqueo permanente** a que lo someten las fuerzas populares. Un

asedio de hecho, ya que la voz pública les está prohibida. La oposición de una experiencia vivida y de una expectativa que no se pueden engañar.

Por eso los sucesivos gobiernos "se tienen que disfrazar", pretendiendo ser los ejecutores de una política revolucionaria, democrática, nacional, popular. Que luego, evidentemente, no pueden realizar sino contradecir cada vez más.

Pero lo que importa es descubrir que la experiencia peronista es la que obra como una presión objetiva, que a la larga desenmascara y desbarata al régimen.

Aunque lo que de verdad piensen sea en retornar al liberalismo y al entreguismo más descarado, las fuerzas liberales deben revestir apariencias nacionalistas y populistas.

Siempre prometen que "irán más allá que el Peronismo": serán más nacionalistas, más revolucionarios, más populares que el Peronismo (para caer luego en la contradicción total).

Por eso es que los partidos son antiimperialistas desde la posición y cipayos desde el gobierno.

Por eso Frondizi cambió su programa en cuestión de horas. Por eso la milonga radical del pueblo, con sus declamaciones nacionalistas y populistas, fue luego irrisión y ridículo. Por eso el golpismo militar se tuvo que disfrazar de "revolucionario" para caer luego en el tirabuzón reaccionario que todos constatamos.

Lo importante es darse cuenta que esa política dual y en el fondo imposible de los gobiernos de turno, no ha sido desenmascarada por los intelectuales o los grupitos ultra-conscientes.

Sino por la presencia y la fuerza de hecho de las masas populares, a las que les ha bastado su experiencia y su fidelidad peronista para obligar al ré-

gimen a vivir en permanente contradicción entre sus declamaciones y sus realidades.

3. LA IMPOSIBLE INTEGRACION:

En el fondo, todo lo que este proceso comprueba es la imposibilidad del sistema para integrar el Peronismo.

Se han transitado todas las etapas.

Primero la persecución salvaje, la voluntad de aniquilarlo. Luego lo que se llamó "pacificación" y que no pretendía sino el silencio y la humillación del Peronismo, como precio para que cesara la persecución. Y después los mil coqueteos, las componendas, los esfuerzos por la integración y el dialoguismo.

El Peronismo es la terrible obsesión del sistema imperante en la Argentina. Su "enfermedad" incurable. Lo que debe ser combatido para que no progrese y destruya la dictadura burguesa.

Por eso el régimen no puede practicar delante del Peronismo sino la proscripción.

Por más que se usen sonrisas hipócritas y proyectos conciliadores, a la hora de la verdad no se puede sino excluirlo. O soñar con una desorientación tal de las fuerzas populares, que permita acepten como peronista una caricatura y una traición al movimiento.

A pesar de los "reacondicionamientos" del régimen tradicional para adaptarse y para disimular, la contradicción régimen-peronismo es de tal hondura que no admite bases de conciliación.

La experiencia de 15 años prueba que el Peronismo es incompatible con el régimen.

Y en este sentido, el "instinto de conservación" de la oligarquía argentina es más lúcido que las hipótesis de los politicólogos.

Su odio frontal, absoluto, sin matices al Pero-

nismo es más significativo que ninguna otra cosa.

Saben que para sobrevivir no tienen otra alternativa que la de aniquilar, y por eso no les preocupa las plataformas partidarias o los grupitos de ultra izquierda, sino el movimiento de verdad popular, cuyo determinismo incontenible contiene la destrucción irremediable de la oligarquía.

Lo mismo prueba la permanente intervención de las Fuerzas Armadas en el proceso.

Cada vez que se ha querido amagar una consulta democrática —al estilo liberal incluso—, el Peronismo se ha mostrado tan viviente y poderoso que ha obligado a salir a escena al que en definitiva constituye el verdadero partido del sistema: las Fuerzas Armadas.

Porque desde 1955 el Ejército es un partido más, el partido continuo del régimen, el partido con la máxima capacidad de violencia en una fase histórica en que la institucionalidad democrático-representativa ya no funciona y todo es en el fondo acción directa.

Si la democracia funcionase, el Peronismo sería gobierno; cosa que no sucede —para beneficio de todos los partidos— porque el partido fuerte, las Fuerzas Armadas, se lo impiden mediante la acción directa.

Las Fuerzas Armadas ya no son un órgano del Estado: son el Estado, supliendo con su potencial armado lo que las estructuras y los partidos liberales no pueden sostener.

El pueblo, por consiguiente, está reducido a ser víctima resignada o a ser "subversivo" cuando se rebela contra la explotación, la servidumbre, la entrega al imperialismo.

Hasta hace poco el Poder Armado ha mostrado en qué medida la exclusión del pueblo era sustancial para el sistema.

Derrotado sin embargo por la rebeldía popular, debe hoy dar un paso atrás.

Pero sería fatal engañarse. Aunque la evidencia catastrófica de sus fracasos los obligue a retornar entre bambalinas, nada prueba que los militares hayan cambiado sustancialmente. No es sino un respiro y un disimulo para volver a sentirse con derechos a intervenir, enjuiciar los gobiernos eventuales, y manipularlos.

Para que el Ejército cambiase, tendría que volver a ponerse al servicio del pueblo y del movimiento popular, como lo estuvo en 1945. Y no como ahora, que aún retrocediendo y humillados obran como Señores del destino, miembros de una casta cuyos cuadros superiores se comportan como si fuesen príncipes de la sangre. Ellos son los mandatarios, por derecho sagrado, de la Argentina; los demás, el pueblo: son los parias.

Pero más allá de la indignación debemos ver con justeza. El rol del Ejército no es resultante de un equívoco "moral", sino fruto de una relación de fuerzas y de intereses.

Es que el Ejército, última institución jerarquizada en una sociedad cuyas jerarquías están en crisis, es la garantía final del statu-quo, tanto bajo su forma liberal como bajo formas paternalistas o fascistas.

De nada vale que las peripecias circunstanciales den "una vuelta de tuerca" más a la situación y las FF.AA. jueguen al escapismo, retornen al círculo vicioso que ellas mismas desplazaron: la entrega del poder a grupos políticos o partidos que ya probaron su fracaso.

Eso sólo confirma que la desorientación y la desesperación son cada día mayores. Y que aún sin triunfar cabalmente, las fuerzas populares continúan derrotando las maniobras reaccionarias.

4. CONCLUSIONES:

a) **La crisis del sistema es total y permanente.** Lo prueban sus fracasos sucesivos. Lo prueba un análisis de los sectores que lo componen.

Lo que simplifícadamente llamamos "oligarquía" o "burguesía" no es una clase unida sino una serie de clases y sectores de clases con sus propias contradicciones secundarias.

Desde hace mucho carecen del sector burgués hegemónico capaz de unificarlas y conducir las.

Las FF.AA. — la única fuerza en condiciones de asumir ese rol hegemónico vacante —, están derrotadas y "en retirada", al menos de momento.

b) **El enfrentamiento "objetivo",** el jaqueo permanente al régimen lo han realizado las fuerzas populares, representadas por el Peronismo.

Por eso el Peronismo ha sido la "obsesión" del régimen que no ha podido ni aniquilarlo, ni encasillarlo, ni domesticarlo.

c) **A la inestabilidad del régimen responde la potencialidad del movimiento popular.**

Esta fuerza se ha ejercido victoriosamente en cuanto negativa, oposición al sistema.

Las fuerzas populares, lideradas por el Peronismo, han dicho su "no" permanente, y se muestran radicalmente incompatibles con el sistema.

Pero esta potencialidad es sólo virtual en cuanto signifique construcción positiva, instauración de otro sistema, no sólo defensa sino "paso al ataque" del proletariado peronista.

d) **Por eso no bastan las condiciones "objetivas",** la crisis del sistema y la fuerza virtual del movimiento proletario. El sistema puede perpetuarse en crisis largos años. Es preciso pasar a la organización revolucionaria del pueblo en torno a su representante histórico — el Peronismo —, y a la formulación de una política revolucionaria agresiva.

V. — SIN ASUMIR EL PERONISMO LA POLITICA REVOLUCIONARIA ES UNA ILUSION

1. EL PERONISMO NO TIENE EL "MONOPOLIO" DE LA REVOLUCION.

Esto es cierto y urgente subrayarlo ante ciertos peronistas que tienen una mentalidad sectaria y excluyente.

La tarea revolucionaria no incumbe **exclusivamente al Peronismo.** Lo que define la calidad exigida para la militancia a la altura de los requerimientos de esta etapa del proceso de liberación nacional argentina, es la **condición de auténtico revolucionario.** Y los peronistas no pueden pretender — ni pretenden —, ser los únicos titulares de esa condición.

Por eso es preciso oponerse con energía a la fácil sectarización que algunos pretenden imponer. Y que no hace sino servir a la causa reaccionaria, oponiendo por cuestiones secundarias a grupos que en lo fundamental tienen una coincidencia profunda y auténtica calidad revolucionaria. La calidad revolucionaria significa la coincidencia en los objetivos de liberar al país del imperialismo, liquidar su régimen social clasista y construir el socialismo.

Consiste en una coincidencia sobre el diagnóstico de los enemigos reales y actuales de ese proceso, y en la estrategia promovida por diferentes vanguardias pero llevada a término por las masas populares. Cualquier sectarismo en esta materia — aunque se llame "peronista" — es funesto.

La lucha revolucionaria será un largo proceso y poco importa cómo se denomine la fuerza que finalmente nucleará todas las voluntades convergentes en la lucha liberadora.

2. PERO TAMPOCO TIENEN LA CLAVE REVOLUCIONARIA "LOS ASTRONAUTAS DE LA HISTORIA". Los que miran el proceso desde una altura tan sideral o desde una "cápsula sectaria" tan estrecha que no aterrizan nunca, no tienen contacto con la atmósfera y la tierra en que avanzan los movimientos reales y los procesos masivos.

Esos astronautas son los que conocen "en una gran mirada" el proceso de la historia entera, su pasado tenebroso y su futuro espléndido. Pero saben poco de la pequeña historia, la de hoy, la que no transita entre pre-historia y fin-de-la-historia, sino entre ayer y mañana.

Por eso se perpetúan como astronautas: ni confían en el proceso popular tal cual se da hoy, ni tienen la confianza y la adhesión de las masas.

Es que el pueblo desconfía instintivamente de estos sabios que nos adelantan el final de la historia, pero nunca entienden lo que pasó ayer ni lo que está pasando ahora.

Tampoco tienen la clave concreta ciertos marxistas "científicos".

El análisis de los "científicos" se vuelve una simple lectura de datos sin misterio: ellos aciertan siempre porque aciertan con Ho Chi Ming, con Fidel Castro o con Lenin; es decir: se apropian de los aciertos ajenos.

Pero ellos acertaron justamente porque no repitieron fórmulas canónicas sino porque descubrieron en las condiciones concretas de su situación y de sus pueblos el camino que llevaba al triunfo.

Y quienes miran a nuestra historia y no se dedican a importar sabiduría canónica, saben que es preferible acertar con Perón y no "acertar" como los Codovilla o los Ghioldi...

3. SOLO ACIERTAN LOS QUE SON CAPACES DE INSTAURAR UNA POLITICA DE MA-

SAS. Porque en el fondo esto es lo único que da verdadero poder y legitimidad a un proceso revolucionario.

No se trata de creer en un mágico y automático esclarecimiento de las masas, o en afirmar un místico revolucionarismo del pueblo que la experiencia contradice.

Pero sí se trata de privilegiar todo lo que conduzca a la movilización de las masas populares, su nucleamiento y combatividad.

Se trata de saber que quienes no sean capaces de "sintonizar" con el sentir y el lenguaje popular, sus certidumbres, sus fidelidades: están marginados de la lucha efectiva.

La que no sólo "habla" de la historia sino la hace. Y se trata en definitiva de aceptar — contra nuestras fáciles impaciencias —, que el paso a veces lerdoso y pesado de las grandes masas es infinitamente más importantes que los avances "por saltos" de ciertos grupitos esclarecidos.

El problema de muchos grupos o incipientes "partidos de la revolución" no está en que desprecien a las masas o ignoren su rol decisivo, sino que nunca dicen cómo coincidirán con las masas. Ese hecho, que a la larga es el hecho decisivo, pertenece al misterio. Lo que ocurre es que ellos no lo saben ni se atreven a preguntárselo en serio.

Apuestan a la eventualidad milagrosa de que el pueblo los "descubra" como sus verdaderos líderes y conductores de la revolución y se adhiera masivamente.

Pero la verdad es que la historia no conoce estos milagros ni se juega como una lotería.

El verdadero dilema, la disyuntiva que está en juego no es pues como algunos creen un dilema de análisis o una disyuntiva teórica sino una política concreta: o política de grupos o política de masas.

Y el drama de los grupos que sienten repugnancia a incorporarse al peronismo no radica en que se nieguen a valorar las masas sino en que están "cortados", sin reconocimiento entre los grupos populares.

Están dispuestos a actuar "por" la masa, "para" la masa; pero impotentes para hacerlo "con" la masa.

El problema no es pues tan sólo "como" se hará la revolución, a través de qué pasos dialécticos; sino "con quienes" se hará. Y la respuesta no puede ser sino una: si la revolución es auténtica, la revolución se hará con los miles de revolucionarios potenciales que hay en la masa, pero que surgirán una vez que la revolución comience a vislumbrarse como posibilidad efectiva para la masa misma.

No podría ser de otra manera, porque la masa está formada por hombres que no van a emprender, porque algún sabio teórico se lo diga, un camino de sacrificios y penurias poniendo en juego hasta su propia vida.

La masa se va a movilizar cuando descubra que no asiste a una peripecia más, sino a la continuación del proceso del que ella se sabe protagonista, y que en la experiencia dura pero exaltante del proletario argentino no es otra que el proceso peronista.

Quien pretenda ignorar esta evidencia, o se mantenga en una actitud "comprensiva" pero distante del proceso peronista, lo que hace es ignorar al pueblo argentino, y alejarse de las certidumbres y la fuerza de la masa de nuestro pueblo, sin la cual no habrá revolución.

Cuando valoramos la presencia de las masas, descubrimos que el Peronismo es la única continuidad real en la que el hombre común puede creer y confiar.

La historia no comienza con nosotros; la historia no se improvisa a cada paso.

La historia se "renueva", se revoluciona; pero no con aerolitos caídos del cielo, sino con un parto doloroso dado desde las condiciones y las posibilidades actuales de nuestra circunstancia y nuestra sociedad.

El paso revolucionario más audaz no es el más espectacular, sino el más verídico. Es decir, el que es capaz de incorporar un máximo de novedad y transformación profunda, sin por eso "desarraigarse", cortarse de la continuidad real que es exigida por la vida misma. Y esta verdad incuestionable es también el instinto profundo de los pueblos.

Nosotros debemos conocer los objetivos revolucionarios, pero debemos conocer también nuestro país y nuestro pueblo; y respetar sus certidumbres y sus fidelidades — su única riqueza.

Sólo habrá revolución si las masas la asumen; y sólo la asumirán si la comprenden como una continuidad viviente de lo que ellas aman y reconocen como su auténtica liberación.

4. LAS LIMITACIONES DEL PERONISMO SON LAS LIMITACIONES CONCRETAS DE NUESTRO PUEBLO. Lo cual no justifica los vicios del Peronismo — todo lo contrario —, sino recuerda cual es el estado verídico de las posibilidades revolucionarias a nivel de los más amplios sectores populares:

Ese pueblo mítico al que muchos apelan y en cuyas virtudes revolucionarias se enfervorizan: no existe.

Existe sí un pueblo de capacidades virtuales incalculables, pero condicionadas hoy de mil maneras.

Es preciso, denunciar y remover esas limitaciones; pero lo que no está permitido es ignorarlas o atribuir las fácilmente al movimiento en que las masas se nuclearon y donde se reconocen.

Nos guste o no: los déficits del Peronismo son

los déficits de las clases argentinas que han librado hasta hoy el combate revolucionario y que han de construir nuestra sociedad futura.

Ese pueblo y ese movimiento cargados de méritos están también cargados de defectos.

Los revolucionarios verdaderos no tienen derecho a exigirle al pueblo real, que responda a la imagen ideal que ciertos teóricos formulan en el mundo de las abstracciones perfectas.

Así tampoco pueden exigir al movimiento en el que ese pueblo hizo sus experiencias y libró sus batallas, que responda a la imagen ideal del "movimiento revolucionario" de los manuales.

Por todo esto, no se puede concebir la acción revolucionaria prescindiendo del Peronismo, ni creer que el remedio para las fallas que se le puedan señalar consista en formar nuevos partidos que si estuviesen, tal vez, exentos de esos defectos, también estarían exentos de los contenidos que hacen al Peronismo la expresión de la clase trabajadora argentina.

Es decir, los defectos del Peronismo y del pueblo argentino son reales, pero no desaparecerán porque otros nucleamientos se postulen para el relevo, sino como avance del propio caudal humano bajo sus banderas.

El Peronismo expresa las limitaciones de nuestra propia sociedad nacional, y encierra las posibilidades de este período de superarlas colectivamente.

Por eso es inaceptable la apresurada caracterización que hacen ciertos núcleos de izquierda, dispuestos a conceder méritos al pasado peronista, pero decretando su incapacidad para superarse en el futuro. Es difícil de creer que la dialéctica y la superación funcione para esos núcleos vanguardistas — muchos ex-gorilas —; que funcione para toda la sociedad en su conjunto y que por un extraño capricho

del destino no funcione para el Movimiento Peronista.

La clase trabajadora, claro está, forma parte del desarrollo dialéctico; pero el Peronismo, como nucleamiento de esa clase trabajadora, quedaría "congelado" sin que lo tocara ese desarrollo. Ni vale refutar ese extraño razonamiento. Eso no es más que sofisma y macaneo con lenguaje izquierdista.

La verdad es otra; que el pueblo argentino y el movimiento peronista están llamados, ambos, a superar sus limitaciones. Y a hacer, de su mutuo avance, la condición para el desarrollo revolucionario de nuestro país.

5. SE PUEDE CRITICAR AL PERONISMO, PERO NO SE PUEDE IGNORARLO. La actitud ante el Peronismo puede ser crítica hasta el extremo — la nuestra quiere serlo. No puede ser la de ignorarlo o desconocer sus valores.

El Peronismo no es una masa primitiva que necesita catequistas, y nadie tiene méritos suficientes para erigirse en su fiscal y su juez. Todos tienen sí derecho a sentirse concernidos por su evolución, y a querer integrarse con lealtad y coraje en su proceso y en su futuro.

No basta ser peronista para ser revolucionario. Pero no se puede ser revolucionario y antiperonista.

Ser antiperonista en la Argentina de hoy es lisa y llanamente una de las formas — no la única por cierto —, de ser contrarrevolucionario. Más aún, querer prescindir del Peronismo en el proceso revolucionario, es caer en el irrealismo y la ilusión más totales.

VI. — P E R O N

1. El "enigma" Perón.

Para la mentalidad burguesa y las categorías go-

rilas, Perón es un enigma que no pueden resolver.

Tienen la evidencia de lo que él logró, sus triunfos rotundos y masivos, la perduración de su prestigio y su autoridad en el pueblo. Pero se obstinan en buscarle explicaciones increíbles, como "demagogia", "alienación colectiva", "fraude psicológico", y mil estupideces parecidas.

Dan explicaciones antes de formularse en serio las preguntas, porque si lo hicieran, si se interrogaran lealmente sobre el "fenómeno Perón" descubrirían que no es sino el **rostro personal de un movimiento histórico**, al que se quiere ignorar y suprimir.

En la vida colectiva ocurre como en la vida privada: los grandes conflictos, los pasos exigentes de la existencia, si no se asumen se transforman en "complejos", en traumas subconscientes que se reprimen y disimulan hasta lo patético y lo ridículo.

Así pasa con Perón para muchos contemporáneos: ya que no pudieron estar a su altura, comprender su rol, tratan de suprimirlo, aniquilarlo, convencerse que todo fue una pesadilla.

Perón es el "complejo", la "neurosis" de los políticos argentinos.

Ejemplo acabado es el esfuerzo — típicamente burgués — por desacreditar a Perón, aniquilarlo, a través de detalles de su vida privada, o de infundios comentados socarronamente.

Desde el día siguiente al golpe del 55 se ha procurado desacreditar a Perón por todos los medios: sus cosas íntimas, sus mujeres, sus hábitos que califican de "burgueses", etc., han sido exhibidos con una insistencia y un subrayado francamente obsceno.

Pero no se ha logrado impresionar más que a los convencidos de mucho antes, a los gorilas y a los enemigos.

La masa popular no se ha impresionado. Porque

su adhesión no es a las virtudes "morales" de un hombre, sino a lo que él representa, a lo que "significa" en el movimiento de liberación nacional.

2. El "Líder".

Porque Perón no es el "individuo privado": **Perón es un símbolo, es el rostro visible y personalizado del movimiento popular que él encabezó y lideró.**

El Perón verdadero no es un ser caído del cielo sino **una creación del pueblo argentino.**

Desde el 17 de octubre, ha sido un pueblo bien concreto y viviente el protagonista de la historia.

Perón le dió su voz y su genio indiscutible; pero a su turno fue el proletariado quien le dió su poder, su fuerza, la certidumbre de sus primeras intuiciones, la grandeza y la resonancia de sus pasos decisivos.

De una manera compleja y profunda, donde se mezclan desde las certidumbres históricas hasta el sentimentalismo más cotidiano, **el pueblo dio a luz al Perón-histórico.** Que es el único que interesa (aunque a cierta sensibilidad pequeño-burguesa le preocupen los chismes a nivel de matronas ociosas...).

Por todo aquello, la denominación popular de Perón: "El Líder", no es un título caprichoso. **Es su sola verdad, pero una inmensa verdad.**

Perón ha liderado a todo un pueblo y es imposible desligarlo de esas masas. **Y lo que importa hoy no es "reemplazarlo" sino continuar ese proceso de auto-conciencia y auto-determinación de las masas populares.**

3. El "mito" de Perón.

Algunos hablan del mito de Perón con una acentuación peyorativa y despectiva. Olvidan que los pueblos viven efectivamente en torno a "mitos", es decir

a certidumbres demasiado densas y demasiado vivientes para que puedan ser racionalizadas, explicadas, desmenuzadas friamente.

Las masas proyectan hacia ciertas imágenes "míticas" lo mejor de sus expectativas; sus fidelidades, sus esperanzas.

El mito de Perón no es una simple o torpe idolatría de las masas, sino un síntoma de rasgos positivos.

Los trabajadores no son imbéciles. Al reafirmar su fe en Perón, al reconocerle implícitamente una infalibilidad que se da por sentada, al dotarlo de condiciones excepcionales y posibilidades casi mágicas de triunfo, el hombre de nuestra base no hace sino proyectar hacia el jefe lejano algo que anuncia y que la sucia realidad en que se mueve no le ofrece.

El mito de Perón rescata en definitiva la esperanza revolucionaria del proletariado.

Y además, Perón no solo es el artífice de la única época en que el obrero fue feliz — década que el tiempo y el drama de hoy embellecen más aún — sino algo más importante: es el recuerdo, el símbolo de la primavera revolucionaria del proletariado argentino, el nombre de un tiempo en que se realizaron las grandes conquistas sociales y las reivindicaciones nacionales.

Por eso su "mito" se alimenta tanto de la adhesión de los obreros como del odio que le profesa la oligarquía, no atenuado por los años, porque es el reverso del amor de los humildes.

4. La vuelta de Perón.

Desde esta perspectiva se comprende lo que significa verdicilmente esa arma de combate real que ha sido la exigencia sin concesiones de la vuelta de Perón.

No es el retorno pacífico de una momia venerable,

sino el retorno irremediabilmente combativo de un Líder y de todo el movimiento que él representa.

La vuelta de Perón implica la vuelta de un conductor que conserva intactas sus condiciones de Jefe, y que necesariamente desencadenará una adhesión popular y un proceso más radicales que los del 45.

Lo saben los políticos y los militares, que a pesar de sus declaraciones hipócritas y sus gestos "dialoguistas", reconocen en su fuero interno que el día que Perón llegara de verdad a Buenos Aires, un nuevo 17 de octubre estaría en camino.

Por eso las fuerzas reaccionarias pueden "prometerlo" fingir que no les preocupa demasiado, pero jamás concederlo.

Pero además de la vuelta "personal" de Perón — fuerte de lo que la experiencia en la adversidad y la reflexión serena le han enseñado —, la "vuelta" implica el retorno del pueblo al poder, el comienzo de la Revolución Nacional, Democrática y Proletaria. Y por eso es ingenuo pensar que los espadones de turno la permitirán pacíficamente, bondadosamente.

La vuelta de Perón es un objetivo combativo, algo que deberá ser arrebatado violentamente: nunca un ofrecimiento del sistema.

5. El rol de Perón en el exilio.

Parece innecesario decirlo, pero si algo faltara para comprobar las cualidades políticas de Perón, su conducción desde el exilio de un movimiento perseguido y asediado, afrontado a circunstancias cambiantes y riesgosas; su acierto definitivo en las apuestas más comprometidas, etc., prueba no solo sus cualidades singulares sino la importancia que ha tenido y sigue teniendo para el Movimiento y para la Revolución en Argentina.

La historia conoce muchos "gobiernos en el exilio": todos, aún los que gozaban de posibilidades internas y externas favorables, han acabado en el silencio y en una gesticulación de sonámbulos.

Perón sigue viviente, actual, poderoso. Y esto — repitámoslo aunque canse —, no es tanto el fruto de sus carismas personales cuanto el signo de los valores y la fuerza del movimiento que lidera.

Perón ha cumplido en este período un enorme papel como centro de cohesión de una multitud inmensa, punto de referencia hacia el cual se han vuelto las miradas para unificar criterios en las encrucijadas de estos años. La gran tarea de Perón en estos años ha sido la de lograr que el Peronismo sobreviviera sin coagularse, sin corromperse; jaqueando y acorralando al régimen, aunque siempre sobre una cornisa de semi-clandestinidad, agredido por los asaltos de afuera y las traiciones de adentro.

En esas condiciones la lucha ha sido difícil y complicada. Contra las exigencias de los "observadores" o de los "puristas" — que a veces dan la impresión de querer una revolución immaculada... aunque muerta... —, Perón ha sabido "jugar a muchas puntas", negarse a un solo combate frontal y suicida.

Ha sabido "meter un caballo de Troya" en cada coyuntura y cada peripecia. El fruto es patente: el Peronismo sigue vivo y combatiente, prodigiosamente unido después de tantos intentos por fracturarlo o asimilarlo.

Claro está: esa estrategia ha sido eminentemente defensiva. ¿Podía intentarse otra? Creemos que no.

Desde la distancia, en la adversidad, frente a la persecución, el rol de Perón ha sido el que cumplió magistralmente: salvar la unidad y la cohesión del movimiento.

6. ¿"Más allá" que Perón?

Entre los falsos dilemas que la contrarrevolución intenta plantear está el de la "sucesión" de Perón.

Ingenuamente piensan que la desaparición del Líder arrastrará consigo la desaparición del Movimiento que lidera, y que con ello encontrarán solución milagrosa las contradicciones del sistema y sus crisis permanentes.

En las filas revolucionarias aparece a veces una ansiedad semejante. Que es legítima porque plantea un hecho ineluctable, pero que es abusiva cuando quiere anticipar el reemplazo de Perón, "salvar al Peronismo" antes de la muerte de su Líder.

Este planteo es falso porque Perón es de algún modo irremplazable.

No decimos esto llevados por un fanatismo idólatrico. Así como hay acontecimientos que son únicos, momentos de una densidad histórica irrepetible, así también hay personalidades que no se reemplazan, que no se sustituyen mecánicamente.

Nadie puede pretender "reemplazar el 17 de octubre": lo que se debe tratar es de interpretarlo, ponerse bajo su dinamismo, prolongarlo en la realidad de hoy.

Nadie puede tampoco pretender "reemplazar a Perón": debe querer servir la causa que él personifica y servir las expectativas revolucionarias que su nombre simboliza.

Pero las nuevas personalidades, los nuevos factores, todo lo que se haga por profundizar y prolongar la Revolución peronista, se darán desde un plano donde no es necesario que entren en coalición con Perón y lo que él significa en la vivencia popular. Al contrario, sólo Perón es capaz de gestar y garantizar la continuidad que el proceso exige.

Perón se interpone, para bien o para mal, en el camino de políticos y liderazgos reformistas, o de revolucionarios que creen que la revolución comienza con ellos. No en los liderazgos que no dupliquen su papel sino que surjan como producto de nuevas formas de lucha, o de nuevas etapas en la lucha.

El pueblo no encontrará incompatible su lealtad peronista con su adhesión a hombres y grupos del Movimiento que le abran nuevas perspectivas para continuar en la trayectoria comenzada.

En el laberinto de la política a ras de suelo a que nos tienen acostumbrados ciertos aprendices de marxismo o ciertos periodistas a sueldo, Perón parecería estar bloqueando vayas a saber qué caminos.

Desde una altura superior a la pirueta inmediata, desde la perspectiva de la lucha revolucionaria en serio: no obstruye nada.

El pueblo se resiste a abandonar sus ídolos acreditados en el triunfo, por otros no probados. Pero no a acumular la influencia de unos y otros.

El prestigio de la conducción revolucionaria de la nueva generación — si conduce y si es revolucionaria —, se cargará con el magnetismo de aquel antiguo prestigio, llevando al pueblo, después de años de persecución y proscripción a nuevas victorias, que el pueblo mismo interpretará como sus victorias.

Lo que sí está prohibido, es esperar todo de Perón, hacer de su nombre una excusa de nuestra inutilidad o nuestra cobardía.

Perón no puede ser una poltrona donde nos acomodemos a mirar, en cómoda expectativa, los acontecimientos.

Perón no puede ser el único que asuma iniciativas, que corra riesgos. Puesto que su liderazgo garantiza la unidad y la cohesión del Movimiento, es bajo su conducción que aparece el espacio más apto para una política revolucionaria agresiva y combatiente.

VII. — EVA PERON (*)

1. UNA MUJER.

Poco después de la caída del gobierno peronista, la reacción triunfante organizó una exhibición del guardarropas de Eva Perón, con el objeto de escandalizar a todos y probar lo que juzgaban una evidencia rotunda: el afán de riquezas y la vanidad de la ya desaparecida "abanderada de los humildes".

El fracaso fue total, y a pesar de la propaganda empeñosa, la muestra debió ser retirada al poco tiempo. Sólo concurrían a ella los oligarcas del Barrio Norte — donde se realizaba —, cuyos comentarios furiosos y cuyas ironías amargas no hacían sino prolongar la rabia tenaz con que dicha clase había detestado siempre a Evita. De los sectores populares, a quienes se quería impresionar y convencer con la muestra, sólo concurren ciertos grupos temerosos y cabizbajos, que miraban en silencio los atuendos, con el rostro bañado en lágrimas y una terrible tensión en los rostros.

Algún matutino porteño, con amargo cinismo, comentó al respecto la profundidad con que la "demagogia" peronista había nublado la capacidad de reacción en los miembros del Movimiento. Un cura de la zona, hoy Obispo, lo comenta de un modo bien distinto: "Después de participar yo también del asombro de todos, comprendí pronto lo desubicados que estábamos. Las ropas de Eva Perón, que la gran burguesía consideraba como una afrenta y una contradicción, para el Pueblo eran la señal de su propio triunfo. Lo mismo que para los primeros significaba un insulto, ya que había colocado a Evita por encima de ellos, incluso en los signos y las galas en que

(*) Salvo referencia expresa, todas las citas son de "La Razón de mi Vida".

cifran sus honores; para la gente común era el signo triunfal de que una «de ellos», totalmente hermana, aplastaba a los enemigos incluso en la belleza y el esplendor. Una vez más la gran burguesía no entendía nada; y una vez más el pueblo pasaba por encima de los pruritos de pequeña moral para descubrir las grandes verdades de fondo”.

Este acontecimiento póstumo, no hacía sino poner en evidencia de nuevo la reacción contradictoria que Evita suscitaba desde siempre entre sus compatriotas.

Pocos argentinos, o mejor: nadie, ha provocado la profunda escisión, el afrontamiento apasionado que supo motivar esta mujer.

Evita fue siempre un “signo de contradicción” para el país real, y en los odios o la admiración que motivó se podría perfilar la radiografía más profunda de los conflictos contemporáneos.

La resistencia oligárquica y el entusiasmo popular, el odio oscuro de la “elite distinguida” y el apasionamiento fanático del Peronismo en sus bases, encontraron en ella su blanco y su bandera.

Para ahondar en este fenómeno, habría que profundizar no sólo en los rasgos individuales de Eva Duarte; sino en todo un complejo nudo de reacciones psico-sociales, en todo un contorno de transformaciones revolucionarias que tuvieron a esta mujer como uno de sus ejes fundamentales: a la vez protagonista, heroína y víctima.

Pero hay un dato seguramente fundamental y que es preciso subrayar de inmediato. Eva Duarte significa la irrupción clara y militante de la mujer en la esfera pública, su entrada combativa en la política y en la lucha social.

Hasta ella, y después de su desaparición hasta hoy, las esposas de los gobernantes han cumplido el rol oscuro, totalmente secundario, que la moral y la práctica burguesas les otorgan. Son apenas una

sonrisa en los actos públicos, un objeto decorativo en las recepciones oficiales, una presencia en los distinguidos grupos de damas de caridad. Pero no significan nada, no son nadie.

Eva Perón ha roto en primer lugar con ese hábito y ese prejuicio que en el mundo burgués y en la Argentina rodea a la mujer y la limita, la acorrala al submundo hogareño, la margina de los grandes problemas. Muchas de las irritaciones y de las desconfianzas que motivó, no son ajenas a esta irrupción de una mujer distinta, cuyo apasionamiento y cuya intuición clarividente no son puestas al servicio de un proyecto privado y mimoso, sino al servicio de todo un pueblo y a la proyección de toda una clase, a la que pertenecía por origen y a la que se convirtió totalmente.

Para comprender el significado de esto en plenitud, hay que recordar que junto con la promoción personal de Evita, lo que aparece en la Argentina es el voto femenino, la participación de la mujer en las decisiones colectivas.

Los enemigos del Peronismo minimizan hoy este hecho, pretendiendo que es totalmente obvio y normal. Se olvidan que ellos no sólo no lo impulsaron nunca antes de Perón y que incluso lo resistieron explícita o veladamente, con esa desconfianza a todo lo nuevo que caracterizó siempre a las fuerzas conservadoras o liberales.

Eva Perón, compañera del Líder, primer militante peronista, candidata incluso a la vicepresidencia de la República, simboliza y personifica esta entrada profunda y agresiva de la mujer en la tarea política.

Cuando se estudie objetivamente el desarrollo cultural de la Nación, las transformaciones silenciosas y decisivas, este acontecimiento figurará entre los primeros.

Perón
mujer

Eva Perón fue además la Mujer del Conductor, su compañera entrañable en el sentido militante y exigente que el término tiene hoy.

Nunca se conocerá totalmente la historia de amor de estos dos seres, el costado secreto y privado de esta pareja, tan violentamente inmersa en lo público y en las luchas políticas. Pero no por eso es menos cierto que constituyen el testimonio de una pareja distinta, que debe renunciar en gran parte a la intimidad y el sosiego, a la fruición del propio amor, para vivir totalmente las exigencias de un compromiso social apabullante de urgencias.

La actitud misma de Perón ante Evita merecería una reflexión. De algún modo Perón "apuesta" a esta muchacha, se juega por ella no sólo haciéndola su compañera, sino dejándola crecer, gravitar por fuerza propia, tomar iniciativas muchas veces riesgosas. El Jefe tantas veces calculador y sagaz, arriesga con esta mujer, con su vehemencia impulsiva. Y prueba que en un proyecto político agresivo, no sólo importan las sabias precauciones, sino también el empuje creativo y renovador, aunque sea riesgoso e imprevisible.

Todos estos elementos y muchos más van forjando la imagen y el mito de Eva Perón. Porque también Evita es un mito en el sentido fuerte y positivo en que hemos hablado antes del "mito" de Perón. También en ella, más que sus rasgos personales, los que se van cristalizando y superponiendo son los rasgos de un pueblo al que representa y que se identifica con ella, se reconoce en ella, la idolatra a fuerza de sentirse interpretado, defendido, proyectado. Con más fuerza tal vez que en el mismo Perón, por lo de novedoso y radical que toma su figura, es lo más marginado y lo más sumergido de nuestra clase trabajadora quienes reconocerán en Evita "la

abanderada de los humildes", la voz violenta donde reconocen su propia voz largamente silenciada.

Pero como en todo mito vital y positivo, no sólo lo constituye el amor y la idolatría de los que se sienten defendidos, sino también el odio y el temor de los que se sienten ofendidos, atacados, humillados. Al mito de Eva Perón contribuye en gran parte el odio de la oligarquía, su reacción terrible delante de esta mujer que la denuncia y la ataca impunemente, su rencor ante todo el Peronismo que encuentra en ella alguien donde personalizar su rabia amordazada.

Lo que a Evita no se le podía perdonar, como no se le puede perdonar al pueblo peronista, es su carácter "plebeyo", su raíz oscura, su memoria de explotado que accede al poder. Toda la "aristocracia", la del dinero como la de la cultura, se sintió ofendida por esta mujer, sin apellidos y sin títulos universitarios, que podía asumir autoridad y gritar verdades sin pedirle permiso y sin hacerle reverencias.

En el mismo odio a Perón, Evita jugó un papel definitorio. El coronel Perón pertenecía de algún modo todavía a la "elite distinguida", a los que tienen derecho a mandar y disponer. Pero desde el momento en que abandonó el sabio paternalismo militar y se inclinó por las impaciencias populares, desde el momento sobre todo en que dejó crecer y avaló los pasos de Evita, fue blanco de una crítica y una repugnancia sin matices.

Por todo esto es que la figura de Evita adquiere vital importancia para juzgar y entender el Peronismo. Su propia historia personal es en gran parte la del Pueblo Peronista. Como éste, nace el 17 de octubre del 45, en una experiencia combativa y triunfal. Como el mismo pueblo, su fuerza se polariza en torno a Perón; pero a la vez le da toda la estatura

y toda la fuerza que el Líder tiene. Como el pueblo en fin, sufre el odio y los ataques "de los de afuera y de los de adentro", de todos los que odian o temen la radicalización definitiva de la Revolución Peronista. Su propia muerte incluso, sella quizás el tiempo de un crecimiento triunfal e inaugura el tiempo difícil de las contradicciones, las fracturas internas, la pérdida de agresividad del Movimiento en el gobierno.

2. LA PRIMER PERONISTA.

Entender el significado de Eva Perón no implica elogiarlo todo ni absolutizar sus valores. Un estudio detallado de su vida, sus luchas, su proceso ideológico y personal deberá escribirse un día. Mostrará seguramente las lagunas, las incertidumbres, las zonas grises de su vida que por ser humana no puede carecer de ambigüedades y contradicciones. Nada más alejado de nuestro intento que deificarla o ennoblecerla abusivamente, hasta convertirla en un monstruo de perfección irreal e inútil.

Pero la Eva Perón que sobrevive en la memoria popular no es la criatura frágil que también ella debió ser; sino el símbolo de un modo apasionado y combativo de vivir el Peronismo, dándose allí con todas sus fuerzas y toda su pasión. La gente sabe que Eva Perón fue la primer compañera y que si algo sigue significando es un llamado intenso a vivir el Peronismo como ella lo vivió.

Entonces si su vida deja de ser un recuerdo triunfal o nostálgico, para convertirse en un motivo de valoración del Peronismo y en una perspectiva de combate.

Lo primero que sorprende en Evita es su lucidez permanente ante esa identidad original que consti-

tuyen Perón-y-el-Pueblo. Cuando uno piensa que se trata de una mujer enamorada, naturalmente inclinada a idealizar al hombre que ama; que vive en un contexto donde el elogio y la obsecuencia marean a cualquiera; que sobre todo el éxito y la gloria impulsan a la vanidad de creerse superiores y predestinados; cuando uno piensa en todo esto sorprende la claridad con que Evita descubre el centro de su pasión militante: "¡Sí, soy peronista, fanáticamente peronista! Pero no sabría decir qué amo más: si a Perón o a su causa; que para mí, todo es una sola cosa, todo es un solo amor; y cuando digo en mis discursos y en mis conversaciones que la causa de Perón es la causa del pueblo, y que Perón es la Patria y es el pueblo, no hago sino dar la prueba de que todo, en mi vida, está sellado por un solo amor".

Así, con palabras sencillas que esconden una certidumbre muy profunda, Eva Perón nos dice que su sola pasión es en el fondo el pueblo sufrido de su patria, y que Perón mismo llena su vida porque encarna a ese pueblo y le es fiel.

En un contorno de fácil alabanza, que puede ser también de fácil confusión, Evita se diferencia de muchos apologistas de la época, que elogiaban a Perón para distinguirlo de la chusma o de la masa. Ella cree en Perón porque cree en el pueblo, y si llegaran a oponerse un día — lo que juzga imposible —, preferiría al pueblo.

Esta es en definitiva una prueba de fidelidad a Perón más grande que la de ciertos "disciplinados", que confunden pasividad con obediencia, y que pretenden recibir órdenes cuando lo que se necesitan son iniciativas, que se creen ortodoxos cuando no son más que cómodos. Para Evita, la verdad de Perón y las verdades peronistas deben ser entendidas escuchando el crisol desde donde se forjan y la

fuerza que las sostiene: los descamisados, la masa trabajadora.

Y el pueblo para Evita no es una palabra vacía o una realidad confusa. "Todos los que estuvieron el 17 de octubre en la Plaza de Mayo son descamisados! Aún si hubo allí alguien que no fuese, materialmente hablando, un descamisado, ése se ganó el título por haberse sentido y sufrido aquella noche con todos los auténticos descamisados; y para mí, ése fue y será siempre un descamisado auténtico". "Para mí, por eso, «descamisado es el que se siente pueblo». Lo importante es eso; que se sienta pueblo y ame y sufra y goce como pueblo, aunque no vista como pueblo, que esto es lo accidental".

Eva Perón es además el prototipo de un cierto militante revolucionario: el que ejecuta, tenazmente, los objetivos de la revolución.

En ella eso es claro. Siendo una mujer inteligente, capaz de analizar y distinguir, es sin embargo todo lo opuesto a un intelectual o a un maestro de la revolución. Su fuerza está en poseer algunas certidumbres fundamentales y en combatir apasionadamente por ellas.

Así, en su temple se destaca una pasión enorme por la justicia y una indignación por la injusticia que parecen haberla poseído desde muy temprano. El contacto con los más humildes despertará pronto en ella un cariño sincero y obsesivo. Si se puede sospechar que en los primeros tiempos de la Fundación Eva Perón hay aún bastante de paternalismo; el contacto con el dolor real, con las huellas de una explotación secular, y también el contacto con la gratitud y la colaboración de los más simples, desarrollan en Evita la convicción de que no es un problema asistencial el que enfrenta, sino un desorden profundo que sólo se soluciona destruyendo los privilegios y cambiando las ruedas del destino.

Pronto también descubre que los enemigos existen, bien reales y concretos. Sabe rápido que los ataques contra su persona son ataques contra una clase a la que ella se identifica. "Yo sé que cuando ellos me critican a mí en el Movimiento, lo que en el fondo les duele es la revolución... Mi sectarismo es además un desagravio y una reparación. Durante un siglo los privilegiados fueron los explotadores de la clase obrera. Hace falta que eso sea equilibrado con otro siglo en que los privilegiados sean los trabajadores".

Sin conocer el marxismo, su voz es la más claramente clasista que se ha levantado en el país. Prueba de que la lucha de clases no existe en los libros sino en el seno viviente de la sociedad capitalista. Y que para entenderla y asumirla no es preciso aprender las categorías exactas de los teóricos, sino el combate cotidiano junto al pueblo.

En ese sentido, los primeros capítulos de "La Razón de mi Vida" constituyen una lección magistral, en lenguaje sencillo, de las motivaciones para una lucha social que no se detenga en meras reivindicaciones o en conciliaciones hipócritas.

Así, con un bagaje elemental pero claro, y con una pasión y una coherencia sin fracturas, se consagra a combatir, a organizar, a impulsar y a sostener.

Cuando los grupos de la resistencia o las líneas más avanzadas del Movimiento apelan al nombre de Eva Perón para identificarse, no se equivocan. Ella fue la primer peronista, si no en su profundidad teórica, seguramente sí en el valor de sus certidumbres y en la capacidad de dar la vida por ellas.

Pero donde es importante descubrir a Evita es en relación con Perón y con el Peronismo todo. Ella vivió, ella gestó en gran parte el 17 de octubre.

Aprendió así cómo nacía y cómo se hacía un pueblo, un Líder, una fe.

Aprendió también cómo la traición puede estar más cerca de lo que uno piensa, y en los mismos que parecen aliados.

Eva Perón supo desde el principio que el único modo de ser fiel a Perón y al pueblo radicaba en la participación combativa, en las iniciativas riesgosas y audaces. El 17 de octubre, ella y los que la acompañaron salvaron a Perón y al Peronismo, pero porque apostaron a la combatividad del pueblo, una combatividad que en ese momento parecía ilusoria e imposible.

Su fidelidad a Perón, que nadie pensaría cuestionar, no nacía sin embargo de una actitud pasiva o sometida. Fue fiel porque siempre interpretó las consignas del Líder en su sentido más combativo y más radical; fue fiel porque entre varias alternativas de participación eligió siempre la más comprometida, la más avanzada. Fue la encarnación misma de la lealtad peronista, porque siempre soñó un Peronismo sin componendas y porque nunca redujo a Perón a un rol de conciliador mediocre. Como todos los que aman, proyectó un sueño grande y exigente sobre lo que amaba, y no entendió a Perón y al pueblo peronista con la clave de una indulgencia cínica, sino con la clave de una exigencia tenaz, que pedía de ambos lo más agresivo y lo que más condujera a arrebatarse al enemigo todo el poder, hasta aniquilarlo.

La Mística Peronista

Eva Perón pasará a la historia como la abanderada encendida del movimiento popular de su tiempo. En esta mujer todo ha sido vivido extremadamente: el amor y el odio, la defensa y el ataque. No conocía términos medios. Sus enemigos le crearon una

leyenda negra de persecuciones y ensañamientos. Sus admiradores un aura angelical de bondad y dedicación. Limando los excesos de ambas distorsiones, surge sin embargo claro que su propia vida era inclinada a los extremos. Y si esto es quizás un riesgo para los políticos, es sin lugar a dudas la característica de todos los militantes que en la historia han impulsado la revolución.

Por eso Evita encarna lo que bien se ha llamado: "la mística peronista" (1). Tomemos sólo algunas frases, a título de ejemplo:

"El Estado todavía no tiene «alma», no tiene «mística». Y esto no se puede hacer sin amor".

"El amor no es — según la lección que yo aprendí —, ni sentimentalidad romántica, ni pretexto literario. El amor es darse, y darse es dar la propia vida. Mientras no se da la propia vida cualquier cosa que uno dé, es justicia. Cuando se empieza a dar la propia vida, entonces se está haciendo una obra de amor".

"Desearía que cada peronista se grabase este concepto en lo más íntimo del alma; porque esto es fundamental para el Movimiento: Nada de la oligarquía puede ser bueno!".

"He hallado en mi corazón un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia".

"Muchas veces he deseado que mis insultos fuesen cachetadas o latigazos para que dándoles a muchos en plena cara les hiciesen ver, aunque no fuese más que por un momento, lo que yo veo todos los días en mis audiencias de ayuda social".

3. LA REVOLUCION IMPACIENTE.

Todo empujaba a Evita para una radicalización

(1) NOTA: Nos inspiramos aquí en el artículo de Benjamín Villalba, No. 8 del C. E. D. I. F. (Centro de Estudios y Difusión Peronista).

permanente: su temperamento, su experiencia, la dureza con que la atacaba la reacción.

En contacto con las necesidades de los más pobres, que llegaban como un aluvión a su despacho de la Fundación, no despertaron en ella tanto la satisfacción por la tarea cumplida cuanto la indignación ante las causas de tantos dolores. Evita descubre la horrible verdad del Imperialismo, del Capitalismo y de la Oligarquía, no en los estudios eruditos, sino en las llagas tremendas de personas concretas, de niños y de mujeres sobre todo.

Comenzará a hablar obsesivamente de eliminar "una explotación de siglos"; y cuando defina la raíz de su combate, dirá con modestia e inteligencia que "no es tanto el amor por la justicia, cuanto la indignación ante la injusticia". Acusada de "resentida social" por el gorilaje, tendrá la audacia de aceptar y reivindicar este presunto insulto: "En lo que las obras son mías es en el sello de indignación ante la injusticia de un siglo amargo para los pobres... Dicen que soy una resentida social. Y tienen razón mis supercríticos. Soy una resentida social. Pero mi resentimiento no es el que ellos creen. Ellos creen que se llega al resentimiento únicamente por el camino del odio... Yo he llegado a ese mismo lugar por el camino del amor..." (La Razón de mi Vida, pág. 213).

Una mujer como ésta no podía descansar en las primeras victorias. Si es cierto que se empeña en la defensa y la apología de lo realizado por el justicia-lismo, le parece siempre poco. Sus discursos no son nunca un canto a la victoria y a la paz, sino una proclama de guerra. Evita vive la militancia y la política como una guerra, como un combate mortal, donde el pueblo no habrá triunfado mientras no esté liquidado todo lo que es antipueblo.

Perón mismo ha evocado más de una vez su figura y su palabra inquietante y extrema: "Como

decía la señora Eva Perón, las luchas de clase no terminan sino con la desaparición de una clase...".

Y la inquietud que Evita suscitaba, y el sentimiento de que pasaba los límites de lo sensato, que era una "extremista", invadía no sólo a sus enemigos sino a los presuntos aliados dentro mismo del bando peronista.

Por eso, cuando las diferentes tendencias dentro del Peronismo comienzan a "cristalizarse", cuando los sectores burgueses y burocráticos pretenden monopolizar el Movimiento, el enfrentamiento es irremediable.

Las oposiciones no salen claramente a la superficie, porque el "espíritu de cuerpo", la necesidad de defenderse mutuamente, impide un estallido de las fracturas latentes.

Pero desde la burocracia y los sectores burgueses la resistencia a Eva Perón crece. Se le acepta su trabajo en la Fundación, su figuración pública, todo lo que contribuya a la propaganda del Movimiento. Pero se resiste su participación política, su ingerencia en la conducción y en la orientación fundamental del proceso.

Evita se siente literalmente "utilizada", como siente utilizadós a los obreros, a sus queridos "descamisados", los que ella sabe son la fuerza del Peronismo y los únicos que lo representan totalmente. Valga solamente un texto, en cuyas entre-líneas se perfila claramente el enfrentamiento: "Por eso, también algunas veces he cometido lo que para algunos quizá parezca una herejía, al indignarme, mientras recibía en mi despacho a muchos peronistas, especialmente a los descamisados, a los desposeídos, contra aquellos peronistas que se han convencido de tener una personalidad que no tienen y que se creen superiores, cuando en realidad no somos nosotros quienes hemos de creernos superiores, sino que son

los demás los que deben calificarnos. Ellos, suponiendo que son importantes y personajes indispensables, han olvidado a los peronistas "descamisados", al pueblo, al pueblo glorioso del 17 de octubre, que para salir a la calle no tuvo quien lo condujera, ni otro jefe que un coronel prisionero en Martín García. Por eso yo siempre he defendido y seguiré defendiendo a los humildes, porque fueron ellos los que defendieron. Fue el pueblo el que se dio cita, sin que nadie se lo hubiese indicado". "Por eso, cuando llegamos a una alta posición, por más alto que estemos, nuestro corazón nunca debe dejar de estar con el pueblo, y siempre hemos de sentirnos humildes".

"Esto es muy importante para los peronistas. Yo he sufrido una gran desilusión cuando he visto a hombres que siendo de la primera hora se han sentido personajes y se han olvidado del pueblo".

"Yo no llamo acordarse del pueblo a los que se acuerdan de él para utilizarlo políticamente, sino a los que quieren sinceramente a ese Pueblo".

"Yo, por ser una mujer del pueblo, creo tener una cierta intuición popular y sé quienes quieren honrada y lealmente a los descamisados y quienes pretenden utilizarlos políticamente". (Eva Perón, "Historia del Peronismo", pág. 139/40).

El arma para "frenar" a Evita no es fácil de encontrar. En este proceso difícil y riesgoso, las oposiciones no pueden ser totalmente manifiestas. Se recurre al "bloqueo" interno de sus iniciativas, y externamente se infla el aparato de los elogios sin medida, intentando ahogar en una nube de incienso sus inquietudes, sus críticas, sus impacencias.

Pero ella no se deja engañar. "He dicho siempre que antes de ser una realidad, prefiero ser la esperanza de la revolución. Porque así seré la eterna vigía de la revolución. Y eterna vigía de la revolu-

ción es el título que aspiro a tener. Y para tenerlo, hay que ganarlo".

Los últimos meses de Evita acentúan este proceso y este enfrentamiento sordo. Acechada por la muerte, oscuramente consciente de su destino trágico, esta mujer que era aún casi una muchacha, se crispa en su resolución y en su violencia. Sus últimos discursos son cada vez más intensos, y allí fustiga como nunca a los enemigos, a la oligarquía, al imperialismo. Y también deja entrever los conflictos internos, las oposiciones veladas pero tenaces. Es la época en que el grito: "el Peronismo será revolucionario o no será nada", se repite en sus labios y sostiene su pensamiento.

No podemos saber aún con certidumbre el papel que jugó la burocracia en la gestación de aquel paso doloroso que se conoce como "el renunciamento". Por cierto, no fue sólo la enfermedad de Evita lo que decidió aquella resignación. Y en el discurso de despedida, ahogada por mil presentimientos funestos, ha dejado un testamento de confianza en Perón y en el Peronismo; pero también un llamado ansioso a no traicionar a los descamisados, a "ser fieles a la clase trabajadora".

Toda revolución está siempre trabajada por intereses discordes; no existe en la historia concreta la revolución "monolítica" y perfecta. Ya hemos hecho más arriba el análisis de esta situación en el Peronismo. Toda revolución está además compartida por los políticos, los impacientes y los burócratas. Los "políticos", en el sentido noble de la palabra, son aquellos que tienen el sentido y la inteligencia de cómo se debe llevar un proceso con realismo y método. Los impacientes, a cuya "raza" pertenecía Evita, son el motor de la revolución, los que no se resignan a las claudicaciones, los que vuelven a las posturas radicales y a los objetivos puros cada vez que se

enturbia la nobleza de "la causa". Los burócratas, en fin, son los que valiéndose de un presunto "realismo", declamando elogios a lo ya conquistado, condenando los "excesos" de los impacientes, quieren reducir la revolución a lo ya hecho, porque son los nuevos instalados, los que ahora tienen el usufructo del poder, los que no quieren arriesgar ni perder la seguridad de que disponen.

En el Peronismo, si Perón ha sido el político genial, el Conductor inspirado que ha sabido llevar el proceso con tacto y astucia, Evita ha sido líder del sector "impaciente", empeñada en rescatar al Movimiento de sus riesgos burocráticos.

Y por eso, aunque haya muerto, su consideración es imprescindible para entender y valorar al Peronismo. Porque en definitiva su "línea" representa una manera de entender y sentir el Peronismo, una actitud radical y combativa que no ha muerto con ella. Representa además una manera de vivir la lealtad a Perón y al Peronismo, que no consiste en la adulación o el servilismo pasivo, sino en la fidelidad a las primeras motivaciones y la sana impaciencia revolucionaria. Un modo agresivo de asumir la militancia, y una manera insobornable de encauzar la lucha del proletariado.

4. ¡SI EVITA VIVIERA!...

La muerte de Eva Perón marca una etapa en la lucha popular argentina. El pueblo, en sus sectores más desposeídos como en los grupos más combativos sintió su desaparición como una pérdida irreparable.

Con ella desaparecía no sólo una militante enérgica y temida, sino el reaseguro más valioso que había tenido la revolución peronista hasta ese momento.

El largo mes de su velatorio puso al rojo vivo las pasiones que en torno a Evita se habían suscitado.

La reacción lo interpretó como un gesto escandaloso, "impúdico"; como una muestra más de demagogia. (¡Demagogia las colas interminables de gente humilde, que espontáneamente soportaba 30 horas de plantón para ver por última vez el rostro de la compañera admirada!).

La burocracia, en sus sectores más claudicantes al menos, quemó abundante incienso, desató una fanfarria estruendosa, y se alegró secretamente de su desaparición. El rostro ya ambiguo del Peronismo se manifestaba así, y la despedía con una especie de trágico sarcasmo.

El pueblo, en fin, que la amaba de verdad, comprendió que algo irreemplazable se perdía. El testimonio impresionante de los días y las filas interminables, de las lágrimas sinceras, de la muchedumbre apretada en su congoja, son una prueba irrefutable. Se puede llevar por la fuerza a una delegación escolar; no se lleva a un pueblo entero.

Una mujer, sólo una mujer había muerto. Pero sin ninguna duda, la mujer más importante y de mayor gravitación en la historia argentina. La que aparte de su destino particular significaba la inauguración de una presencia nueva de la mujer en nuestra historia; la aparición de "la compañera" que comparte de igual a igual el destino y las luchas por transformarlo.

Sin lugar a dudas, y a pesar de sus defectos, Eva Perón constituía el esbozo y la prefiguración concreta de una "nueva mujer". Por eso escandalizó a los burgueses y entusiasmó a la gente del pueblo.

Su vida no se sustrajo quizás a las pequeñas miserias, a los pequeños enconos que la lucha suscita. Pero supo vivir la gran moral, la fidelidad a los grandes valores que dan sentido y nobleza a la vida: la justicia, la dignidad de todos, el servicio real y comprometido con los más marginados.

Algunos biógrafos han subrayado cómo sus rasgos, y sus gestos, y su voz se fueron endureciendo con el tiempo, tomando un matiz y una acentuación casi "viril". Digamos mejor que la lucha la "marcó", que hasta su belleza pagó el tributo de la actividad y la tensión con que vivía, que en ella se prefiguraban también los rasgos de una nueva mujer: la que no se cultiva como una flor hogareña, sino como una camarada expuesta cotidianamente al sol y al viento de la lucha política.

Su propia belleza, su propio cuerpo habrían de pagar más tarde la "culpa" de ser Eva Perón. Una belleza y un cuerpo respetados por la muerte, no serían respetados por sus enemigos. Como se sabe, el cadáver de Evita ha sido brutalmente profanado. ¿Qué oscuro atavismo, que raíces del odio habrán nutrido la sangre y sostenido las manos del que tajeó un cuerpo sin vida y sin defensa? Ciertamente, el odio y el amor la han seguido más allá de la tumba, como un meridiano que dividiera las pasiones argentinas.

Si Evita viviera... ¡Sería Montonera! Hoy la muchachada, la juventud ardorosa y los grupos obreros combativos, levantan esa bandera. Para el hoy de la Argentina no dudan que la compañera ausente estaría en la primer avanzada, en el sitio más riesgoso del combate.

Y eso constituye hoy el "significado" de Evita. Más que un recuerdo nostálgico, un sentimiento y una actitud dentro del Peronismo. El sentimiento de que la lucha debe radicalizarse y debe darse al servicio de la clase trabajadora. La actitud de una lealtad que no se cifra en la aceptación pasiva de cualquier consigna, sino en la búsqueda de la trincheras más exigente y más metida en el corazón del enemigo.

VIII. — LOS "NUEVOS" FACTORES EN EL PERONISMO: SUS TAREAS

LA NUEVA SITUACIÓN:

Si hay algo que ha cambiado en la Argentina de los últimos años es el panorama respecto a los núcleos que se reclaman del Peronismo, lo entienden como la gran revolución inconclusa del país, quieren insertar su propio combate en la lucha del Movimiento Justicialista.

— Cuando se dieron los primeros síntomas, los "explicatodo" de las revistas "políticas" o los mentores del oficialismo quisieron convencerse que se trataba de un sarampión sin gravedad y sin porvenir. Pero de los primeros brotes se ha pasado a la irrupción masiva.

Mientras que la exclusión de los partidos políticos por la revolución de Onganía significó el silencio definitivo de esos grupos — cuya voz ya no era sino un murmullo que ni ellos mismos escuchaban... —, el Peronismo, proscrito y perseguido desde mucho antes, ha seguido acaudalando convicciones, voluntades, fuerzas nuevas. Su voz, en vez de perderse como un eco remoto, se revela actual y prodigiosamente renovada.

TRES HECHOS nos parecen los más reveladores y de algún modo "espectaculares" por su significación y posibilidades futuras:

a) **EL VUELCO DE LA JUVENTUD AL PERONISMO**, que constituye sin duda la gran sorpresa de los años recientes.

A pesar de la indignación que los deja estupefactos, aún los gorilas más recalcitrantes deben reconocer el hecho. Y las operaciones armadas, que han revelado una juventud que juega en serio su

vida por Perón y lo que él significa, no han hecho sino obligar a reconocer lo que se quería disimular.

b) **LA NUEVA CONCIENCIA DEL TERCER MUNDO.** Nuestra sociedad entera ha reconocido por fin que la Argentina no es un caso aparte en la historia.

Durante décadas se ha pretendido que nuestro país es "algo aparte", un milagro de la naturaleza, un paraíso de ventajas, etc.

Se ha cultivado una mentalidad de auto-satisfacción y superioridad increíble; y sobre todo se ha marginado al hombre común de las preocupaciones del continente latinoamericano y de los pueblos neocoloniales.

La frustración perpetuada, el fracaso de las ilusiones fáciles ha obligado a un realismo distinto: no somos tan caso aparte...; somos un pueblo más, sometido al engranaje imperialista, estrujado y maniatado por las estructuras capitalistas, marginado por la dependencia.

Pertenecemos al Tercer Mundo, nos guste o no.

Y esta evidencia, largamente rehuída, ha hecho descubrir el significado del Peronismo. No se lo ve tanto como una peripecia local, cuanto como un anticipo de lo que sería luego la gran cadena de revoluciones de los pueblos neocoloniales.

Sin saberlo, en parte, la Argentina ha inaugurado la gran Revolución contemporánea: la del Tercer Mundo.

Y la necesidad impostergable de ponernos de nuevo a la hora de la Historia, solidarios con los demás pueblos que en el mundo asumen el mismo desafío y combaten nuestro propio combate, obliga a reencontrarse con el Movimiento que entre nosotros lideró y anticipó ese proceso: el Peronismo.

c) **LA "CONVERGENCIA" DE LAS LINEAS REVOLUCIONARIAS.** Hasta hace poco tiempo, los

grupos de izquierda en la Argentina han sufrido de las "enfermedades infantiles" que los caracterizan en todo el mundo. Nutridos de análisis librescos, inspirados sobre todo en los marxistas europeos, irritados por la indiferencia de las masas y su justificada desconfianza hacia los "marxistas" locales, estos grupos acababan siempre dividiéndose, encasillados en discusiones dogmáticas, escépticos y desdenosos respecto al pueblo.

El movimiento era el de la dispersión, la multiplicación de corpusculos, la atomización en definitiva.

Desde hace un tiempo se percibe un fenómeno inverso. Se atenúan las exigencias dogmáticas, al servicio de una coincidencia fundamental, más flexible y dinámica.

Hay una búsqueda de las "líneas" esenciales en cuanto a la interpretación y la acción, sin crisparse en detalles o maniobras circunstanciales.

Sobre todo, hay una acentuación renovada de "lo nacional".

El marxismo incluso es releído y cribado desde nuestra perspectiva de país dependiente, para desenmarañar las contradicciones fundamentales y la estrategia correcta desde nuestra situación.

Esto ha roto el tutelaje europeo en materia ideológica, y se asiste a un período de replanteo y creatividad impensable años atrás.

Irremediablemente el Peronismo tenía que resultar revalorizado ante estas circunstancias. No solo porque se presenta coherente con los nuevos enfoques, sino porque mantiene unido y virtualmente dinámico al proletariado en torno a objetivos nacionales, sociales y democráticos, que significan un potencial inapreciable desde el punto de vista revolucionario.

Los grupos armados, por otra parte, que se ha-

bían multiplicado prodigiosamente y habían pretendido monopolizar la revolución en los tiempos del impacto Debray-foquista, se pliegan también a la causa nacional-peronista.

Plantean su acción más que como "foco revolucionario" como "brazo armado del pueblo peronista".

LOS NUEVOS FACTORES:

Sin pretender exponerlos de manera completa, creemos importante subrayar brevemente cuáles son esos nuevos grupos o nuevos factores que se dan en el Peronismo.

Estos grupos son nuevos porque en gran medida —salvo los gremialistas—, no proceden directamente del Peronismo, al menos de los grupos tradicionales.

Esto revela en primer lugar cómo hay un auténtico movimiento de autocritica y de "conversión" a lo popular y nacional en ciertos grupos intermedios, hasta ahora reticentes o indecisos.

Revela también una "permeabilidad" mayor del Peronismo. Hasta ahora ciertos grupos peronistas han practicado una política de segregación, un reflejo defensivo pero también estrecho que los ha conducido a desconfiar de todo el que no fuera peronista "de la época de oro".

La actitud de hoy cambia, hay una acogida más entusiasta para los nuevos, y la sinceridad de reconocer que muchos "peronistas recientes" son en definitiva más leales y combativos que ciertos veteranos.

Estos grupos se caracterizan por ser dinámicos, en crecimiento, sin un rol definido pero también sin ataduras.

Otorgan al panorama político no sólo una cuota de renovación, sino también de imprevisto.

En un panorama donde los "grandes nombres" son todos venerables ancianos o militares reaccionarios, donde es posible prever sin riesgos las reacciones y hasta los "tics" de cada uno, estos grupos introducen una juventud, una impaciencia y un dinamismo que los hacen francamente "incomfortables" y "peligrosos".

Estos grupos no practican un "entrismo" cínico o una componenda calculadora como los políticos tradicionales que se han acercado al Peronismo para usarlo y treparse a su caudal electoral. Son a la vez singularmente críticos ante el Peronismo, al que no otorgan sólo elogios y alabanzas; pero singularmente apasionados, deseosos de asumir la causa del pueblo y el Movimiento que lo lidera con algo más que un frío diagnóstico intelectual.

Los escépticos piensan que esto no es sino un signo de romanticismo adolescente. Los de verdad lúcidos saben, por el contrario, que sin una cuota de fe y pasión reales la Revolución es sólo una palabra.

1. LOS GREMIALISTAS COMBATIVOS

Un grupo de franca renovación lo constituyen sin lugar a dudas los gremialistas que han replanteado las exigencias de lucha desde las bases y la organización obrera.

Un nombre ha marcado este despertar: Ongaro.

Y una empresa: la C. G. T. de los Argentinos, ha señalado el intento de un gremialismo "puro" y combativo.

El famoso programa del 1º de Mayo, constituyó —en un momento de desaliento y entrega—, un sacudón vivificante. Poco importa las peripecias de un grupo y la situación posterior de sus líderes. Importa el significado de ese paso y las energías en reserva que descubre.

Se pretendía que el gremialismo estaba dormido y totalmente domesticado. Se prueba que está despierto y capaz de combatir.

A pesar de la burocracia sindical, a pesar de las trenzas y de los figurones dispuestos al colaboracionismo, las bases obreras son movilizadas cada vez más.

Y si se descubren los límites de lo gremial, si se comprueba que el gremialismo no puede transformarse en pura vanguardia política — y el fracaso parcial de Ongaro revela eso —, se prueba a la inversa que los obreros organizados son capaces de movilizarse por razones políticas y no puramente reivindicativas.

Varios de los líderes que encabezan este gremialismo aguerrido, "guerrillero", no son peronistas en el sentido tradicional y vertical a que se está acostumbrado. Hay que reconocerlo.

Pero sería ingenuo y fatal que se creyera que un gremialismo combativo al margen del Peronismo se está gestando; y lo que es peor: que ese gremialismo responde a algún nuevo movimiento en relevo del Peronismo.

La realidad es más simple y más profunda. Esos nuevos dirigentes deben enfrentarse a viejos y acomodados dirigentes, que presumen de peronistas y que pretenden anular las fuerzas combativas con apelaciones a la ortodoxia y la verticalidad.

El enfrentamiento y el distanciamiento es entonces irremediable. Pero delante de sus propias bases y del movimiento obrero, estos nuevos líderes "rebeldes" ni se atreven ni quieren presentarse como no-peronistas. Conocen y respetan demasiado a sus compañeros para intentarlo.

Apelan pues a un enfrentamiento con los dirigentes en un acuerdo con las bases. Y esto no es la fórmula difícil de un equilibrio imposible. Sino el duro y realista ejercicio por devolver a las bases la

combatividad, sin pedirles que abjuren de la fe y las fidelidades de siempre.

Esto es sin embargo un claro llamado de atención al Peronismo gremial y a todo el Movimiento: la renovación y el reencuentro con la agresividad revolucionaria implica la eliminación de los dirigentes enmohecidos, un planteo ideológico más rotundo, un ejercicio de combate más frecuente.

En saber aceptar ese desafío va en gran parte el futuro del Movimiento peronista y de la Revolución toda.

Pero es también un llamado de atención a los nuevos líderes.

Si la Revolución hace a un lado los dirigentes blandos — aunque se llamen peronistas —, la Revolución no es tampoco un retorno al anarquismo pre-peronista; capaz de la rebeldía furiosa, de los estallidos impresionantes, pero incapaz de la unidad de toda la clase trabajadora y de una salida positiva y creadora.

Por eso estos grupos de renovación gremial descubren — y los últimos signos son elocuentes —, que no es enfrentando al Peronismo (lo que interesa al sistema) que se da al combate, sino desde el Peronismo mismo.

Al margen de estas tensiones y confrontaciones, que son en definitiva muy saludables, queda el hecho irreversible de la irrupción de una nueva generación de gremialistas combativos.

2. LA JUVENTUD

Ya destacamos que el vuelco de la juventud al Peronismo representaba uno de los datos fundamentales.

En el fondo no es sino el fruto de las frustracio-

nes constatadas en el mundo de sus mayores, con el que no tienen compromisos y al que pueden criticar más libremente. Los jóvenes pueden poner en perspectiva histórica todo lo que les precede: compararlo, juzgar.

No tienen los prejuicios ni las posiciones tomadas y perpetuadas de los adultos.

Es aleccionador y sugerente que en esta perspectiva descubran y elijan apasionadamente al Peronismo.

Sobre todo lo que la juventud actual — o una gran parte de ella manifiesta, es una conciencia política aguda y certera. La política, que se pretende excluir de todos los niveles, es sin embargo presentida y descubierta con pasión por la juventud de hoy.

Porque critican a fondo los "proyectos vitales" de sus predecesores, porque interrogan sobre el "sentido" de lo que se les quiere imponer, la juventud tenía que descubrir irremediabilmente el "proyecto de fondo" y el sentido político del sistema en que se los introduce.

Son, en este sentido, más lúcidos y profundos de lo que se quiere reconocer. Y al mismo tiempo, porque su descubrimiento y su rebeldía nacen en un país dependiente, sometido, con amplios sectores miserables y marginados, los jóvenes son invitados por la realidad misma a no rebelarse en escapismos místicos — estilo hippie —, sino en afrontamientos combativos.

No decimos — sería ingenuo —, que toda la juventud se rebele y se comprometa políticamente. Bien sabemos que los grupos más numerosos siguen al margen: o frustrados o jugando a imitar las experiencias y las modas de otras partes.

Pero constatamos — y esto es lo que importa —, un despertar cada día más manifiesto, más esclarecido y más radical. Y al mismo tiempo un "paso a

la acción" con la vehemencia y la generosidad que sólo la juventud puede poner.

Un rol fundamental en este proceso cumplen — es justo decirlo —, las juventudes universitarias. Pero quizás no tanto porque sus mayores posibilidades intelectuales les ayuden a ver más profundo, cuanto al hecho de que comienzan a padecer más claramente la represión y la censura típicas del régimen.

Desde 1955, pero más claramente desde el gobierno Onganía, la política que se quiere imponer al país se impone a la Universidad. Las Universidades Nacionales son intervenidas, y los intentos estudiantiles por protestar se reprimen con mano militar.

Como el pueblo desde 1955, los estudiantes entran en la proscripción.

Bien lo dice Alcira Argumedo: "El año 1966 marca el comienzo de un camino de confluencia de los sectores estudiantiles con el movimiento popular, que alcanzará su primer expresión masiva en los sucesos que a partir de mayo de 1969 se producen a lo largo de todo el país."

Este fenómeno aparece como algo totalmente nuevo si se tiene en cuenta el papel jugado por las mayorías estudiantiles desde 1945. Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de Reforma.

Esta coincidencia de hecho y esta confluencia marcan una ruptura en el proceso "habitual" de los movimientos estudiantiles.

Simplificando se podría decir que el "meridiano" en función del cual se ubican tradicionalmente los movimientos estudiantiles era "teórico", bastante abstracto, dogmático: un análisis de lo que "debería ser" una revolución y su proceso.

Naturalmente un marxismo teórico y los escritos

de sus diferentes intérpretes se transforman en el eje de referencia y de ubicación de los distintos movimientos.

El espectro de posiciones "revolucionarias" se formula en referencia a la ideología marxista, su mayor o menor aceptación, su interpretación más "correcta".

La ruptura que mencionamos se produce a partir de la "praxis" vivida en comunidad con los movimientos populares.

La coincidencia con la lucha popular deja de ser un objetivo a lograr —siempre soñado y nunca alcanzado—, para constituirse en un hecho. Un hecho accidental y provisorio, pero que marca el rumbo exacto a seguir.

El "eje de referencia" deja de ser una interpretación teórica para desplazarse hacia la **lucha concreta y actual** de las masas proletarias.

Esto debía necesariamente conducir a descubrir el Movimiento en que esa lucha de las masas se verifica y reconoce: el Peronismo.

No es que antes se lo desconociera; pero ahora se lo descubre más que como partido político o hecho del pasado, como Movimiento de masas, clave del combate contra el sistema, abanderado de la lucha nacional y antiimperialista.

El movimiento nacional y proletario que a nivel de masas se entiende como Peronismo, pasa a ser el **meridiano al que se refieren** y en función del cual se sitúan los grupos estudiantiles.

Recíprocamente, es a los grupos juveniles a quienes se muestran más abiertos y receptivos los militantes y las bases populares del Peronismo.

Desde que los jóvenes más sinceros y entusiastas se han decidido a asumir en serio el Peronismo, negándose a usarlo como un mero "camouflage" de sus

intenciones, los grupos populares se han mostrado francamente interesados, expectantes, esperanzados.

El proletariado tiene siempre intuiciones infalibles, y sabe detectar cuando se practica un "entrismo" calculador, y cuando se trata de "compañeros" leales y a fondo.

Esto permite el surgimiento de experiencias impensables años atrás en cuanto a la colaboración y mutuo potenciamiento de los grupos populares y estudiantiles.

Además de las acciones comunes que se multiplican por todas partes, la colaboración más orgánica y permanente que se da en los movimientos de lucha de las villas marginales, la nueva Juventud Peronista o el Peronismo de Base —para no citar sino algunos ejemplos—, prueban que asistimos al nacimiento de una realidad francamente nueva en el panorama político argentino.

Es sólo un balbuceo quizás, pero el acontecimiento fascinante, el nacimiento de un lenguaje común y un proyecto idéntico.

En el fondo, esta alianza incipiente pero real marca quizás la verdadera sentencia de muerte del sistema.

Si el proletariado con sus certidumbres esenciales y su paso de "marea incontenible" se encuentra definitivamente con la juventud verdaderamente joven, llena de lucidez fraternal y de impaciencia sin demoras: entonces la Revolución en serio está en marcha. Sólo falta fechar sus etapas. Y si el Peronismo hubiera servido aunque más no fuera para constituir el puente y el lazo fraternal de esas dos realidades, ya habría cumplido ampliamente su servicio a la Revolución Nacional.

3. LOS GRUPOS ARMADOS

Un grupo importante de la juventud integra los

numerosos y cada vez más eficaces grupos armados. Realidad nueva, inquietante, pero imposible de ignorar en un análisis del "hoy" político del país y del Peronismo.

Ciertos hábitos exagerados por la "seguridad" y cierta histeria escandalizada de la burguesía, echan un manto de silencio sobre esta realidad que sin embargo merece ser valorada y discutida con la mayor seriedad.

Los grupos armados revelan varias cosas: en primer lugar la dimensión dramática del problema argentino, el enfrentamiento mortal — en el más estricto sentido —, que opone a los defensores del sistema y a los grupos revolucionarios.

Este enfrentamiento no ha sido nunca meramente teórico o "moral". Ha sido siempre violento, desde la explotación cotidiana y perpetua hasta la represión hipócrita o descarada.

Pero en la medida en que los polos de la contradicción se han ido acentuando, en la medida sobre todo en que la perpetuación del régimen capitalista-liberal se ha debido asentar sobre la exclusión sistemática y violenta de la voluntad popular, la violencia "habitual y silenciosa" se ha hecho patente y extrema.

La persecución sistemática, la delación "institucionalizada" en el SIDE o los organismos policiales, la tortura, el asesinato, la intimidación permanente, las leyes arbitrarias, la pena de muerte, etc., no han sido sino pasos cada vez más claros de una "declaración de guerra" formal y mortal.

Es el régimen el que es esencialmente agresivo, mortalmente agresivo.

Es el régimen el que toma la iniciativa siempre en la escalada de la violencia.

Por eso los primeros grupos armados no han sido sino "defensivos", patéticamente vindicativos.

La "Resistencia Peronista", por ejemplo, no es sino el gesto conmovedor y viril, pero apenas militar, de un pueblo azotado por la revancha gorila, fusilado, agredido de mil maneras.

Ahora bien, la violencia genera siempre la violencia. La agresión sistemática debía generar la réplica sistemática.

Y cuando el Ejército mismo por culpa de unos pocos de sus miembros, aparece ante los ojos del pueblo como policía y brazo armado de los grupos dominantes, era irremediable que surgiera un intento de Ejército Popular, la respuesta militar a la agresión militar.

Otra evidencia que los grupos armados patentizan, es la realidad de que los grupos de vanguardia han perdido el miedo. Y no en un simple gesto temerario, sino en una opción lúcida y fría.

Poniéndose a la altura de un pueblo que a pesar de los golpes no se ha dejado atemorizar, los grupos de acción directa prueban que el coraje no es un reflejo visceral, sino un ingrediente esencial a toda lucha.

Por eso el pueblo mismo los reconoce, y a pesar de todo el control y todo el manipuleo de la información, entiende que esa juventud audaz lo representa.

Y gracias a ello, el pueblo mismo tiene cada vez menos miedo.

Simétricamente, son los grupos "poderosos" los que ahora tienen miedo.

Los antiguos fusiladores deben vivir escondidos como ratas. Se les cumple al pie de la letra la profecía del General Valle antes de ser fusilado: viven ellos, y sus mujeres, y sus hijos con el horror en los ojos.

Pero el terror "personal" de unos pocos no es sino el signo de un terror más difuso pero real de

otros muchos. Y es el miedo de los viejos dominantes, su retroceso y su temblor, la contrapartida del crecimiento y el empuje de las fuerzas populares.

Los "señores" de vidas y bienes del 55, los sarcásticos y los burlones de muchos años, ofrecen ahora "elecciones democráticas", proponen acuerdos, juran respeto por el Líder que injuriaron.

En el fondo sólo tienen miedo. Miedo a los grupos armados, miedo a los estallidos populares, miedo sobre todo a la larga memoria de un pueblo traicionado.

Para todos, los "revolucionarios" y los "contra-revolucionarios" ha llegado la hora de una verdad nueva: desde ahora el afrontamiento no acepta medias tintas.

Hay una severidad y una reciedumbre nuevas en el panorama político argentino, y los responsables son en gran medida los movimientos de acción directa. Nadie puede negarlo.

La acción francamente militar de estos grupos genera además un dilema en el seno de las Fuerzas Armadas. No nos referimos a las divisiones y tendencias en las oficialidades, sino a algo más profundo.

Los militares argentinos han descubierto en los últimos años una realidad patética: en la medida en que persistan en sus actitudes actuales, cada vez se verán más obligados a usar sus armas contra el pueblo de su patria, obligados a balear a las masas populares de su tierra en defensa de oscuros intereses.

Formados en el ideal heroico de defender la Patria contra los enemigos eventuales, se descubren viviendo la tarea horrible de constituir casi un ejército de ocupación entre sus propios hermanos.

Al mismo tiempo ven aparecer grupos que se obstinan en calificar de delinquentes, pero en los que el pueblo mismo reconoce su propio ejército. Un "ejército popular" pobre en medios técnicos pero rico

en solidaridades y convicciones, frente a un Ejército poderoso y orgulloso, pero que es cada día más "el ejército im-popular" y una mudez de frustraciones e incertidumbres.

¿Cómo pueden los soldados argentinos, entre los que deben haber muchas vocaciones auténticas, soportar esta contradicción? ¿Cómo pueden soportar las "explicaciones" cada vez más artificiosas de ciertos jefes, e ignorar que hubo un tiempo no lejano en que el Pueblo y el Ejército hablaron un mismo lenguaje, compartieron un mismo fervor, lucharon un mismo combate?

4. LOS INTELLECTUALES

También son una realidad nueva y en alguna manera sorprendente. El régimen nos había predicado que el Peronismo era sólo demagogia y confusión emocional: una nueva edición de la "barbarie" contra la "civilización" sarmientina. Y el silencio cómplice de muchos presuntos intelectuales impulsaba a creerlo.

Pero el panorama se ha transformado fundamentalmente en los últimos años.

En realidad los "intelectuales", al menos aquellos de predicamento y autoridad, fueron los grandes ausentes de la época peronista. Salvo honrosas excepciones, faltaron a la cita histórica que el Movimiento nacional y popular les formulara.

Es escandaloso, pero es explicable. La tragedia más profunda quizás de los pueblos dependientes es la "dependencia" fundamental de sus pensadores y sus maestros.

Viven de las ideas importadas y al servicio de los importadores. Y como ese pensamiento es esencialmente diletante, "distinguido", aristocrático: no

se compromete nunca con lo real, no desciende a descifrar los contenidos de la conciencia y de la lucha popular, no se interesa por lo que cambia la vida y las condiciones de su propio país.

Es una intelectualidad más interesada por el último "drama" estrenado en París que por el drama bochornoso y permanente de los marginados, las villas miserias, los "nacidos para perder".

Para ellos también el Peronismo fue la irrupción de los "cabecitas negras", el "aluvión zoológico", la "indignidad".

Algo fundamental sin embargo ha cambiado. Muchas son las razones, y la más profunda sin lugar a dudas radica en el hecho de que los intelectuales de verdad siempre aparecen, y que no pueden menos que denunciar las mistificaciones y descubrir lo real.

El proceso ha comenzado y se ha acentuado entre los especialistas en las disciplinas históricas, sociológicas, políticas. Pero hoy encuentra representantes en todas las disciplinas.

Un papel decisivo ha tenido el descubrimiento de las realidades del Tercer Mundo, y la detectación de la contradicción fundamental: la dependencia. Se han roto los esquemas "metropolitanos" — incluso marxistas —, y ha surgido la obligación de intentar una comprensión más acorde con la situación y las condiciones originales de nuestro país.

Al mismo tiempo, el análisis del pasado — y del período peronista —, se ha beneficiado de una perspectiva más amplia y de la distancia que permite distinguir lo esencial de lo accesorio, el tronco medular de su corteza oscura y mezquina.

Un signo manifiesto son las publicaciones de estudiosos serios, que se multiplican de manera asombrosa en los últimos tiempos.

El Peronismo es el gran tema, y una clave lu-

minosa para interpretar lo mejor del pasado, las frustraciones presentes, y las posibilidades futuras.

Son estos estudiosos los que han volcado en gran parte el pensamiento de las juventudes estudiosas hacia una línea nacional y popular.

Son también los que han sabido desmitificar el marxismo y cuestionar ciertas interpretaciones repetidas mecánicamente.

Son ellos los que han denunciado y probado el fácil y falso revolucionarismo de ultra-izquierda que ignora y menosprecia lo popular y su proceso.

Comparativamente, lo que asombra es el total silencio de los "pensadores" de la reacción antiperonista. Distantes o desdenosos hasta hace poco, ahora se revelan como lo que son: radicalmente estériles e incapaces de participar en un análisis y un debate sobre el país real y sus salidas.

Los pensadores "profundos" y reconocidos del régimen son incapaces de proyectar sobre el Peronismo un análisis serio; también ellos se reducen a repetir slongans y mentiras hechas.

A la hora de una discusión sin macaneos no tienen nada que decir.

Como consecuencia, asistimos a una "expectativa de la inteligencia" que es uno de los síntomas más estimulantes de la actualidad.

Mucha gente que ha vivido en esquemas rígidos y juicios históricos definitivos comienza a interrogarse y a participar de la discusión y la búsqueda.

La verdadera "inhibición" que pesaba sobre ciertos sectores ilustrados para poder definirse y aceptarse a sí mismos como peronistas comienza a descongelarse.

Y es sólo el despertar de un movimiento que se acentuará seguramente en el futuro.

Esta contribución de los intelectuales tiene una

relevancia especial cuando se descubre que no es meramente "teórica" sino comprometida y militante.

Es el caso conocido de las Cátedras Nacionales, que tanto han contribuido en muy poco tiempo a un esclarecimiento serio de la realidad y el porvenir político del país.

Como bien se ha dicho, ellas prueban "que una ciencia social sólo es posible cuando, explícitamente identificada con un proceso de liberación — que en nuestro país tiene su eje dinámico en el Movimiento peronista —, intenta recuperar la riqueza de significados que gestan los sectores populares en el desarrollo de sus luchas".

Y estos intelectuales no sólo han analizado esas luchas, sino que han tenido el coraje intelectual de reivindicar la doctrina del Movimiento nacional elaborada por su líder, Perón, descubriendo sus verdades y sus intuiciones profundas, como también su innegable poder futuro.

Estos intelectuales han debido también sufrir la represión. Han sido excluidos de sus cátedras, hostigados, excluidos de los cenáculos "científicos".

Cosa curiosa: esta política se sigue contra los profesores peronistas, mientras que los "marxistas" clásicos son dejados tranquilos y cómodos.

Pero evidencia significativa. El régimen sabe que es por la vía de estos intelectuales por donde viene su verdadera liquidación. Y experiencia fructuosa para los intelectuales mismos porque comprueban que comprometerse con la verdad es riesgoso y hasta mortal; y porque son excluidos y perseguidos por las mismas razones que el pueblo trabajador de su patria.

5. LOS SECTORES PROGRESISTAS

Para terminar, un aporte importante a esta conversión al Peronismo de nuevos sectores lo consti-

tuye el advenimiento de ciertos sectores difíciles de identificar con precisión, pero que están entre los grupos de verdadera sensibilidad social e inquietud de progreso.

Los profesionales, los maestros y profesores, ciertos cuadros dirigentes, los elementos progresistas del clero, constituyen un grupo heterogéneo pero numeroso y de rol quizás decisivo.

Estos grupos tienen casi siempre en su contra la ambigüedad social de su situación, su no pertenencia clara a un nivel de clase revolucionaria, su tentación a disimular las contradicciones porque ellos mismos no las viven en toda su tensión. Son tradicionalmente los grupos que refuerzan las líneas "desarrollistas" y las salidas "no violentas".

Por eso es significativo que grupos crecientes de estos niveles se vuelquen hacia un Peronismo radicalizado. Significa que las dilaciones "desarrollistas" enganan cada vez a menos gente, y significa que el lenguaje de la lucha real comienza a ser entendido y compartido incluso por los grupos "conciliadores".

Esto es importante, mal que les pese a los que dividen el mundo en un maniqueísmo clasista, y rechazan la realidad de estos grupos intermedios. Que no sólo existen sino que juegan un papel importante porque aportan un material humano indispensable para el futuro revolucionario y porque sirven para "hacer comprender" la Revolución, para "traducirla" en el lenguaje múltiple y sereno que es el que acaba penetrando una sociedad y la condiona para el gran salto transformador.

La Revolución debe imponerse, el poder debe ser arrebatado violentamente. Pero esto no excluye que antes y después de la toma del poder, sean indispensables los hombres y las mujeres que hacen desear y amar el cambio revolucionario.

No bastan las condiciones objetivas para la re-

volución. Son indispensables, al mismo tiempo, las condiciones subjetivas, de rechazo del sistema imperante y de expectativa impaciente del cambio a realizar. Y estos grupos a los que aludimos cumplen aquí un papel irremplazable.

Por otra parte, la orientación de estos grupos son un "test", un termómetro social significativo.

Nosotros creemos que el sistema es en el fondo lo más irracional, la perpetuación de la irracionalidad en la historia. Y que la Revolución — a pesar de sus apariencias —, es la irrupción de lo más profundamente racional, de lo más humano del "ser más".

De allí que estos grupos, que a pesar de sus defectos reales son particularmente sensibles a lo racional, lo humanista, lo cualitativo, testifiquen que la Revolución no sólo es deseada desde la reivindicación y la desesperación, sino desde la inteligencia y la búsqueda honesta de la dignidad humana. Y al mismo tiempo, sirvan activamente de "difusores" sociales de la denuncia y del proyecto social que la Revolución implica.

el mismo
Estos grupos llegan y se incorporan al proceso desde una opción, tanto más libre cuanto más solicitados están a instalarse en las ventajas y la indiferencia del sistema. Y este gesto, moralmente conmovedor cuando es vivido por un solitario, se transforma en profundamente significativo cuando irrumpe como un acontecimiento de grupos numerosos y en aumento.

Si la Revolución adviene, será para instaurar una revolución permanente; y la raza de los revolucionarios de verdad está constituida por los que son capaces de "convertirse siempre" sin aferrarse definitivamente a nada.

No pretendemos que los grupos progresistas sean los que mejor encarnen esta realidad; pero testimo-

nian contra los escépticos y los cínicos que todo hombre, y no sólo los hombres "excepcionales" son capaces de renunciamentos y de compromiso combativo, al servicio de toda la comunidad y de un proyecto social más humano.

Pero lo más importante radica en que estos grupos no optan por "la" Revolución en abstracto: esto es fácil y constituye el lugar común de todos los pequeños-burgueses-de-izquierda. Lo importante es que optan por una revolución, por esta revolución, con lo que tiene de imperfecta y provisoria.

En el caso argentino lo importante es que estos grupos descubren y valoran al Peronismo y se incorporan a él. Aunque se equivocaran, significaría un gesto de adultez humana y política, un paso de la adolescencia revolucionaria a la mayoría de edad.

Además: no se equivocan. Aciertan. Y se incorporan a un movimiento que los necesita.

Un lugar importante corresponde al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Quizás faltemos a la objetividad, pero nos parece real ese juicio, y comprobado a diario por los acontecimientos.

En el fondo, no es a sus posturas o sus definiciones a quienes esos curas deben su prestigio y las expectativas que despiertan, sino al lugar que el Cristianismo sigue ocupando en la conciencia nacional.

A pesar de las fallas — muchas veces calamitosas —, de la Jerarquía oficial, y a pesar de las mediocridades de muchos ministros o presuntas "personalidades" cristianas, el pueblo sigue creyendo en el Evangelio, sigue prefiriendo sus valores, sigue asumiendo la vida como Cristo la descifra.

Nos parece que el hombre común no entiende en esta presencia de ciertos curas en el proceso un

mero gesto simpático o una turbia caución religiosa, sino algo más profundo.

El hombre de nuestra tierra no es un intelectual, pero eso no significa que no presiente los dilemas más hondos.

Y así como no se detiene en los falsos escrúpulos de "cómo" se hará la revolución, si se detiene ante el interrogante de "qué tipo" de hombre queremos ver surgir. Y en su criterio simple pero infinitamente sano quiere que ese porvenir esté presidido por el ideal cristiano.

Sin metafísicas y sin teologías, sabe sin embargo que el combate político no tiene valor si no permanece abierto a una trascendencia mayor.

Todo el realismo recio y toda la espiritualidad sin poses de nuestro pueblo están presentes allí.

Pero el mismo Movimiento Tercermundista no puede permanecer en la indefinición o en la indecisión política. Y la expectativa popular no se dirige a nuevas denuncias o nuevas declaraciones revolucionarias, cuanto a pasos de compromiso político que definan hasta dónde este Movimiento está dispuesto a comprometerse con el proceso y el camino real del pueblo argentino.

A nivel político, nadie tiene privilegios; y nadie puede combatir desde una colina distante, sino mezclado en la polvareda y los riesgos de todo el mundo.

La realidad prueba que la mayoría de los miembros del Movimiento han aceptado esas condiciones de la lucha. Y se definen claramente por el Peronismo.

Constituyen en ese sentido uno de los "factores" nuevos pero de influencia impredecible en el Peronismo contemporáneo. Más aún si se considera que el liderazgo que aún conservan muchos sacerdotes es innegable, y que sus opciones sirven directa o indirectamente de orientación para grupos muy importantes, sobre todo entre la juventud.

LAS NUEVAS TAREAS

A las nuevas situaciones corresponden nuevas tareas. Esto no es patrimonio de los grupos más recientes sino de todo el Peronismo. Pero son los grupos nuevos los que de algún modo pueden subrayar una profundización y un dinamismo fundamentales.

Lo que sigue no es sino un esbozo superficial, ya que merecería un estudio fundamentado y largo, un debate mirando al futuro, sus objetivos y su estrategia. Y este trabajo sólo ha pretendido disciplinar de algún modo el material reunido en torno a esa enorme realidad que es el Peronismo, para valorarlo y escogerlo como camino del propio compromiso.

Pero algo hay que decir, porque justamente el Peronismo no es una "realidad de museo" sino un Movimiento viviente y poderoso, componente irremediable de todo proyecto sobre el futuro.

Lo primero que conviene subrayar es que si la política del Movimiento en estos años de persecución ha sido fundamentalmente defensiva — aunque llena de ataques y de luchas —, las tareas futuras se presentan bajo el signo de lo agresivo.

Si la política peronista, cuyo acierto nadie puede negar, ha podido dejar dudas sobre su carácter revolucionario, el futuro deberá ser rotundo en cuanto a sus definiciones. Los nuevos factores tienen allí un lugar importante.

1. EL TRABAJO EN LAS BASES

La conversión hacia la causa del proletariado y de los sectores revolucionarios no puede ser meramente intelectual y distante. Es preciso querer un contacto viviente y fecundo.

Esto supone opciones concretas: desde el estilo

de la propia vida, que tiene que desear identificarse en serio con lo popular y sus valores; hasta la importancia que se otorgue al contacto con los militantes de base.

El respeto por el pueblo supone casualmente respeto. Es decir, no mitificación ingenua, ilusión de encontrar un revolucionario esclarecido en cada proletario. Pero tampoco desprecio disimulado con gestos simpáticos o paternalistas.

Y el único modo de valorar concretamente las posibilidades populares es consagrando tiempo, militancia, energía para compartir sus luchas y su proceso.

Así sobre todo no sólo se enriquece a los grupos populares, sino que se es enriquecido revolucionariamente por ellos.

Un auténtico Peronismo de Base es pues una tarea fundamental. No basta con la definición; es preciso una realidad en crecimiento y todos estamos desafiados a constituirla.

Pero algunos militantes deberán consagrarse especialmente a trabajar en ese nivel. A ellos les corresponderá "desentumecer" ciertos reflejos envejecidos, profundizar críticamente ciertas certidumbres, ayudar al peronista de base a distinguir en el propio campo lo que es revolucionario de lo que no lo es.

Pero les corresponderá sobre todo "avivar las brasas" combativas de muchos militantes y a su turno ser encendidos por el fervor y la fuerza que sólo el pueblo tiene.

El objetivo es pues respetar al militante de nuestros barrios y nuestras villas; pero respetarlo implica **creer apasionadamente en su capacidad combativa** y favorecer todo lo que la desarrolle.

Es preciso un gran desinterés personal pero un enorme interés por la causa. Y la causa necesita que el proletariado asuma a fondo su rol de energía y fuerza de ataque.

Porque todo lo que se dirige al pueblo — en el sistema —, está orientado a dominarlo y frenarlo, es preciso devolverle su agresividad hasta donde sea posible.

Sólo los que asuman esta tarea en las bases podrán dar un mentis a los que pretenden que los intereses obreros son pequeño-económicos y sus reflejos alienados y opiantes.

Sólo los que participen del Peronismo de nuestros hombres sencillos podrán desmentir a los que pretenden que ese carácter los frena y los limita.

Quienes han tomado desde hace un tiempo este camino ya lo han comprobado, y sus esfuerzos rinden frutos inmediatos: ya ningún seudo dirigente puede dormir tranquilo, porque la inquietud y las exigencias de las bases los desbordan. Y lo que ocurre en pequeña escala no es sino un síntoma de lo que pasará en el proceso revolucionario todo.

La combatividad y la resolución de conquistar el poder por parte de los sectores proletarios, es la única garantía de la Revolución.

2. LA "GUERRILLA" PERMANENTE

Con este título pretencioso sólo queremos decir que la tarea de hostigamiento permanente en todos los frentes debe proseguirse, intensificarse.

Como dice Perón: "ahora que están contra las cuerdas y sin aliento es cuando no hay que darles respiro". Por eso es que se impone no caer en las seducciones de un entendimiento fácil y taimado.

Ahora que están acorralados piden "pacificación", ahora que están en un callejón sin salidas piden "renunciamentos históricos".

Es el momento para no ceder ni un palmo en el terreno conquistado.

Hay un mote que el sistema ha insultado hasta

hacerlo sinónimo de delincuente y de salvaje: el "agitador". (Y hay que reconocer que en toda sociedad hay personajes que juegan ese papel impulsados más por sus neurosis personales que por objetivos claros...).

Pero cuando lo que la sociedad propone es la "cristalización" inmóvil, la perpetuación de privilegios y explotaciones, la inmovilidad fatalista, entonces sólo son revolucionarios en serio los que se deciden a "agitar", despertar, inquietar.

La Argentina necesita aún de muchos sacudones en serio para terminar de despertar. Y hay quienes tienen que asumir esa tarea bien áspera y desagradable de "sacudir", de "agitar".

Aceptar una tarea revolucionaria no es aspirar a una militancia heroica y "pura", no es querer ser un nuevo Che Guevara. Es aceptar ser un soldado oscuro pero eficaz, capaz de combatir donde sea necesario y no donde nos guste. Y antes que un guerrillero para el bronce hay que desearse un simple guerrillero.

El proceso del país exige la presencia de estos "guerrilleros de lo cotidiano", de estos luchadores sin aureolas.

El Peronismo los necesita. No basta con denunciar a los dirigentes blandos y colaboracionistas. Es preciso presentar frente a ellos militantes igualmente peronistas, igualmente fieles al Movimiento en el que el pueblo se reconoce, pero resueltos y agresivos.

No reemplazan a los dirigentes caducos los que sólo los denuncian, sino los que los superan en capacidad de lucha y en pasión revolucionaria.

Esto que llamamos "guerrilla" es en efecto una lucha desigual pero indispensable. Las armas y las tácticas pueden y deben ser muchas. Para unos consistirá en la denuncia sistemática y seria, que desmascare las mil mentiras del régimen.

Para otros en el hostigamiento permanente que irrita y enfurece a los poderosos y los obliga a desmascarar toda la violencia disimulada y la represión permanente sobre la que asientan su poder.

Para otros en fin, consistirá en proseguir la lucha donde puedan y como puedan, atados por los mil lazos del sistema pero indomables en los pequeños resquicios libres que les otorga aún.

Un guerrillero no es un astronauta libre de la gravedad pesada de la vida, sino un luchador obligado a "camouflarse para sobrevivir, pero armado y despierto para atacar cuando sea necesario y donde el enemigo sea vulnerable".

En el fondo esta "guerrilla cotidiana" no cuenta tanto por los éxitos que pueda contabilizar, cuanto porque mantiene despierta la fe revolucionaria, porque hace "creer en la Revolución" a muchos que de lo contrario se dejarían deslizar al escepticismo y al conformismo.

El Peronismo y su futuro revolucionario — que es el del país —, necesita de esta militancia.

La mejor garantía de que en el futuro no nos "instalaremos" en un nuevo conformismo y no daremos por realizada la revolución cuando sólo se haya cumplido una de sus etapas, la constituye esta militancia actual.

Más que las formas "militares" de su combate, lo que define a un guerrillero es su postura crítica ante su propio mundo, su "intolerancia" aparente, pero que sólo se ejerce en nombre de una enorme esperanza, de la impaciencia por dar a luz un estadio superior de la sociedad y del hombre.

El pueblo argentino, el Peronismo necesita de estos hombres: capaces de ofrecerles la vida si es preciso, pero no para adorar sus primeras realizaciones, sino para continuar lanzándolo un paso más adelante, un paso más arriba.

3. PROFUNDIZAR EL CONTENIDO IDEOLOGICO — REVOLUCIONARIO — DEL PERONISMO

Es sin lugar a dudas una de las tareas fundamentales, que ninguna urgencia pragmática puede postergar.

Todos los sectores están llamados a ella, pero especialmente los que advienen de una extracción universitaria, y que deben descifrar al pueblo mismo no una teoría genial caída del cielo, sino la ideología implícita en sus propios combates y en sus objetivos más profundos.

Sobre estas tareas, pensamos que sigue teniendo absoluta validez lo que escribiera un real pensador y un gran militante peronista: John William Cooke.

De todas nuestras luchas, avances y fracasos se sigue una primera conclusión teórica: que la teoría es necesaria. Que la teoría no es un ornamento de la acción, ni las ideas un vicio del pensamiento, como cree la burocracia.

Los burócratas creen que la política es puro pragmatismo, y como ellos son los empíricos por excelencia, también se creen los más altos políticos. No ven que la acción y la teoría no son categorías independientes sino partes indivisibles de la lucha revolucionaria. No ven que toda acción es conocimiento, y que no hay conocimiento revolucionario que se sustente a sí mismo, separado de la acción.

La lucha revolucionaria es acción enriquecida por el conocimiento, compenetración de la realidad.

El trabajador tiene una visión del mundo que proviene de su situación en el régimen social, de las tareas que desempeña, de la convivencia con sus hermanos de clase.

Pero, superpuesto a ese conocimiento, y coexistiendo con él, hay una "ideología", que es el sistema

de ideas impuesto por la clase dominante mediante la educación, la propaganda, etc.

En los momentos de lucha, en las crisis, en que los obreros actúan unidos por la solidaridad de la clase, su conciencia propia avanza rápidamente, y los valores que difunden los burgueses aparecen en su verdadera función de mitos que encubren la explotación de unos hombres por otros.

Es el momento también para que una ideología correcta, una visión del mundo y de la historia diferentes, acabe de profundizar ese avance de conciencia gestado en la lucha. La ausencia de un esclarecimiento ideológico deja el proceso inconcluso.

Una de las condiciones para que la clase obrera asuma la conducción del proceso nacional, para que tome el poder, es el rechazo de las formas ideológicas que corresponden a la organización económico-social vigente y la creación de una visión del mundo propia: eso es la teoría revolucionaria. Lo que la clase trabajadora necesita no es que la halaguen, que le dediquen loas enternecedoras, que le digan que tiene razón, sino que sus direcciones políticas le vayan explicando cómo tiene que tener razón: que vayan ayudándola en el esfuerzo por conocer el mundo a través de sus propios valores y no de valores ajenos.

El régimen no puede ser cuestionado desde sus mismos valores, sino que al atacarlo, debemos atacar precisamente esos valores que son parte de él. Esta es una de las funciones de la dirección revolucionaria; su incapacidad para cumplirla es el gran pecado de la burocracia peronista. Y la exigencia de cumplirla a fondo es uno de los desafíos fundamentales al Peronismo revolucionario del futuro.

La nueva ideología — que implica una teoría revolucionaria —, es una creación en que se funden los esfuerzos de los intelectuales revolucionarios y los sacrificios y penurias de las masas trabajadoras.

El Movimiento Nacional tiene que respetar y desear la aparición de pensadores, la formulación de un Pensamiento acorde con la misión histórica del Movimiento.

Pero al mismo tiempo, los pensadores tienen que respetar y reconocer el valor radical que está implícito en toda lucha de masas, y en el Movimiento donde esas masas se nuclean y reconocen.

La tarea pues de profundizar el contenido ideológico del Peronismo no es una tarea de los pensadores puros, un análisis de gabinete, sino una tarea común: donde la inteligencia y la lucha de las masas se asumen mutuamente.

El futuro depende decisivamente de esa doble fidelidad.

4. LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Una verdadera "tarea" en el futuro inmediato del Peronismo es la capacidad de aceptar la presencia simultánea de diferentes sectores en esa gran realidad que es el Movimiento Justicialista.

No se trata de aceptar todo lo que se presenta bajo el rótulo de "peronista". Pero se trata menos aún de introducir criterios rígidos de ortodoxia y juicios excluyentes.

Un movimiento de masas no admite los inquisidores de pacotilla. Y su propia naturaleza masiva exige respetar los diferentes niveles, las tareas distintas, los roles particulares.

Es impensable un Peronismo de verdad revolucionario sin aceptar la presencia de diferentes vanguardias: sindicales, políticas, militares, etc.

Cada una tiene sus tareas específicas y debe cumplirlas a fondo. Pero ninguna puede pretender el "monopolio" total o la conducción exclusiva de la revolución peronista.

Ya que el signo de la lucha inmediata es el carácter agresivo de las vanguardias peronistas, cada una debe preocuparse antes que nada del enemigo, sus debilidades y sus claudicaciones: para asediarlo y derrotarlo. Y no pretender capitalizar en su propio beneficio — político o moral —, lo que pertenece al Movimiento todo.

Lo que caracteriza justamente a los grupos revolucionarios peronistas de los otros grupos "izquierdistas" es que han pasado del esclarecimiento teórico e inmaculado a la aceptación de algo más grande y más anclado en la experiencia y en la lucha del Pueblo. Se trata ahora de mantener en el proceso de la lucha ese realismo y esa actitud adulta.

Los grupúsculos de izquierda pueden exigir una identificación hasta de las comas y comillas, casualmente porque son eso: grupúsculos. Pero las vanguardias del Peronismo, que no son fuertes por sí mismas sino en la medida en que sirven al Movimiento de masas, deben aceptar una unidad en la diversidad, tan difícil como rica y plural es la realidad y el objetivo al que sirven.

Lo que en los últimos tiempos evidencian es un signo alentador en ese sentido. Mientras se cumple el propio trabajo, se mira con respeto y simpatía todo lo nuevo que surge bajo — o hacia —, la inspiración peronista.

Perón mismo es liberado de la falsa y simplista expectativa a que lo someten ciertos sectores, que pretenden verlo "definir", "elegir" un grupo contra los otros, como si se tratara de factores que se contraponen y no de fuerzas que se conjugan.

La socorrida argumentación de que Perón "da manija a todos" se transforma así más que en un signo de indefinición — como se pretende —, en un signo de clara definición: el Peronismo no es este o aquel grupo, sino todos en la medida en que sirven

al combate popular. Y este criterio — difícil y exigente —, es el que se impone a cada grupo de vanguardia.

Esta "unidad en la diversidad" es la manera concreta de desmitificar el propio compromiso, quitarle sus pretensiones de absoluto y de supremo, para retornar al realismo sobrio de los verdaderos militantes, para quienes lo único absoluto es el triunfo de la causa del Pueblo, y la trinchera personal solo eso: una trinchera.

Es también la manera concreta de reconocer que el eje de referencia no es la propia alternativa, sino el proceso de las masas en el Movimiento Nacional que la nuclea.

Ningún grupo "personifica" el Peronismo Revolucionario; todos, en la medida en que cumplen con sus tareas, contribuyen a que el Peronismo sea revolucionario.

5. FORMAR LOS CUADROS DEL PERONISMO

Todos los objetivos ligeramente enumerados son importantes. Pero quizás ninguno tanto como el de lograr la aparición de nuevos dirigentes que a todos los niveles asuman el relevo y la responsabilidad de constituir "el tejido conjuntivo" del Movimiento Peronista. No decimos los grandes conductores, sino los dirigentes de rango intermedio, provenientes de todos los sectores, pero consagrados a garantizar la unidad, la coherencia y la combatividad de todos los sectores.

a) El proceso revolucionario ya está en marcha. Y es preciso ubicarse en sus exigencias actuales.

Cuando uno escucha a ciertos propagandistas revolucionarios, se vuelve a escuchar el viejo y gastado argumento de que "en el proceso revolucionario se reconocerán los nuevos dirigentes". Verdad grande

pero cómoda. Porque posterga para un futuro indefinido lo que ya es tarea de hoy:

A veces se tiene la impresión de que muchos piensan que la Revolución se realiza como en las películas. Que todo es cuestión de un golpe audaz y repentino que ubica en el poder a los revolucionarios. Y que a la mañana siguiente el pueblo saluda con fervor a los solemnes desconocidos de ayer, ahora descubiertos como sus liberadores...

Esta ilusión es terriblemente peligrosa, por simplista e irresponsable.

En la realidad las cosas no ocurren con ese ritmo cinematográfico. Los compañeros en los que el pueblo confía deben ser compañeros primero un largo trecho.

Los dirigentes a los que se confía el futuro revolucionario, son dirigentes que han merecido ese título, que lo han ejercido, que han sido probados y cribados por la lucha y las peripecias de mucho tiempo.

Por eso es preciso subrayar que si es cierto que los dirigentes aparecen en el proceso, ese proceso ya está en marcha, y ya es la hora de que esos dirigentes comiencen a perfilarse.

El verdadero cambio no se dará si no se cuenta con hombres de gran abnegación y sin ambiciones personales. Por eso no se debe confundir con la timidez o la indecisión. El verdadero dirigente debe saber desaparecer cuando ya no es necesario, pero antes — y es más importante —, debe saber aparecer cuando sea necesario.

La hora actual nos parece ya, decididamente, la hora de la organización, el nucleamiento y la proyección de los nuevos dirigentes, que no vienen a encajarse en el Peronismo y el proceso revolucionario, sino a ofrecerles algo más que la lucha anónima: vienen a ofrecerle su nombre, su rostro, sus cualidades todas expuestas a la luz severa e implacable de lo público y lo notorio.

La verdadera política supone valores, condiciones de esclarecimiento y lucha a nivel masivo. Pero supone también personalidades, figuras concretas en las cuales reconocerse, identificarse, saberse interpretado y conducido.

Un Peronismo renovado supone fundamentalmente esa renovación; un Peronismo combativo exige la aparición de una verdadera "oficialidad" que conduzca al combate.

b) El momento actual, es el paso crítico de la rebelión a la Revolución.

En los años "quietos" del primer Onganía, cuando todo parecía inmóvil o encaminado a la entrega sin luchas, las urgencias quizás fueran otras. Pero no podemos permanecer en la misma estrategia siempre.

Los cordobazos, los rosariazos, y las mil acciones que a través de la Argentina han constituido un país en conmoción y en pie de lucha, son pasos de un valor inapreciable. Pero no se los puede perpetuar eternamente. O la rebelión se transforma en revolución, se organiza y profundiza; o se disuelve en exasperación y esterilidad.

Estamos en la hora en la que la energía y la sangre de un pueblo lanzado a la calle no puede reducirse a un galardón glorioso, sino debe ordenarse a la victoria final y total. Y esto no se hará sin organización, sin una estrategia audaz pero inteligente, sin una permanencia en el combate.

Pensamos que sólo el Peronismo puede ofrecer las condiciones de un Movimiento en el que se unifiquen y potencien todas esas energías. Pero para eso tiene que ofrecer cuadros con una formación y una disciplina a la altura de las exigencias. No tenerlos, no ofrecerlos, sería una enorme frustración para el país entero.

Además, y es importante señalarlo, los momentos

de gran tensión social no son peligrosos solamente para los que detentan el poder.

La historia prueba que cuando las condiciones pre-revolucionarias se prolongan en exceso; cuando la anarquía rebelde no es capaz de superar su estado de anarquía, lo que se sigue es una reacción violenta de signo contrario.

Los grandes "fascismos" de la historia han sobrevenido en momentos de histeria rebelde. El fracaso por orientar las condiciones prerrevolucionarias en Alemania, hicieron que lo que parecía el estadio previo al socialismo desembocara en el nazismo. Lo mismo en la Italia anterior a Mussolini. Lo mismo en el famoso Mayo francés, que a la larga sólo sirvió para la instauración del gaullismo más reaccionario.

Cuando un pueblo no es capaz de encausar sus expectativas revolucionarias, cuando sus luchas son sólo estallidos, se expone a un enorme riesgo.

A la larga, el miedo de las clases medias y la fuerza de las oligarquías acabarán encontrando el momento de desorientación y de fisura para aplastar y aniquilar.

Es responsabilidad del Peronismo todo, y de sus elementos más lúcidos y combativos en especial, transformar la rebelión en Revolución.

c) En el Peronismo actual hay una suerte de esclarecimiento profundo que es propicio para una organización seria.

De algún modo, los "factores intermedios" han desaparecido prácticamente del escenario.

Siempre la fuerza y la cohesión del Movimiento Justicialista ha estado en la relación "directa" entre las masas y su Líder.

Pero en el periodo de gobierno peronista, la trama partidaria, la burocracia intermedia formaban un "colchón" y una red en esas relaciones.

Los años del exilio han vuelto de algún modo al esquema inicial. Los viejos burócratas apenas si son

tolerados; los proclives al colaboracionismo se han desenmascarado; los que alguna vez soñaron con desplazar a Perón están muertos.

Esto ha producido una suerte de esclarecimiento virtual, al menos la descalificación y la erosión de los que más fácilmente podrían desvirtuar al Peronismo.

Pero esta nueva vuelta a la ecuación inicial: Pueblo peronista y su Jefe, tiene toda la fuerza y todo el riesgo del momento inicial. La clave está quizás en cómo resuelvan Perón y el Movimiento Peronista las estructuras futuras, y los hombres que esta vez integren las instancias del Movimiento.

Perón mismo no es aquí, como muchos pretenden, ni un mago ni un arbitrario. Juega con los elementos que la realidad le ofrece.

Si en el 45 tuvo que hechar mano a los viejos "punteros" del Yrigoyenismo, con sus mañas y sus intereses, fue porque era lo único y lo mejor que se le ofrecía.

La responsabilidad del Peronismo de hoy radica en la realidad que pueden ofrecer al Movimiento, en los cuadros nuevos capaces de integrar un Peronismo nuevo.

Como ocurre casi siempre, los acontecimientos caen antes de lo que se espera; las responsabilidades invocan antes de lo que se suponía. Hay que caminar "contra reloj" para estar a tiempo.

La conversión de los grupos estudiantiles o progresistas al Peronismo no es como a veces se dice: precipitada. Al contrario: es escandalosamente tardía.

Y por eso es urgente la tarea de prepararse para merecer el "reconocimiento de peronista" y para responder a las tareas que el futuro revolucionario implica.

Todo lo que se haga en orden a la preparación, esclarecimiento y organización de los futuros eua-

dos será positivo. Todo lo que se haga para pasar de la mera "comprensión" del Peronismo a un compromiso codo a codo con todos los militantes peronistas será decisivo.

IX. — PERONISMO Y SOCIALISMO

1. UN TRISTE EQUIVOCO

En la Argentina, como en otros países, pero más evidente que en ninguna parte, el nombre "socialismo" ha sido manoseado y desvirtuado por los mismos que quisieron difundirlo e imponerlo.

Es ya sabido cómo en nuestro país, las dos agrupaciones que más han disputado la propiedad de ese nombre (el Partido Socialista y el Partido Comunista), han permanecido al margen de los verídicos procesos populares y han traicionado incluso a los movimientos revolucionarios en sus momentos más críticos.

El Partido Socialista no ha pasado de ser un partido liberal, totalmente integrado al sistema y practicando una crítica sólo verbal a las orientaciones económicas del capitalismo reinante. Cuando más, han contribuido a ciertas leyes sociales que no cambiaban nada y sólo atenuaban y disimulaban el carácter explotador de la sociedad.

El Partido Comunista, presunto terror de los capitalistas reinantes, no ha pasado de crear una organización férrea pero totalmente minoritaria, adherida fanáticamente a la ortodoxia rusa, y confundiendo groseramente el socialismo con el régimen stalinista. Como toda secta minoritaria, han cultivado el sentimiento de persecución — excusa eterna para no participar en ningún proceso real —, y han

ejercido la desconfianza como método hacia los movimientos populares y masivos, a los que no pueden controlar y manipular como quisieran. Además, su total dependencia ideológica y estratégica de Moscú, los ha hecho ignorar y despreciar los procesos nacionales, y aplicar mecánicamente la categorías "científicas" del marxismo en los países centrales, sin atender a la situación concreta de nuestras circunstancias.

Estos partidos, y el círculo de sus influencias, desconocieron al Yrigoyenismo y más claramente aún al Peronismo. Aquellos a los que llegaron sus prédicas — círculos pequeños burgueses y clase media intelectual, la FUA en la universidad —, difundieron una caracterización totalmente europea del socialismo, y un desprecio distinguido por todos los turbios procesos de masas nacionales.

Con el advenimiento del Peronismo, estos militantes "socialistas" tuvieron la más clara oportunidad de convertirse a un movimiento concreto y real, a un proceso de lucha que necesariamente tenía que implicar el camino hacia una socialización. No supieron descubrirlo, cegados por los modelos perfectos de sus manuales y por la pretensión de ser ellos los conductores de toda revolución.

Más aún, se plegaron a esa tragi-cómica asociación que fue la Unión Democrática. El país vio del brazo a Codovilla con Braden, unidos en la "patriótica" empresa de librar al país de la "demagogia" y el "fascismo".

Y el país no olvidó ni olvida. Todos los famosos salvadores del proletariado, todos los propagandistas del socialismo, aparecieron como lo que eran: igualmente traidores que los oligarcas más recalcitrantes.

Y el Peronismo tampoco perdonó. Desde el momento que se alinearon con el enemigo, fueron considerados y tratados como enemigos. Desde el mo-

mento en que — sobre todo a nivel gremial —, trabaron y conspiraron contra la organización unida de la clase trabajadora, fueron considerados y tratados como traidores.

Aún hoy, y sobre todo a nivel de los trabajadores, los nombres de "marxista" o "socialista" despertan indignación o al menos desconfianza.

Esto es una verdadera traba y una penosa confusión para el desarrollo del proceso revolucionario en el país. Porque nadie puede dudar que el movimiento de la historia, en todo el mundo pero especialmente en el Tercer Mundo, es un claro y rotundo movimiento hacia la socialización, hacia esa etapa superior de la sociedad y de la democracia que se llama Socialismo. Y esto importa para todos, porque no se avanza de verdad en ningún país si no es siguiendo el proceso histórico común, avanzando en el sentido en que la humanidad construye un destino más racional, más humano, más solidario.

Hoy todo el Peronismo se replantea esta situación, y es el Jefe mismo del Movimiento, Perón, quien habla de "Socialismo Nacional" y de "Socialismo Peronista". Esto es prueba de cómo la Doctrina peronista — mal que les pese a sus críticos —, no se estanca, no se crispa en las formulaciones de su época en el gobierno. Es prueba también de que el ingreso creciente de la juventud al Movimiento importa un rejuvenecimiento doctrinal, una actualización apasionante con todo el sentir y el querer de las fuerzas más renovadoras del mundo y de América Latina.

Entendámonos. El Peronismo nació "anticipado" de algún modo a su momento histórico, casi 20 años antes de que sus banderas fueran efectivamente enarboladas en toda América Hispana. Su lucha es en ese momento solitaria y terriblemente condicio-

nada. Debe enfrentar a Inglaterra y EE. UU., soberbios en su triunfo y en la pretensión mesiánica de su "democracia". Debe probar que su empresa no conduce al fascismo totalitario, ni al colectivismo totalitario. Debe además defender, a través de la discutida "tercera posición", el derecho de los pueblos del tercer mundo a buscar una salida original y sin sometimientos a las metrópolis de la guerra fría. Todo esto fue resuelto con verdad y con profundidad. Con carencias también, que no beneficia a nadie ocultar. Pero lo que importa ahora subrayar es que el Peronismo había elegido el camino correcto y sembrado la buena semilla. Hoy no es ningún advenedizo si reivindica como propias las certidumbres y los conceptos que animan la revolución del Tercer Mundo, y si habla el lenguaje severo y preciso de los revolucionarios contemporáneos.

En las líneas que siguen no pretendemos "probar" que Peronismo y Socialismo son la misma cosa; no pretendemos afirmar que el Peronismo sea "un socialismo que se ignora a sí mismo". Nada de eso. Creemos que el Peronismo es un proceso que vale por sí solo, pero al mismo tiempo que su dinámica natural, su destino necesario es el socialismo.

Trataremos pues de mostrar la coherencia, la espontánea conexión entre las realizaciones peronistas y los proyectos socialistas. Trataremos de ver cómo el Peronismo es una "aproximación" muy verdadera, e históricamente muy válida de los actuales caminos socialistas.

Por eso, como método, más que una apología o una adecuación forzada, intentamos perfilar algunos de los temas esenciales al socialismo, y recordar cómo han sido y son esenciales también al Peronismo. No es ni un inventario exhaustivo ni un análisis completo, sino un simple ensayo en la línea de este trabajo: descubrir cómo el camino concreto de

la verdadera revolución en la Argentina implica consustanciarse con el Peronismo.

2. EL PERONISMO Y LO SOCIAL

En la discusión en torno al Peronismo se olvida con frecuencia, por las pasiones que suscita, descubrir lo más característico del aporte revolucionario realizado por el Movimiento.

Como ya destacamos al principio, el Peronismo actualiza el movimiento nacional. Pero para marcarlo esta vez de una neta orientación social, en el más profundo y actual sentido del vocablo.

Hay que recordar que el movimiento nacionalista de pre-guerra, respondía a la crispación nacionalista que se vivía en todas partes del mundo en esa época. Su ambición era defender lo nacional, en lo económico, pero más fundamentalmente aún en lo "moral" y en lo cultural. En ese sentido, tenía mucho de "defensivo", de retorno a confusos valores nacionales, nunca muy bien perfilados, pero que se decían opuestos a "las ideas extranjerizantes", a las "ideologías foráneas".

Había mucho de válido en esa actitud, pero es preciso reconocer que la mayoría de sus adeptos pertenecían mental y formalmente a lo que clásicamente se llama "la derecha". Buen número de esos ideólogos nacionalistas eran directamente reaccionarios, militantes de un catolicismo cerrado y desconfiado, enemigos de las incertidumbres y los factores no-gobernables que implica la democracia.

De hecho, sus ideas políticas los conducían a proponer gobiernos "fuertes", en el sentido de autoritarios y alejados del debate público de su gestión; a pensar en una fuerte jerarquización de la sociedad, donde las funciones claves pertenecieran a una "elite" esclarecida; a imaginar incluso para la Argentina un esquema francamente corporativo.

Estas ideas eran fuertes sobre todo en el Ejército, donde la mentalidad castrense ayudaba a los proyectos autoritarios y jerárquicos.

De hecho, el golpe del 4 de junio de 1943 debe ser considerado como un golpe "fascista", con profundas simpatías por la Alemania nazi y con un brumoso pero real proyecto de estado corporativo.

El propio coronel Perón, formado en esos círculos, y aún perteneciendo a los grupos más avanzados, no representaba probablemente más allá que una ideología de "paternalismo nacionalista".

Por eso es que el "nacimiento político" del Perón actual sólo se realiza cuando asume las tareas de la entonces polvorienta Secretaría de Trabajo y Previsión. El futuro Conductor comienza a tener contacto con las agrupaciones gremiales, con los dirigentes espontáneos de la clase obrera, y sobre todo con la gente misma de los sectores más populares.

Este encuentro, que será definitivo, será también impactante y fecundo para todos. La gente del pueblo descubre un hombre carismático, que interpreta su sentir, y sobre todo que cumple lo que promete. Perón descubre al pueblo real, que a pesar de la explotación que padece, guarda intactas la capacidad de lucha, el sentido de clase y la lealtad sincera. Perón descubre sobre todo que este pueblo no es un rebaño de parias al que hay que asistir paternalmente, sino un grupo humano con reservas intactas, capaz de organizarse y capaz de afrontar el poder secular de los grandes económicamente.

Con el correr del tiempo, esta relación de Perón con el pueblo va a ser el factor desencadenante de la crisis de octubre del 45, cuando se intenta borrar al coronel "populista" del equipo gobernante.

El conflicto venía de lejos, y su historia es bien conocida. Pero lo que importa subrayar es que el punto neurálgico no era tanto el aumento de poder

en manos de Perón, cuanto la fuente de ese poder: su prestigio entre la clase trabajadora y las pretensiones cada vez más audaces de esta última.

Para el propio Perón el conflicto ha sido grande. Sabe que a los fuertes intereses imperiales y oligárquicos, no les preocupa el relevo de figuras, siempre que sean militares que respondan a la imagen clásica: los que apoyan su poder en las bayonetas, y en último término en los factores de poder vigentes, cuyo sentimiento aristocrático comparten, y cuya distancia desconfiada del "populacho" imitan.

Perón sabe que intentar cambiar la "fuente" del poder es arriesgado, normalmente suicida. Supone cambiar fundamentalmente la orientación del gobierno y de la revolución del 4 de junio, pasando del paternalismo nacionalista a la democracia popular. Supone "apostar", en estricto sentido, apostar a la reacción casi espontánea del pueblo, a su lucidez, a su combatividad.

Por eso el 17 de octubre es tan fundamental para el Peronismo. Es "el día de la lealtad" de los descamisados; pero antes es el día de la opción de Perón, de su fe en ese pueblo, de su resolución definitiva de jugarse con la clase trabajadora.

De esa experiencia sacará el Líder sus certidumbres más profundas, sus resoluciones más clarividentes. El Pueblo no será para él un término demagógico o una referencia sin convicción. Será la fuente de su poder, y el sentido de su revolución.

En el pensamiento de Perón, el pueblo evoca siempre esa multitud gris, apretada y furiosa en su silencio, que representaba a la Patria avasallada y se concentraba en la Plaza de Mayo el 17 de octubre, ingresando sin miedo a la lucha definitiva y a ser protagonista fundamental de la historia.

Esas masas son Pueblo, porque vienen del tra-

bajo, de la explotación y del silencio; pero también, porque vienen del fondo de nuestra nacionalidad y se hacen eco de su destino. En palabras de Perón, son los "descamisados", los hombres y las mujeres que forman la "clase trabajadora", "la masa tradicionalmente oprimida que salta y rompe la valla que la oprime".

Hay pues aquí una clara opción "clasista", y una ruptura horizontal de la sociedad, para elegir una clase como la destinataria y la ejecutora del porvenir histórico. Es cierto, Perón no habla de Socialismo; pero lo que elige y lo que proyecta coincide con el corazón mismo del socialismo.

El Pueblo son — palabras de Perón —, "los hombres humildes de todas las condiciones, que integran la única clase de argentinos que nosotros reconocemos: la clase de los que trabajan"; y que "subordinan los propios intereses al interés de todos, que es al fin de cuentas el interés sagrado de la Patria".

Al pueblo, destinatario y artífice de la Revolución, no lo define pues un origen miserable o un determinismo económico, sino un valor: el trabajo, y una virtud: la dignidad combativa. Son pueblo los que tienen "carne y alma de descamisados". Son pueblo todos los que de estar en 1945 "habrían ido a la Plaza de Mayo; y todos los que ahora o mañana harían lo mismo que hicieron los primeros descamisados de aquel primer 17 de octubre".

Lejos aún de las formulaciones actuales del socialismo, Perón acierta en notas esenciales. El valor fundamental: el trabajo; el tipo de hombre: el que construye y combate; el objetivo final: una nueva dignidad humana, una capacidad de reorientar la historia al servicio de todos.

Si bien es cierto que Perón va a realizar una revolución profundamente "Nacional", enfrentando

todos los lazos de dependencia exterior; más cierto aún es que su empresa es fundamentalmente "Social", haciendo la clave incluso de su nacionalismo la lucha por revertir el proceso social, poniendo como sentido y como ejecutora de la transformación social "la clase trabajadora".

Analizando el propio Perón ese período, y descifrando la orientación final del Justicialismo, dice: "Adelantándose — los fundadores del Movimiento —, previsoramente a cuanto había de ocurrir en los veinte años subsiguientes, concibió la Revolución Justicialista, destinada a cumplir los mismos fines: encarar una reforma incruenta que, sin violencias inútiles, transformara la comunidad argentina, abiertamente liberal, capitalista y burguesa por imposición de su metrópolis, en un socialismo nacional cristiano más a tono con las formas que el mundo comenzaba a vivir. Ese es el punto de partida del Movimiento Justicialista".

b) Pero el Peronismo no se reduce a ser un movimiento reivindicativo, o una lucha al servicio de los intereses populares. En las realizaciones sobre todo y en la doctrina que formula Perón, su construcción es mucho más rica. Sobre los "temas" esenciales al Peronismo, y que revelan la coincidencia con los objetivos actuales del Socialismo, nos permitimos mencionar aquellos que formula como conclusiones apoyadas en numerosos textos y realizaciones el CEDIP N° 2 (Centro de Estudios y Difusión Peronista, Mendoza, Octubre 1971).

Clase Trabajadora/Lucha de Clases: Para Perón

la situación social se define como un campo de combate, donde se enfrentan la clase trabajadora y la oligarquía, y al mismo tiempo, la Nación y el Imperialismo. Los términos son pues de afrontamiento y de lucha mortal: "como decía la señora Eva Perón,

la lucha de clases solamente termina con la desaparición de una clase”.

Pero al mismo tiempo, Perón se esfuerza por escapar a las simplificaciones “científicas” de ciertos teóricos de izquierda. Para él, la clase trabajadora incluye al proletariado, es el proletariado; pero entendido en un sentido mucho más rico que el de mero factor de producción. Por eso puede coincidir y de hecho coincide con todo lo que ha constituido la lucha real de la nacionalidad, y su destino es mayor que el de superar la relación inmediata de explotación, para cumplir una tarea mucho más trascendente. En otros términos, la clase trabajadora no sólo construirá una “sociedad justa”, sino una Patria, justa, libre y soberana.

Con mucha claridad y desde el principio, Perón ha visto —y así construye la doctrina—, que la contradicción proletariado/burguesía está incluida en una contradicción más amplia: Patria/colonia; País dependiente/Dominador imperialista. La clase trabajadora tiene como misión afrontar ambos combates.

Dignidad. Al hablar del pueblo, la idea peronista es la de una fundamental dignidad a respetar, y una tarea dignificadora a realizar. El problema no es sólo de justicia económica, cuantitativa; sino de desarrollo cualitativo, humano. La dignidad de los trabajadores les viene del hecho de no estar corrompidos por el dinero, los privilegios o el poder. Su dignidad final les vendrá de la imposición de sus valores, sin dominación y sin dependencias. Por eso en el pensamiento de Perón está siempre implícita la relación Dignidad personal/Dignidad nacional; vanguardia social/vanguardia nacional; destino de clase/destino nacional. Lo que está en juego no es la reivindicación de algunos sino la dignidad de todos.

Esta nota de la dignidad, que Perón repite per-

manentemente, no es un recurso retórico. Es un valor y un objetivo fundamental, que hoy anima las mejores esperanzas de un socialismo humanista. Se trata de arrancarnos de la dinámica fatal del individualismo, para pasar de los intereses particulares a los intereses comunes. La lucha de la clase trabajadora es dignificante, porque no pretende reemplazar a los antiguos privilegiados con nuevos privilegiados sino construir una sociedad donde los privilegios sean imposibles y donde los proyectos no apunten a los intereses de grupos sino a verdaderos objetivos sociales. Esto supone “cambiar al hombre”, pero cambiarlo en un hombre cuyos valores sean profundamente más dignos.

Responsabilidad. El “destino” de la clase trabajadora no es un determinismo ciego. Es un combate que los descamisados deben librar y que por eso apela a la responsabilidad de todos ellos. Nadie puede reemplazarlos. O conducen la historia o son conducidos.

“Yo sé bien que los trabajadores se salvarán solamente por la acción de los trabajadores. Se equivocan los que creen que otros pueden hacerlo en reemplazo de ellos, de manera que ellos tengan algo que agradecer. O se salvan por sí, o no los salva ni el diablo: es la historia del mundo” (Perón, a los Delegados Sindicales Latinoamericanos, 1952).

“Dentro de la sociedad argentina, un trabajador tiene hoy una posición distinta a la de antes. Es consciente y es respetado por su patrón y por sus compatriotas y, en segundo lugar, comparte hasta las tareas del Gobierno, cosa que antes nadie había soñado. De eso nos hemos preocupado especialmente. Hoy mismo está reunida una convención que va a modificar la Carta Fundamental que tiene el país, que es como su carta orgánica. Mas del cincuenta por

ciento de los que la componen son trabajadores. Eso para la oligarquía resulta una verdadera afrenta al país, que un hombre "de esos" —según ellos—, se pueda sentar en la Convención Constituyente. Lo que más ha mortificado a cierta gente es que hayamos metido allí a hombres que, según ellos no son "decentes". En este país, antes, para ser decente, había que usar cuello duro, bastón, tener cuatro o cinco apellidos... ¡y no haber trabajado nunca!

Por eso digo que nuestra acción no solamente se ha reducido a buscar las mejoras materiales, porque ellas son solamente una pequeña parte dentro del orden social. Lo importante es ir imponiendo a la clase trabajadora en todas las esferas sociales, porque yo podría conseguirle enormes ventajas materiales, grandes salarios y después ¿qué? Dejarlos allí en las fábricas, sin tener intervención de ninguna clase en las instituciones del Estado, y cuando yo me fuera, si volviera la oligarquía, le quitarían todo de la noche a la mañana.

Lo que yo quiero es la intervención de la clase trabajadora en el Gobierno, en las instituciones, en la labor jurídica, en la Constitución y en las leyes; y que los trabajadores estén metidos en todo eso, porque una vez que entren no los sacan más.

Posiblemente, la más grande conquista de la clase trabajadora en nuestro Movimiento, sea precisamente este aspecto y no el otro. El otro es el que se ve más, pero también es más efímero, porque si no se consolida con la intervención de la clase trabajadora desde los puestos donde pueda luchar, todo será inútil". (Perón: Discurso a los representantes de los gremios obreros, 24 de febrero de 1949).

Organización. Pocos habrán puesto tanto acento en la necesidad de organización de la clase trabajadora como la doctrina peronista. Es una suerte de obsesión siempre urgente.

"El gobierno popular es el que surge del pueblo, representa al pueblo y es un instrumento del pueblo. Y esto sólo puede alcanzarse a través de una organización popular que imponga el gobierno y que imponga al gobierno lo que tiene que hacer.

Los pueblos que no se organizan no serán jamás dueños de su destino. Desorganizados, son instrumentos de los organizados, generalmente pequeños núcleos que cargan con la parte del león en el reparto de los beneficios del trabajo de la comunidad.

El sistema capitalista no es nada más que mantener nuestros pueblos desorganizados para poderlos explotar". (Perón: III Congreso Extraordinario de FONIVA, el 13/5/1953).

Participación. Si algo define a la Democracia Social en nuestro tiempo, si algo subsiste como una vocación y un desafío al Socialismo contemporáneo, es la participación real de todo el pueblo, de las masas, en el proyecto y en el control de la acción gubernativa. El liberalismo ha escamoteado siempre esta participación con la trampa de una democracia sólo formal, teórica, simulada. Las formas de socialismo "staliniano" también, desconfiando del pueblo, y probando una "política de guerra" que permite perpetuar en el poder a un solo grupo dirigente.

El Peronismo realizó la forma de participación popular más alta de nuestra historia. Ciertamente, su estructura no satisfacía a los teóricos ni puede ser definitiva, ya que estaba montada sobre la capacidad de un Líder que interpretaba al pueblo, y lo hacía participar de un modo directo y masivo.

La participación personal en el gobierno de muchos miembros de la clase trabajadora fue además un hecho incontrovertible. Muchos cayeron en las redes de una burocracia frondosa; pero el intento subsiste como lo más serio ensayado en el país. Y si la clase trabajadora recuerda tanto al Peronismo, es

porque recuerda su propia participación efectiva en el poder.

“Nosotros creemos que la masa debe pensar, que cada ciudadano tiene una responsabilidad en la República y que por sí debe discernir sobre el camino que debe tomar en la lucha para hacer más feliz y más próspera a la Patria; que es necesario elevar la cultura cívica y social de la masa para que, a la par que se supere a sí misma, ejerza un control sobre los gobernantes, que sea una verdadera autodefensa orgánica de la Nación”. (Perón, 3 de septiembre 1948).

3. ¿QUE SOCIALISMO?

Plantear el camino necesario del Peronismo al Socialismo, la coincidencia en temas fundamentales, la necesidad interna del Peronismo actual por definir su objetivo último como un Socialismo Nacional, supone hacer algunas precisiones fundamentales.

El Socialismo sigue siendo el gran sueño de la humanidad, la aspiración profunda a un mundo más justo, más racional, más humano.

Pero cada vez sabemos mejor que el socialismo no caerá maravillosamente del cielo, como un regalo gratuito; ni se impondrá por una “conversión” de todos los corazones. Un futuro mejor no será nunca una facilidad, sino una conquista del hombre; laboriosa, dura. No será nunca tampoco el fruto de una conversión “moral”, puramente interior; sino la conversión de las estructuras, la destrucción de la maquinaria capitalista — necesariamente explotadora — y su reemplazo por estructuras no-explotadoras.

La conciencia de este camino duro, combativo, severo, es una de las fuerzas del movimiento socialista actual. Lo aleja de las fáciles utopías, y de los idealismos inocuos.

Pero es cierto también que, basados en ese carácter recio y duro que debe tener en el mundo el socialismo, al menos al principio se han justificado formas de socialismo que merecen ser criticadas. Así el sistema soviético, y el de los países del este que dependen de Moscú, bajo el justificativo — en gran parte verídico — de un “estado virtual de guerra”, han prolongado la etapa inicial y severa de la transformación social, dando una imagen del socialismo francamente inaceptable, con un autoritarismo central y férreo, con una concentración del poder en manos de tecnócratas y de técnicos políticos, sin participación y sin control del pueblo mismo.

Por otra parte, la conciencia clara de que la estructura económica es la espina dorsal de todo sistema, ha llevado a reducir casi el problema social a lo económico, reduciendo paralelamente el socialismo a un “economicismo”. En los países donde subsiste la explotación capitalista, además, la denuncia que han realizado los socialistas contra las desigualdades y enajenaciones económicas, acaban también dando la impresión de que el Socialismo se reduce a un proyecto de justicia distributiva y de igualdad material.

Todo esto debe ser corregido, sobre todo cuando en el mundo no aparecen tanto nuevas teorías cuanto nuevas “versiones” concretas del Socialismo. Así en Cuba, China, Chile mismo, y en todos los proyectos que animan las revoluciones del Tercer Mundo.

Paralelamente, es necesario ahondar en las experiencias concretas de cada país, para descubrir los valores y las certidumbres adquiridas durante la lucha; para no arrancar desde fundamentos teóricos sino desde una historia viviente y desde convicciones imborrables.

Es por eso que creemos que el Peronismo es el

camino inexorable al socialismo, y que partiendo de sus valores y corrigiendo sus defectos es como se debe reiniciar el proceso de liberación que lleve a un socialismo humano.

Teniendo en cuenta estas breves consideraciones, es que proponemos las siguientes notas, o mejor "acentuaciones" a la doctrina clásica del socialismo; y que en el espíritu de este trabajo nos parecen realizadas de un modo incipiente pero real en el Peronismo, y desarrolladas ya claramente en las formulaciones actuales del General Perón.

a) **El Socialismo es el porvenir incuestionable y el paso necesario de la Evolución histórica.** No se trata de afirmar un determinismo fatal ni de ejercer un optimismo fácil y descomprometido. Todo porvenir del hombre es siempre tarea del hombre, lucha y fatiga. Pero se trata de rechazar el fatalismo al que siempre impulsa el orden establecido, pretendiendo que las desigualdades y las aberraciones actuales son eternas, connaturales al hombre, y que es imposible escapar a ellas.

Se trata pues de afirmar que la historia tiene un sentido, una dirección, y sobre todo una evolución incontestable.

Con esto se ataca ya en la base al liberalismo y al capitalismo, que son fundamentalmente pesimistas y contrarios a cualquier cambio; que temen la evolución porque saben que implica necesariamente su eliminación; y que inoculan un espíritu conservador, nostálgico del pasado, alarmista del presente y catastrófico delante del futuro.

El verdadero socialismo sólo puede surgir en una mentalidad esperanzada del futuro, convencida de que la evolución es tarea humana pero es incontenible, y entusiasta por todo lo que en el mundo ya comienza a preparar, a pre-figurar o anticipar un mundo nuevo.

Esto lo dice claramente Perón: "Es indudable que el mundo de nuestros días está viviendo un intenso período de evolución que va transformando hasta el concepto de la vida moderna. No comprender esto y no propender a ello en lo político, en lo social, en lo económico, en lo cultural, etc., es colocarse nadando en contra de la corriente. En lo político, las nuevas formas llevan hacia un socialismo nacional, con el apoyo de los grandes movimientos nacionales, como los que se pueden observar ya en toda Europa, Asia, Medio Oriente, Africa, etc.

La reacción, que aún resiste a la evolución indetenible, está echando mano al neocapitalismo como una forma transaccional para no ceder, pero ese remedio les resultará a la larga peor que la enfermedad.

En lo económico, casi todo el mundo civilizado ha emprendido ya el camino francamente comunitario. El individualismo liberal capitalista es un "lujo" que ya no se puede dar un mundo superpoblado y, en lo social, todo se encamina hacia comunidades más acordes con las necesidades de los pueblos y los hombres de hoy. Oponerse a todo esto es luchar contra un progreso que, con oposición o sin ella, ha de triunfar insoslayablemente". (Perón, La Hora de los Pueblos, pág. 132-33).

b) **El Socialismo no es primariamente una cuestión de "distribución económica".** Sin lugar a dudas, las desigualdades económicas y sus consecuencias son lo más visible del desorden liberal-capitalista. Eso debe ser corregido, pero no con soluciones parciales o paliativos que no desmontan la maquinaria fundamental que origina la explotación y las desigualdades.

Insistir sólo en la "redistribución" de las riquezas, conduce a equívocos profundos. Así aparecen el "neocapitalismo" o el "desarrollismo", que intentan disimular las aberraciones más visibles, con aumen-

tos de salarios y servicios sociales, pero sin tocar la estructura básica del capitalismo liberal. Disimulan así las consecuencias más penosas y ensombrecen las evidencias de injusticia que provocan la toma de conciencia y la resolución combativa del pueblo. Por eso son las tentaciones más peligrosas, y las que con ciertas perspectivas inmediatistas adormecen la conciencia revolucionaria.

El socialismo pretende también la justicia económica, pero ésta no es sino el resultante de un orden social más justo, y definitivamente orientado hacia objetivos sociales.

La causa radical del desorden capitalista y de la sujeción monopólica e imperialista, no es otro que el carácter absolutamente prioritario que se otorga al capital privado y a la ganancia de capital, subordinando a ellos todo otro factor u objetivo, y teniendo como justificación y base la propiedad privada de los medios de producción.

Por eso la tarea primera de la socialización es "desmontar" la maquinaria económica y jurídica del capitalismo, eliminando la propiedad privada de los medios de producción, el criterio de la renta de capital como motor de la economía, y la acumulación privada de capital.

c) El Socialismo es, sí, una cuestión de justicia, pero no distributiva sino "cualitativa". No se trata de solucionar algunas injusticias, sino de edificar un mundo justo, integralmente, necesariamente justo. Es el gran desafío del hombre en la historia: no "corregir" solamente los excesos o las desviaciones, sino cortar el camino para que ellas puedan producirse. En este sentido las estructuras no son indiferentes, y gobernables por el hombre, sino perfectamente orientadas en su organización misma y en definitiva ingobernables por el hombre. Por eso, el capitalismo,

basado en la dominación del capital sobre el trabajo, del hombre sobre el hombre, de una Nación sobre otra, no puede sino dar frutos de dominación y de sometimiento. Nadie puede gobernarlo ni hacerlo capaz de igualdad. Si fuera justo se contradeciría y se suicidaría. Es un sistema esencialmente injusto, y no sólo injusto por casualidad.

El Socialismo, por el contrario, quiere basarse en un ordenamiento que al margen de las intenciones de quienes lo ejecutan, sea esencialmente justo. Por eso, y aunque lo económico ocupe un lugar fundamental, su raíz es otra. Supone una jerarquía donde los intereses individuales y las prerrogativas del capital son subordinados. Es un viraje total: de los intereses particulares al interés común; de los objetivos de grupos privilegiados a los objetivos sociales. Su fundamento no es el "tener más" (que siempre consiste en tener más cosas, a las que nos sometemos), sino el "ser más"; en llegar personal y comunitariamente a un modo de entender la vida y encararla según valores y criterios que suponen un progreso no tanto "cuantitativo" sino "cualitativo".

Este proyecto no es un "sueño utópico" en el sentido de imposible e iluso. Es el futuro posible aunque difícil para el mundo de hoy. Ya tenemos la experiencia y los medios para saber cómo llegar a él.

Sabemos que toda realización no será sino provisoria, imperfecta, y que un socialismo cada vez mejor será siempre posible. Pero eso no obsta para intentar hoy lo que ya se puede y se debe realizar.

Lo que está en juego no es corregir hábilmente ciertos desórdenes, sino crear una ordenación — que implica una jerarquía de valores —, cualitativamente distinta.

d) El socialismo es un intento por dar un "sentido" distinto al Proyecto Social y a la Economía.

Hasta ahora, el liberalismo se ha apoyado en una defensa absoluta del individuo y de sus derechos soberanos, entendiendo la Sociedad como un mero "contexto" anodino, que debe custodiar y garantizar los derechos individuales, aunque éstos sean los del más fuerte y el más explotador. En la Economía, el Estado sólo debe vigilar el cumplimiento de las leyes de la "libre empresa", que en la práctica significan la libertad del capital y el sometimiento de los trabajadores.

Pero es preciso mirar más hondo, y descubrir que en el liberalismo capitalista no existe en realidad proyecto social, objetivos sociales propiamente dichos, sino que todo en la sociedad se subordina al interés de los individuos más poderosos, de los que tienen más fuerza entre sus manos, como para someter a los demás. Y estos mismos pocos poderosos, en definitiva están a su turno sometidos a las exigencias brutales del capital y a sus leyes inexorables. En el mundo capitalista, no existe otro proyecto que el del Capital, cuya ley es la utilidad — por cualquier medio —, y cuya tendencia necesaria es a eliminar toda competencia (de allí los monopolios y oligopolios) y a impedir todo otro proyecto que pueda afrontarlo y destruirlo.

Por eso los estudiosos más lúcidos pueden hablarnos del sistema helado e inhumano que acaba imponiendo el capitalismo, y que impera ya en las sociedades más altamente industrializadas. Es el "mundo de una sola dimensión", la sociedad donde nada puede imponerse a la sola dimensión permitida, la económica; donde el premio y la condena se identifican, pues el éxito se mide en términos de consumo, y la ley inexorable y fatal es "consumir más para ser más consumidor".

El capitalismo es un brutal "corset de hierro"; y esto no sólo nos parece sino que es un sin-sentido,

un absurdo. Nacido justamente de que el capitalismo liberal no tiene sentido, no tiene orientación humana, sino sólo la ley inhumana de la ganancia de capital.

El Socialismo es justamente un intento por corregir este sin-sentido, del cual las otras aberraciones no son sino consecuencias secundarias.

El Socialismo nace de la afirmación de que la vida y la historia tienen un sentido, o al menos el hombre puede y debe otorgarles un sentido. La historia no es un círculo vicioso, el cual se puede agrandar fabulosamente en riquezas materiales, pero que sigue siendo círculo vicioso. La historia, por el contrario es una línea, a veces quebrada y sinuosa, pero que apunta obstinadamente hacia un crecimiento no sólo económico sino ético, hacia una humanidad más digna y más noble, más libre y más fraterna.

A cada generación le corresponde descifrar la etapa de progreso humano, el avance que le toca realizar; como le corresponde profundizar el sentido hondo de la vida personal y comunitaria: lo que da significado a toda existencia y a la existencia de todos.

Pero el Socialismo no es una teoría, una filosofía que intenta formular en términos abstractos el sentido de la existencia tal como se da — y que así puede ser absurda —; sino que es fundamentalmente una "praxis", una acción, cuyo objetivo no es tanto "contemplar" la realidad cuanto "transformarla"; cuya tarea no se reduce a "hablar" del sentido de la vida y la historia, sino a dárselo, a imponerlo, a construirlo.

Por eso el Socialismo es fundamentalmente un Proyecto Social, un propósito práctico, que no mira tanto al pasado para discernir leyes inmutables, cuanto al futuro, para establecer las aspiraciones y los propósitos mejores de la humanidad. El socia-

lismo no es una pura utopía, un idealismo soñador; pero sabe leer en las utopías las aspiraciones más nobles y los ideales más legítimamente humanos. Y se dedica a construir, en la dirección de esos valores hoy utópicos, el mundo severo y realista que los vaya haciendo posibles. El socialismo no opone cínicamente el sueño enorme del hombre y su realidad pequeña, sino que los conjuga, haciendo caminar al hombre desde su pequeñez hacia su sueño; dando sentido a la existencia y la historia, aunque éste no sea más que el de caminar hacia un ideal siempre excesivo: La estatura del hombre le da el sentido que es capaz de introducir en la existencia.

Donde esta afirmación y búsqueda de sentido se va a manifestar en primer lugar es en la Economía. Porque, al menos en la etapa actual de la historia, la Economía es el factor que define y ordena todas las otras realidades sociales; la verdadera espina dorsal de un país y de una sociedad nacional.

El Socialismo quiere otorgarle a la Economía toda la enorme importancia que tiene, pero al mismo tiempo negarle la pretensión de ser la única que tiene importancia. Implica valorarla pero para subordinarla.

La importancia del hecho económico le viene de sí mismo, de su carácter esencial. No se puede optar por darle más o menos importancia. Pero lo que sí se debe, y es lo que el Socialismo pretende, es subordinarlo a otras opciones, ubicarlo en una jerarquía de opciones.

Los objetivos sociales no son nunca "económicos", en el sentido de inmediatamente rentables. Las inversiones que se dedican a la salud, a la vivienda, a la investigación no comercial, etc., no son las más utilitarias y en consecuencia siempre postergadas. Mucho más aún cuando se trata de hacer un cambio estructural en la Economía y en las instituciones

del país. La creación de una industria pesada, la diversificación en la producción, la reforma agraria, etcétera, implican una suerte de "catástrofe" inmediata y sobre todo una rentabilidad a largo plazo que interesa a la sociedad en su conjunto, pero no al capital y sus exigencias de rendimiento vertiginoso. Más aún si las opciones son de ruptura con la dependencia extranjera, nacionalizando la banca y las empresas monopólicas, creando un camino independiente de los roles impuestos por la distribución del trabajo internacional determinada por las metrópolis capitalistas.

El socialismo es la voluntad de colocar como norma de elección los objetivos comunitarios aunque no sean inmediatamente los más rentables económicamente. Supone entonces enfrentar totalmente la mecánica capitalista, y la célula que lo origina y lo sostiene: la propiedad privada de los medios de producción.

e) El Socialismo intenta "hacer racional" la vida y la historia. Todo el proceso histórico, desde las penumbras de la Edad de Piedra hasta nuestros días, no es sino el constante superar por el hombre las tinieblas irracionales del comienzo de la humanidad, hacia un mundo donde la razón y los valores humanos superen lo que aún hay de primitivo y de inhumano en la vida personal y comunitaria.

En este sentido, todos los pasos han significado una evolución real y decisiva: la Tribu sobre las familias primitivas; la Ciudad sobre las tribus nómades; el Estado y la Nación sobre las ciudades enemigas; el siervo sobre el esclavo absoluto; el hombre libre y el sistema liberal sobre el autoritarismo vertical y discriminatorio del Medioevo; la economía industrial y comercial sobre la economía doméstica y local, etc.; etc.

Cada uno de estos pasos, tan someramente enun-

ciados, significa un enfrentamiento y una destrucción de la etapa anterior; ferozmente defendida por los privilegiados de la misma, pero finalmente vencida porque el nuevo paso supone objetivamente una mayor verdad, una mejor justicia, una más auténtica libertad; porque el nuevo paso es personal y comunitariamente más racional, más humano.

El socialismo intenta no abordar la racionalización de un sólo sector de la existencia, sino la existencia en su conjunto. Es consciente que muchas realidades actuales — como la dominación del hombre por el hombre, la explotación esclavista del capitalismo, la indiferencia ante los problemas de otras comunidades, etc. —, no son sino resabios de primitivismo y perpetuaciones del oscurantismo inhumano del principio.

Esta racionalización del proyecto global, este sometimiento a criterios y controles humanos, es lo que actualmente constituye la Política. Esta política no es el juego ingenioso entre factores de poder autónomos, sino el sometimiento de todos los factores a un plan, a un proyecto establecido crítica y racionalmente.

Es cierto, la sociedad capitalista es capaz de desarrollar hasta el infinito y hasta el exceso la racionalidad de un sector, pero aislándolo e impidiéndole integrarse y dominar el proyecto total por el que será utilizado. Así la ciencia, con progresos fabulosos, pero incapaz de decidir qué utilización se hará de sus descubrimientos. Las guerras, por ej., ponen dramáticamente en evidencia hasta dónde el genio de los sabios puede servir para el exterminio, la tortura, la destrucción irracional. O los grandes acontecimientos, como la llegada del hombre a la Luna, que coincide con la incapacidad del hombre para llegar a Biafra y su tragedia. Estas aberraciones no son casuales. Para los U. S. A., los viajes interplanetarios

son una gran inversión, en la que se compromete la industria de avanzada y subsidiariamente toda su economía. La ayuda a Biafra es una pésima inversión, un gasto no rentable. Y como lo que importa es la utilidad, siempre que se produzcan casos similares, habrá respuestas idénticas. ¡Dentro del capitalismo es "lógico"... aunque irracional!

El propósito del socialismo es desenmascarar estos esquemas absurdos e inhumanos — la mayor parte de las veces disimulados por la propaganda —, para reemplazarlos por opciones que aunque no sean inmediatamente utilitarias, respondan más a las necesidades humanas y a la dignidad del hombre.

Por cierto, el Socialismo no realizará de inmediato esta enorme tarea de racionalizar, de humanizar el proyecto social. Pero al menos es claramente su objetivo, y no se engaña a sí mismo "sacralizando" mentiras y aberraciones como el capitalismo.

Los ensayos socialistas del mundo están llenos de defectos, de imperfecciones. Pero han roto al menos el totalitarismo del capital y de los privilegios individuales. Han probado la viabilidad y la eficacia del socialismo (al que los liberales anuncian catastrófico), han jaqueado a los sistemas burgueses hasta obligarlos a evolucionar aún contra su voluntad, y han levantado en el mundo la bandera de una esperanza que en este momento anima a toda la juventud y todos los sectores progresistas de la sociedad.

f) El objetivo final del Socialismo es un hombre distinto, un "hombre nuevo". Es claro que la gran reforma del socialismo es sobre todo una transformación estructural, un ataque a los engranajes inhumanos que pervierten aún las mejores intenciones y que destruyen toda construcción por la justicia y la libertad. Pero también debe quedar claro que el objetivo final es un sociedad distinta y un hombre

diferente. El proyecto socialista propone un nuevo humanismo.

No es aquí el lugar para desarrollar todo este tema, que sin embargo se torna esencial cuando se proyecta y se combate por la Revolución del mundo.

El odio profundo que debe animarnos a todos contra el capitalismo, no tendría razón de ser si en el fondo ese sistema no corrompiera al hombre. Pero sí lo corrompe. Todo el tema de la "alienación" no es sino el tema de los sometimientos a los que se ve obligado todo individuo, toda persona. Sometimiento al dinero, a las cosas materiales, a las leyes del capital; sometimiento al criterio "unidimensional" imperante, a la moral burguesa, a la cultura mediocre y mentirosa de la prensa y la televisión, etc., etc. El hombre está alienado porque está como un loco o como un "poseído", viviendo un mundo y una personalidad que no es la suya; extranjero a su verdad y a sus aspiraciones más auténticas. Romper estos sometimientos, liberar al hombre, no es automáticamente crear un hombre distinto, pero es realizar las condiciones para que un hombre más auténtico surja.

Se ha dicho con verdad que el problema del socialismo no es primariamente un problema "moral", en el sentido de la moral burguesa subjetiva y pequeña. No es un problema de "conversión moral" de los individuos, sino un problema de conversión de las estructuras. Pero igualmente se debe decir que si la ética no es la política, no existe una gran Política que no esté fundada en una ética más noble que la imperante. Nadie da la vida por un mundo más justo, si la Justicia no es para él una pasión absoluta. Nadie arriesga todo por la libertad, si ser libre no es para él un valor y una exigencia irrenunciable.

Casualmente, si la Revolución es posible, no lo

es tanto porque nuevos genios descubran los errores del pasado y propongan fórmulas mejores, sino porque el hombre es capaz de rebelarse, capaz de indignarse, capaz de sufrir como propias la injusticia o el dolor ajeno. Si la Revolución es posible, es porque existe la juventud, capaz de arrojar una luz crítica sobre el mundo adulto y de contrastarlo con las exigencias impacientes y puras de su corazón y su inteligencia.

Un hombre nuevo, en la indignación y la esperanza, está en la base de toda revolución. Un hombre nuevo, en los valores que asume y el mundo que construye, está en el triunfo de toda revolución.

Frente a la cínica y desencantada afirmación del "Gatopardo": "es preciso cambiarlo todo, para que nada cambie"; se debe afirmar la verdad que el revolucionario testimonia con su vida: "es preciso cambiarlo todo, para que todos cambien".

El hombre nuevo del socialismo no puede ser descripto por anticipado. Como todo lo viviente que nace, su rostro verdadero nos está velado hasta que vea la luz. Pero si como toda creatura ha de llevar los rasgos de quienes lo generan, tendrá seguramente la impaciencia generosa de aquel hombre argentino al que no le bastó triunfar en una revolución, sino que dio la vida en las soledades bolivianas luchando por encender en todas partes el fuego sagrado de su causa. Tendrá la sabiduría y el coraje de ciertos viejos chinos o vietnamitas, que han afrontado por decenios a los colosos del mundo, triunfando en vez de retroceder. Tendrá la tenacidad y la fortaleza de un pueblo y de su Líder, capaces de resistir desde la persecución y el ostracismo, capaces de rejuvenecerse y de pasar al ataque cuando todo lo invita a dimitir. Tendrá la llama heroica y la "insensatez sensata" de todos los muchachos que cada día olvidan sus derechos a la vida y su juventud en

flor, para ofrendarlos como el precio terrible de un mundo diferente, de un mundo digno de ellos.

g) **Peronismo y camino al Socialismo.** Esta larga serie de consideraciones — aunque en sí misma somera —, debería servirnos para ampliar los horizontes y descubrir la amplitud del proyecto socialista; y para apreciar cómo en la historia concreta de cada país, las luchas populares y sus triunfos, van adquiriendo y preparando los elementos de una socialización incontenible.

En este sentido, creemos que el Peronismo, no como método universal pero sí como experiencia argentina, ha preparado y abierto las puertas de nuestro país para un paso más claro y más decisivo, que hoy llamamos socialismo nacional.

Y esto no es una afirmación antojadiza o una conclusión forzada. Perón mismo lo afirma hoy de manera rotunda: "El Justicialismo no era sino la transformación indispensable, dentro de las formas incruentas, hacia un socialismo nacional y humanista en contraposición a la contumacia reaccionaria o la influencia del socialismo internacional dogmático comunista, que para el caso estaban unidos entre sí y aferrados con el cordón umbilical de la sinarquía internacional" ("La Hora de los Pueblos", página 163).

Conviene repetir que el Peronismo no fue sino un camino, una aproximación. Pero esto no puede ser menospreciado como algo insignificante. En la historia como en la vida las etapas de crecimiento no se "saltan", no se queman, sino que se transitan necesariamente. La experiencia de democracia, de triunfo masivo, de participación real, de felicidad colectiva, etc., son elementos fundamentales para la lucha por el socialismo y para su naturaleza futura. Hoy los estudiosos no dudan en afirmar que

la experiencia soviética, con el autoritarismo staliniano y la pasividad del pueblo, es tributario de una revolución que pasó directamente del Medioevo al Socialismo, de la dureza zarista a la dureza staliniana. No mediaron etapas de democracia, de participación, de libertad, que prepararan subjetiva y estructuralmente a esa síntesis exigente que es el socialismo. Y lo mismo quizás de los países del Este, donde nadie puede dudar de la radicalidad de las medidas y la fuerza violenta con que se impuso el comunismo; sólo que esa fuerza la representaban ejércitos extranjeros, y las medidas radicales fueron tomadas sin ninguna consulta popular, y sin que se vivieran como una conquista del pueblo mismo.

El problema de la preparación y la aproximación al socialismo no es pues una cuestión indiferente, sino decisiva. Y para la Argentina, si el pueblo descubre al socialismo como un desarrollo normal del Peronismo, se habrá logrado que lo sienta como propio y como continuidad de una época feliz y triunfal. No será el advenimiento desconfiado de algo desconocido, sino el desarrollo de algo profundamente querido.

Las dificultades y las imprecisiones marcaron sin embargo, lo que el Peronismo tuvo de preparación al socialismo. Las dificultades con el nombre y con los enemigos "socialistas", el carácter de la revolución peronista que como dijimos antes debió realizar varias revoluciones en una, jugando un papel transitoriamente policlasista, lo suficiente sin embargo como para impedir radicalizaciones netas. El Peronismo supo arrinconar a la oligarquía y combatir al capital imperialista y monopolístico, pero no llegó a plantear netamente la eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción.

Este problema ha ido muy de par con el grado de violencia usada por el gobierno peronista, la vo-

luntad de Perón en realizar una revolución "no violenta", y las posibilidades objetivas de la época. Hoy, 30 años después de la guerra, cuando los espíritus han pasado del terror y la exasperación pacifista a una mirada más lúcida y más exigente; cuando la lucha de China, Argelia, Viet Nam o Cuba han devuelto el coraje y la resolución por las guerras justas, todo puede ser visto de otra manera. En el 45 la fatiga y el horror de una guerra absurda, la tragedia fratricida de España, la violencia macabra del nazismo; todo impulsaba a tener una actitud distinta, que hoy calificaríamos de "blanda" pero que entonces era la única psicológica y sociológicamente posible.

Por desgracia para el país, todo eso permitió que las instancias más débiles del movimiento erigieran como galardón un pacifismo que algunos entendieron como renunciamento. (Recordemos además que toda la acusación de los adversarios fue la de imputar al Peronismo una violencia brutal y terrible, hasta llamarlo "la segunda Tiranía"...). Los sectores burgueses instalados en su prosperidad, la burocracia interesada en prolongar sus puestos, un ejército cada vez más "profesional" y prescindente, esponjaron sin lugar a dudas la capacidad de choque y radicalización del Movimiento.

Pero si es cierto que Evita encarna la "primer peronista", si ella da la imagen más neta de lo que el Movimiento quería ser, nadie puede dudar de su radicalidad y de la convicción cada vez más fuerte de que sólo con una lucha a muerte y con formaciones militar-populares el Peronismo podía seguir adelante sin traicionarse.

Y lo mismo del pueblo peronista, que con su lenguaje concreto y sus certidumbres esenciales, sabía y quería lo que cantaba con pasión: "Perón,

Perón, qué grande sos; al combatir al Capital, sos el primer trabajador".

Y lo mismo debe decirse de la Resistencia peronista, y del mismo Perón en sus afirmaciones actuales. Si al Líder le interesara un equilibrio o una transacción, hace tiempo que habría vuelto al país con todos los honores. Pero él representa una instancia de segura radicalización y su capacidad para evolucionar lo lleva hoy, enriquecido él también por lo que pasa en el mundo, a sostener que el camino del Peronismo es el socialismo; y a caucionar la lucha de los grupos armados, como señal de que la lucha es a muerte y sin términos medios.

En el orden de las realizaciones concretas, que es donde se mide una revolución más que en las declaraciones, es también donde el carácter socializante del Peronismo resulta incuestionable.

En primer lugar, en lo que se refiere a la orientación radical de la Economía. Todas las medidas económico-sociales del Justicialismo, desde la repatriación de la deuda externa y la nacionalización de la banca y los órganos de comercio exterior, hasta la más inmediata de una convención de salarios, no fueron medidas aisladas o circunstanciales, sino la puesta en práctica de una Economía al servicio de los intereses populares. Y esto es importante, porque lo que decide el valor de una política económica no es casi nunca "contra qué" se la dirige, sino fundamentalmente "a favor de quienes" se orienta el desarrollo. El Socialismo es o pretende ser en ese sentido la verdadera Economía Política, porque no subordina todo a las prioridades económicas, sino quiere orientar la economía como pilar de un proyecto político —y finalmente humano—, totalmente distinto. Y el destinatario es la masa trabajadora, la que construye y hace el progreso, a la que todos los hombres deben convertirse; pero que hoy —absur-

damente —, es la más postergada y oprimida. La experiencia peronista, incluyendo los injustamente olvidados planes quinquenales, significa para el pueblo un antecedente claro y positivo de una economía organizada y puesta al servicio de los intereses proletarios.

En este orden de cosas, conviene recordar cuáles es la crítica liberal más repetida al régimen peronista. Y consiste en haber "desaprovechado" según ellos una oportunidad privilegiada, para desarrollar más aún la economía pre-peronista, y haber "redistribuido" luego más copiosamente. Este juicio es absolutamente falso, y hoy está cabalmente refutado (ni el tiempo peronista tuvo oportunidades excepcionales, ni la economía tipo año 20 daba más de sí). Pero interesa recordarlo porque prueba la diferencia fundamental de óptica y porque revela que lo más intolerable para los antiperonistas fue la orientación de la economía al servicio de las masas trabajadoras, no como consecuencia de un excedente sino como estructura fundamental de la concepción económica.

Conviene citar luego la Organización de la Clase Trabajadora, como un elemento fundamental de socialización. Ya lo analizamos en los primeros capítulos, y sería ocioso repetirlo aquí. Pero es el lugar para subrayar cómo esto ha significado en el país un traspaso decisivo de "poder" a manos del proletariado. Se podrá discutir la conducción traidora o claudicante de muchos burócratas sindicales, pero aun así, nadie negará que en la historia argentina es una de las "revoluciones estructurales" más importantes, si no la más importante de los últimos decenios.

Aquí el Peronismo no siguió la teoría de privilegiar el partido, sino los órganos de poder y decisión de los obreros en cuanto trabajadores. No interesa entrar en una discusión larga y compleja. Pero es

bueno recordar que los historiadores del socialismo y sus intentos en el mundo, coinciden en reconocer que la prioridad del aparato político sobre el obrero, ha desvirtuado e influido en la ambigüedad y burocratización política de los mismos. El sentido y el reaseguro de la Revolución es la toma del poder por el Pueblo, pero no para "delegarlo" de nuevo en representantes o mediadores políticos, sino para asumirlo cada vez más por el proletariado mismo. Mao lo ha visto y lo ha impulsado decisivamente: es uno de los significados de la revolución cultural. El socialismo contemporáneo intenta cada vez más un "poder al pueblo vanguardizado por el proletariado mismo", o en términos peronistas: "vanguardizado por la Clase Trabajadora".

Al menos nadie podrá negar que el Peronismo es el antecedente obligado de cualquier movimiento que intente en serio la toma del poder de decisión por parte de los trabajadores.

Y ya que hablamos recién de Revolución Cultural, convendría citar la transformación decisiva que en ese sentido implicó el Peronismo. En primer lugar, el cambio de conciencia de sí mismo que toma el proletariado, individual y masivamente considerado. Conciencia de su existencia, de su fuerza terrible, de su poder virtual. Conciencia de sus derechos, es decir de su humanidad; y conciencia de sus deberes, es decir de su capacidad y responsabilidad. Los "marginados" se descubren en el centro del proyecto revolucionario, y descubren cómo esto margina a los todopoderosos de siempre. Los educados en el "complejo" de su insignificancia, se asumen como aquellos que no sólo dan sentido a la propia vida, sino como aquellos que dan significado a la historia de todos, es decir a la Patria. Desde la época gloriosa de la Independencia y las Montoneras, nunca las masas populares se habían sentido tan identificadas

con la tarea exaltante de construir la Nación, y hacerla justa, libre y soberana.

En esta transformación cultural, la lucha contra la oligarquía, sus símbolos, sus mitos, juega un papel decisivo. La tragedia de los pueblos oprimidos es que "la cultura dominante es la cultura de los dominadores"; las clases inferiores imitan caricaturalmente los modelos o los signos de sus amos, utilizan sus valores mezquinos, anhelan con sus ambiciones para ellos imposibles. La verdadera cultura se abre paso cuando critica y se libera de la cultura de los dominantes; cuando retorna a ciertos valores simples y esenciales, y elabora desde su propia óptica. El combate contra la oligarquía significa a nivel del pueblo argentino, lo que la crítica contra la moral burguesa y sus hipocresías significa en niveles más eruditos o lúcidos. Sobre todo la denuncia de su mentalidad y sus intereses cipayos; la condena de su egoísmo e individualismo. La experiencia peronista es fuerte en su revalorización de lo nacional (cuyos frutos hoy vemos) y en su sentido de lo comunitario, lo compartido, lo auténticamente popular. Consiste en un saludable lavado de la solemnidad hueca y "snob" del mundo liberal, sus rigideces y sus horribles tolerancias. Seguramente no es todo, pero es el desbrozamiento indispensable para una "cultura" más auténticamente humana.

Por eso nos parece importantes ideas como las de dignidad (que es todo lo contrario de la "respectabilidad" burguesa), que se conquista por una tarea dignificadora, es decir: solidaria. O afirmaciones vitales que pasan más allá de las declaraciones formales, hasta inscribirse en las instituciones e incluso la Constitución, como los famosos "derechos" del trabajador, la familia, la mujer, los niños, los ancianos. Quizás el Peronismo no pasó aquí del balbuceo inicial, pero es incuestionable que significaba un intento de reformular los valores. Pasar de una escala

basada sobre el individuo solitario — es decir: el más fuerte —, a un orden que respeta a todos, porque se basa sobre la persona unida comunitaria y fraternalmente a todos.

Es cierto, esta transformación cultural contó con el desprecio de muchos de los hombres sacralizados como "cultos" por la pompa liberal y oligárquica. A ellos los horrorizó desde el principio el olor a pueblo y a cosa sana y vigorosa que tuvo el Peronismo. Querían languidecer de absurdo y meditar sobre la náusea con los existencialistas de París, y al mismo tiempo sentirse seguros y satisfechos con el Señor del triunfo, el Cruzado Americano, apóstol de la civilización occidental y cristiana. El Peronismo era a la vez demasiado sano y demasiado traumatizante; ignoraba los conflictos rebuscados pero planteaba los terriblemente verdaderos; descuidaba las normas de una cultura formalista pero planteaba las grandes incógnitas culturales. Y de esa hostilidad furiosa porque desenmascarada, de ese enfrentamiento entre la cultura "decente" y la cultura "bárbara", surgió quizás para los no avisados la impresión de que el Peronismo era una suerte de regresión cultural, cuando verdaderamente era un salto cualitativo decisivo.

¿Creó el Peronismo un "hombre nuevo"? En el sentido casi místico con que algunos lo sueñan, quizás no. Pero el nuevo hombre no se da de golpe y totalmente; se da renovado respecto a su pasado, y superable respecto a su futuro. Y en el terreno severo de la vida, para el hombre que muere de hambre, el Hombre Nuevo es el que puede comer; para el hombre humillado, aquel que es respetado y escuchado; para el hombre marginado, hombre nuevo es ser ya el que cuenta, el que participa y construye. Quizás aún muy "a ras de tierra", pero allí de

donde estaba y donde venía, el Movimiento esbozó un hombre distinto, un argentino nuevo.

4. SOCIALISMO NACIONAL

En el pensamiento actual del Conductor del Movimiento, y en sus propósitos, el tema del Socialismo "Nacional" es ya casi un lugar común y una certidumbre esencial.

Aparte de la tendencia connatural del Peronismo al Socialismo, han influido sin lugar a dudas muchos otros factores. La evolución del mundo, en primer lugar, que no deja dudas para un observador leal del destino socialista de la humanidad. La historia diversa pero en este sentido totalmente coincidente de los países del Tercer Mundo, cuyas revoluciones son al mismo tiempo nacionalistas y socializantes. La incorporación masiva al Peronismo de una juventud que trae entre sus certidumbres fundamentales la necesidad de radicalizar los procesos e imponer el socialismo; etc., etc.

El término "Socialismo Nacional" se presta cada vez menos a equívocos para los que siguen con atención el desarrollo del pensamiento de Perón, que a su vez — y contra muchos apologistas interesados — evoluciona permanentemente, mostrándose abierto a los aportes positivos de todas partes, y sin cerrarse en posiciones concluidas y satisfechas.

a) Socialismo Nacional: En el pensamiento peronista, los dos elementos son claros y esenciales.

El proyecto es primariamente Socialista, por oposición y como alternativa ante el Capitalismo: "Frente a la caducidad insoslayable del capitalismo demoliberal, se puede predecir que el mundo será en el futuro Socialista" (La Hora de los Pueblos, pág. 188).

El proyecto es fundamentalmente Nacional, en

cuanto opuesto a un falso "internacionalismo", sea el imperialismo capitalista que domina el Occidente, sea la nueva dependencia internacional, de caracteres dominadores, que impone el comunismo soviético. Es la oposición al mundo dividido entre "fuertes" y "débiles", como correlato y perpetuación del desarrollo y subdesarrollo; y la pretensión de hacer definitiva esta situación obligando a los débiles a agruparse con sumisión a cualquiera de los polos fuertes. "Las diferencias entre desarrollo y subdesarrollo, han dividido prácticamente al mundo en dos sectores: uno que trata de dominar y otro que trata de defenderse contra la explotación y el dominio de los fuertes. De lo que resultan las actuales agrupaciones que obedecen al imperialismo yanqui, al imperio soviético y los que intentan conformar un "Tercer Mundo" tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes" (ibid. pág. 188).

Nacional no significa pues un modo de atenuar el genuino carácter socialista, una manera de "atemperarlo", sino bien al contrario una manera de rescatar al socialismo de la trampa al que ciertas experiencias en el mundo lo han conducido: la de construir un nuevo imperialismo con su metrópoli dominadora.

En términos concretos, a lo que Perón se opone es al proyecto actual del socialismo soviético, instaurado por Stalin y prolongado por sus sucesores; y servido en la mayoría de los países del tercer mundo por los partidos comunistas. Por eso el Líder llama directamente "comunismo" a este proyecto de un "internacionalismo" viciado, donde las naciones no metropolitanas son vistas como subalternas, y sometidas al monopolio de la fuerza, la ortodoxia y la política moscovita.

Para ilustrar esto, Perón se vale de otro Líder revolucionario contemporáneo, al que admira sin-

ceramente y en quien reconoce la imagen de un "socialista nacional": Mao Tsé Tung.

"Los hechos que culminaron en la primera quincena de septiembre de 1966 parecen ser un indicio de que comienza una nueva historia contemporánea en el devenir socialista de nuestro tiempo. La decidida actitud del Gran Mao ha dividido con claridad el socialismo nacional del socialismo internacional que ha dado lugar al imperialismo soviético y de la misma manera que acusa al imperialismo yanqui enjuicia a su aliado moscovita en la Conferencia de Yalta, porque de común acuerdo se dividieron allí el mundo en dos para su dominio y explotación, después de despojar de su territorio a varios países. Sus palabras son tan claras como su verdad incontrovertible" (ib. 154-155).

Esto no significa por cierto que el socialismo no implique una solidaridad internacional que es esencial para su construcción y su sentido. El día que el socialismo quiere encerrarse entre cuatro paredes se suicida y se corrompe. Perón lo sabe, y desde siempre su prédica y su acción se han dirigido a la solidaridad e integración internacional. "Los últimos veinte años de historia, vienen probando elocuentemente con los hechos, la razón que ha asistido al Justicialismo en sus premisas esenciales: la necesidad de una evolución, la conveniencia de una integración geopolítica continental y la oportunidad de una integración histórica con el "Tercer Mundo" (Ib. pág. 189). No está pues en discusión la solidaridad y la unidad, sino el sentido de la misma. Solidaridad para la liberación, para la integración, para el desarrollo del proceso revolucionario: sí. Para justificar un nuevo imperialismo, una dependencia interesada: no.

"La negativa de Mao de hacer causa común con el despojo y el colonialismo en nombre del socialismo

internacional, echa las nuevas bases del "Tercer Mundo" en el que pueden congeniar perfectamente las distintas democracias socialistas que, indudablemente, serán las formas impuestas por la evolución para las futuras instituciones universales. El mundo naciente tendrá características originales, en el que se establecerá un nuevo orden que permita vivir sin las simulaciones y engaños que ya han hecho insostenible la etapa que estamos viviendo" (id. 89).

La clara opción por el socialismo, y dentro de él por la variante nacional que ilustra Mao, es un paso de Perón que merece ser meditado. El General no es "maoísta" en el sentido tremendista y fácilmente ultra-izquierdista que ha tomado en nuestro país; pero lo es de una manera mucho más profunda. Mao es el tipo mismo de un "hereje" del marxismo oficial, y de la interpretación moscovita, pero por eso mismo es un revolucionario. Curiosamente — y ¡significativamente! —, todos los líderes que han conducido revoluciones triunfantes, populares y prometedoras para el socialismo son, cada uno a su manera, "herejes" de los cánones stalinianos. Mao, Fidel, Dubcek, Ho Chi Min, Cuascesku, el Che... Estos "herejes" de una interpretación inmóvil del socialismo, son casualmente los que devuelven la esperanza de la Revolución y los que la realizan... Y quienes quieran seguirlos, tendrán que asumir en sus circunstancias concretas la tarea audaz y creativa de "re-inventar" el socialismo como lo han hecho ellos.

Las precisiones actuales del General sobre el socialismo, prolongan y precisan el significado de la Tercera Posición. Contra los que intentan desvirtuarla, reduciéndola a una alternativa ideológica, llena de ambigüedad y de irrealismo, intentando formular un imposible puente entre capitalismo y socialismo, la tercera posición aparece como lo que siem-

pre fue: una actitud política de independencia y libertad, una negativa a entrar en sometimientos imperiales bajo la excusa de opciones ideológicas, una formulación práctica de la bandera peronista de Soberanía Política. "Para nosotros, los de la tercera posición, es una línea de absoluta coincidencia (con la de Mao), que nos muestra que el problema actual del mundo no es una cuestión de ideologías, como se ha pretendido hacernos creer, sino una causa de liberación del colonialismo imperialista moderno, que intenta afirmarse en el mundo de nuestros días. El dilema ya no es comunismo o capitalismo, sino Rusia o Estados Unidos, porque bajo distintas ideologías la lucha común es contra el dominio colonial con nuevas formas, pero con idénticas finalidades" (Ib. pág. 155).

b) **Nacionalismo y Socialismo.** Después de todo lo dicho, nadie puede dudar del carácter "nacionalista" del Peronismo. Pero acá es importante recordar que no todo lo que se rotula nacionalista es revolucionario o verídicamente progresista. Hernández Arregui ha mostrado en sus libros toda la evolución y los graves equívocos que se esconden bajo el nombre "nacionalista".

Hay que recordar en ese sentido lo que dijimos más arriba sobre el significado del Peronismo como ruptura y superación de un nacionalismo de derecha, para abrirse a la lucha social y popular. No en vano los nacionalistas de la revolución del 43 aparecen en primera línea en el 55, y fueron incluso uno de los factores aglutinantes de la reacción gorila. Por desgracia, esos pseudos nacionalistas han cifrado su combate en una anti-democracia y anti-socialismo que no hacen sino sembrar la confusión y desarrollar los reflejos "mac-carthistas" de muchos militantes.

La formulación del Socialismo Nacional es, sin embargo una invitación y un desafío a reconciliar

y desarrollar todo lo que de genuino hay en las luchas nacionalistas y en el futuro socialista. "La nueva orientación (hacia las democracias socialistas) nos hace pensar en lo que se viene repitiendo hace tiempo: que el nacionalismo no tiene por qué estar reñido con el socialismo. Que ambos, en el fondo, lejos de ser antagónicos, pueden unirse con un objetivo común de liberación de los pueblos y de los hombres. En esta encrucijada histórica se evidencia más que nunca que no puede haber un pueblo ni un hombre libre en una nación esclava. Tanto el socialismo como el nacionalismo han venido luchando por lo mismo, pero la existencia de un sentido y un sentimiento imperialista han desvirtuado en los hechos las ansias que inicialmente impulsaron la lucha socialista" (Ib. pág. 155).

Esta conjunción viviente del socialismo y el nacionalismo no es una utopía, sino un proceso necesario. Si socialismo y nacionalismo aparecen históricamente en disidencia, es por culpa de quienes los hicieron sus banderas, no por su naturaleza. El Socialismo subraya una nueva organización económica, social y política; un nuevo proyecto democrático, una organización y un sentido superior de la sociedad. El Nacionalismo no intenta competir en ese terreno; no es propiamente un proyecto político distinto, sino una afirmación del valor y la importancia de la Nación y sus contenidos en todo proyecto político actual o futuro. Por otra parte, la crítica socialista, al demostrar el carácter necesariamente monopolista e imperialista del capitalismo, no hace sino brindar la explicación de la naturaleza inhumana y apátrida de todos los colonialismos, que el nacionalismo denuncia y condena, revelando sus implicancias a veces escondidas.

El nacionalismo es importante porque prueba

que la libertad, la autodeterminación y la tarea de desarrollar caracteres propios, no es un derecho sólo de los individuos, sino de los pueblos. La liberación de la persona es falsa, si sólo se le otorga a nivel "individual". La liberación implica dimensiones familiares, grupales, y así sucesivamente hasta ese gran grupo que tiene una suerte de "personalidad" propia e inalienable y que llamamos Nación.

Por eso es indispensable desarrollar al interior del socialismo todas las exigencias que hacen a lo nacional. Todo lo que corresponde a la propia historia, a la propia idiosincrasia. El nacionalismo tiene así razón de defender todo lo que hace al "genio" y al "temple" de un pueblo, no sólo para preservar un pasado legítimo, sino sobre todo para poder contribuir en la gestación y enriquecimiento del futuro. Como todo lo humano, el socialismo no puede salir sino enriquecido del respeto por los distintos "grupos sanguíneos" que existen en la humanidad, como de las distintas nacionalidades en que se expresan, y que darán al socialismo del futuro el rostro diverso y plural, la creatividad polivalente que lo hará renovarse y enriquecerse permanentemente. Desde este punto de vista, el nacionalismo es el "reaseguro" de un socialismo auténtico.

Recíprocamente, el socialismo arranca a lo nacional de su tendencia a fijarse en el pasado, su inclinación por convertir ciertas realizaciones del ayer o ciertos valores —muchas veces míticos o idealizados—, en paradigma definitivo e inmóvil. El socialismo es movimiento hacia el futuro, proyecto y lucha por un mundo renovado; y rescata así de cualquier tentación falsamente nostálgica.

Al mismo tiempo, el socialismo libera al nacionalismo de cierta arrogancia aristocrática y paternalista, de un "elitismo" suficiente que a veces carac-

teriza a sus pretendidos personeros. Y lo devuelve a su auténtico origen, a su seno materno: el pueblo, las masas populares. Las luchas nacionales verdícas son siempre las luchas más populares; y nuestra historia es una absoluta confirmación de este aserto.

Sólo tomando en serio estos dos términos del proyecto, seremos fieles a toda la realidad y a todo el desafío de la historia. Construir y liberar la Nación significa hoy construir el Socialismo. Liberar al hombre y edificar un nuevo orden social equivale hoy a luchar por la liberación nacional.

c) Socialismo y Democracia. Una de las mentiras más grandes del pasado fue identificar la democracia con su formulación liberal-capitalista. Una de las verdades más rotundas del futuro será la comprobación de que la verdadera democracia sólo se puede vivir en una estructura socialista; es el socialismo. Porque el socialismo significa no sólo una igualdad teórica ante las urnas, sino una igualdad ante todas las realidades y sobre todo ante las oportunidades de la vida.

También esto es claro en el pensamiento de Perón: "Uno de los equívocos mayores de nuestros tiempos ha sido conjuntar los términos democracia y liberalismo". Y su afirmación está avalada por la propia experiencia peronista, que como mostramos en los primeros capítulos, supo dar plena vigencia a la democracia electiva, pero para trascenderla hacia formas sociales más exigentes, donde no sólo contara la "voluntad" condicionada del elector, sino el proyecto social al servicio auténtico de las mayorías y de los sectores populares.

La gran prueba del futuro, como exigencia y como verificación, será mostrar que "el Socialismo es el nuevo nombre de la Democracia". Y esto se realizará seguramente, pero no por la aplicación

mecánica de una fórmula socialista cualquiera, sino en el trabajoso y constante esfuerzo por construir una sociedad revolucionada y revolucionaria. Será preciso una ciencia verdadera para planificar y coordinar, para impedir el retroceso a formas de dominación y explotación. Será preciso el respeto a lo nacional, como patrimonio y como capacidad de desarrollos más verídicos y más "abiertos" a nuevas perspectivas. Será preciso finalmente garantizar el control y la participación de todos en el proyecto social.

La tarea es infinitamente más compleja y más exigente que en el pasado. No se trata sólo de "elegir" un candidato, un programa o una administración; de dar un sí o un no externo y descomprometido, sino de participar en la formulación del proyecto social, y establecer quién lo ejecuta y quién lo controla; con qué criterio y hacia qué fines lo guía. La democracia socialista deberá pasar de una representatividad formal y externa, a una participación exigente y comprometida. Pero recién entonces se podrá empezar a hablar en serio de democracia.

Esto pertenece sin embargo a un futuro urgente pero todavía mediato. Para el Peronismo y para el país, la urgencia inminente es definir su vocación al socialismo, e imponerlo sin más dilaciones. Las grandes profundizaciones vendrán después. Hoy nos encontramos ante el primer asalto, pero de una batalla definitiva.

— 0 —

En este estudio — que una vez más insistimos es sólo una aproximación para el debate —, muchos habrán encontrado un nombre ausente: **EL PERONISMO**

NISMO REVOLUCIONARIO. Ha sido una omisión voluntaria. Porque pensamos que es un título usado a veces abusivamente y que invita a confusiones.

Pero por otra parte, este trabajo no pretende ser otra cosa que una permanente referencia al Peronismo Revolucionario.

Si optamos por el Peronismo es porque creemos que siempre ha sido revolucionario.

A la altura de los tiempos y en la medida que el proceso lo permitía en la irrupción triunfal del 45. En la resistencia difícil de los últimos 16 años. En la fuerza y el fervor de estos últimos tiempos.

Es cierto: el Peronismo Revolucionario no es todo el Peronismo. Porque es real, no es perfecto. Porque es histórico y masivo, no encaja exactamente en los esquemas ideales. Porque está inmerso en un combate mortal y terreno, lo atraviesan sombras, declinaciones y peripecias. Pero porque encarna lo más auténtico de nuestro Pueblo, sobrepasó siempre sus propias miserias.

Lo que sí es importante y urgente es que todos nos comprometamos a construir un Peronismo totalmente revolucionario, fiel a su historia y a sus tradiciones, pero sobre todo fiel a su vocación.

Fiel a ese pueblo sencillo, a ese proletariado humilde y explotado cuya fe casi religiosa en el Peronismo no es sino la fe profunda de los pobres en la Revolución, su modo simple pero apasionado de ser revolucionarios.

El Peronismo es la larga memoria, la memoria viva de una Revolución que fue. Y a nivel del pueblo es la honda esperanza de la Revolución que debe venir, la Revolución que hay que hacer.

— 0 —

Las reflexiones que han constituido este trabajo, no responden a la voluntad de hacer la apología de todos los factores que componen el Peronismo, la mayoría de ellos bien ambiguos.

Responden al deseo de comprender "desde adentro" el rol de esos factores, y situarnos en el papel de "compañeros" y no de "inquisidores".

Esto es difícil, porque siempre el inquisidor tiene a su favor la pureza abstracta de sus dogmas y sus principios; mientras que un compañero es sospechoso de indulgencia y de comprensión excesiva.

Sin embargo, nosotros preferimos el camino "sospechoso" de los compañeros, que nos parece el único que asume la realidad sin poses y sin distancias orgullosas.

El Peronismo y sus militantes existieron antes que nosotros; no nos deben nada.

Mientras que nosotros les debemos como argentinos todo lo que han hecho por el país. Y como militantes: que gran parte de las certidumbres y los objetivos por los que vivimos hoy, ya los hayan profesado y perseguido desde hace mucho.

Asumir el Peronismo exige lucidez crítica, pero también sencillez fraternal. Y a profundizar una y otra quisieron orientarse estas líneas.
Mendoza, abril de 1971.

I N D I C E

	Pág.
Prólogo a la segunda edición	7
Introducción	9
I La opción por el peronismo, las razones decisivas	11
II El proceso peronista	28
III Los defectos del peronismo	41
IV Los fracasos del sistema para integrar el peronismo: conclusiones	52
V Sin asumir el peronismo la política revolucionaria es una ilusión	59
VI Perón	65
VII Eva Perón	73
VIII Los nuevos factores en el peronismo: sus tareas	91
IX Peronismo y socialismo	127

